

# Relatos de espacios utópicos y heterotópicos

Ana Elena Builes Vélez, Sebastián Carvajal Castro,  
Juan Fernando García Castro, Juan Diego Martínez Marín,  
Danny Jean Paul Mejía Holguín, Juan Felipe Pabón Álvarez,  
Fáber Andrés Piedrahíta Lara, Andrea Restrepo Hernández,  
Pablo Alejandro Torres Estrada, Felipe Gómez Patiño

# Relatos de espacios utópicos y heterotópicos

Ana Elena Builes Vélez, Sebastián Carvajal Castro,  
Juan Fernando García Castro, Juan Diego Martínez Marín,  
Danny Jean Paul Mejía Holguín, Juan Felipe Pabón Álvarez,  
Fáber Andrés Piedrahíta Lara, Andrea Restrepo Hernández,  
Pablo Alejandro Torres Estrada y Felipe Gómez Patiño

C863  
B932

Builes Vélez, Ana Elena, autor  
Relatos de espacios utópicos y heterotópicos / autor Ana Elena Builes Vélez [y otros 9] – 1 edición – Medellín: UPB, 2024 -- 197 páginas.  
ISBN: 978-628-500-152-9

1. Literatura - Colombia - Siglo XXI - 2. Utopías 3. Espacio - En la literatura - 4. Percepción sensorial - 5. Relatos personales

CO-MdUPB / spa / RDA  
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

Cómo citar este libro en APA:

Builes Vélez, A. E. et al., (2024). *Relatos de espacios utópicos y heterotópicos*. Editorial Universidad Pontificia Bolivariana. DOI <http://doi.org/10.18566/978-628-500-152-9>

© Varios autores  
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana  
Vigilada Mineducación

**Relatos de espacios utópicos y heterotópicos**

ISBN: 978-628-500-152-9

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-628-500-152-9>

Primera edición, 2024

Escuela de Educación y Pedagogía

Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades

Escuela de Arquitectura y Diseño

CIDI. *Grupo de investigación*: EDULAAP (Grupo en Educación, Lenguajes y Ambientes de aprendizaje) / EPIMELEIA / GIDVT (Grupo de Investigación Diseño de Vestuario y Textiles).

*Proyecto*: Problematicaciones hermenéuticas de las subjetividades políticas en el contexto del semiocapitalismo: narrativas, prácticas y dispositivos en disputa".

*Radicado*: 737C-07/22-42

**Gran Canciller UPB y Obispo de Medellín**: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

**Rector General**: Padre Diego Marulanda Díaz

**Vicerrector Académico**: Álvaro Gómez Fernández

**Coordinadora Editorial UPB**: Lisa María Colorado Rodríguez

**Producción**: Ana Milena Gómez Correa

**Diagramación**: Ana Mercedes Ruiz Mejía

**Corrección de Estilo**: Cristian Suárez

**Fotografía portada**: Ana Elena Builes Vélez. 2024, Moñitos.

**Dirección Editorial**:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2024

Correo electrónico: [editorial@upb.edu.co](mailto:editorial@upb.edu.co)

[www.upb.edu.co](http://www.upb.edu.co)

Medellín - Colombia

**Radicado**: 2324-13-08-24

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

# Contenido

<b>Prólogo</b> .....	8
----------------------	---

*Mateo Muñetones Rico*

<b>Capitalismo, productividad y cansancio: la construcción de la subjetividad en la sociedad contemporánea</b> .....	11
--	----

*Fáber Andrés Piedrahíta Lara y Juan Fernando García Castro*

Planteamiento del problema .....	12
Marco conceptual, antecedentes y revisión de la literatura.....	14

<b>El olor del limoncillo</b> .....	19
-------------------------------------	----

El olor del carambolo: un árbol de estrellas .....	20
Una casita frente al mar.....	22
Yo quiero conocer a mis tatarabuelos.....	24
Gabriel Ángel, el viejo que olía a limoncillo .....	26
La casa de los bisabuelos .....	28
La abuela y el viejo.....	30
La biblioteca del abuelo .....	32
El reloj del tatarabuelo.....	34
La carta en el baúl del sótano de la casa de Ana .....	36
Solsticio de invierno.....	39
Será que se demora.....	41
El pregonero de la isla.....	42

<b>Historias bien vividas, pero mal contadas</b> .....	44
Preámbulo de ciudad .....	45
Amor sinvergüenza .....	48
La casa de Caliche .....	50
Las cervezas donde Alex ahora son más frías.....	52
Libros orinados .....	55
Los tenis que no se pueden usar .....	58
Manual de rutas, personas y encuentros .....	61
<i>El credo</i> .....	62
<i>Moverse en la ciudad</i> .....	62
<i>Personajes importantes y otros</i> .....	62
<i>Patrimonio histórico</i> .....	63
Lo eterno es la ciudad, no la primavera.....	64
 <b>Memorias de otra vida</b> .....	66
Noviembre de tormentas .....	67
Pueblo alado .....	71
<i>Creo que empieza la guerra</i> .....	71
<i>El búho</i> .....	72
<i>No estarán preparados</i> .....	73
 <b>De nombres, seudónimos, luz y sombra</b> .....	75
Por el poder concedido en nosotros te nombramos... ..	76
Bluyín.....	79
El nombramiento del colegio.....	82
Tobe o To Be.....	84
La llegada de la literatura .....	87
El primer Jean Paul.....	90
Giampaolo .....	93
De cafés .....	97
De vigilantes y otros tantos .....	99
Nunca más Danny, Dani, Danielito mijo.....	102
La universidad.....	105
La docencia.....	107
La muerte de Jean.....	109

<b>Los textos fracasados de un autor inconstante</b> .....	111
Castaña .....	112
Coincidencia .....	118
I .....	118
II .....	119
III .....	120
Cuento sin nombre .....	122
I .....	122
II .....	123
III .....	123
IV .....	124
V .....	125
VI .....	125
VII .....	125
La buena hora .....	126
Mariposas .....	129
Velorio .....	130
<b>Las boyas que marcan el camino</b> .....	133
El jarabe de las tres .....	134
El bus de las cuatro y media .....	138
A menos de un minuto .....	142
Operación de embarque .....	145
La estación de Itzehoe .....	150
Nunca pude llegar a Italia .....	153
Un sueño de película .....	158
El Pesebre .....	163
<b>Historias casualmente afortunadas de entes desventurados</b> .....	167
Notas en el diario de Violet .....	168
<i>Infancia</i> .....	168
<i>Juventud</i> .....	171
Apuestas .....	174
Dinastía .....	176

Historias sueltas de un hombre con o sin suerte.....	179
<i>Fausto, el asesino de memorias</i> .....	179
Dynak, el maestro mixto.....	183
<b>Bibliografía</b> .....	190
<b>Sobre los autores</b> .....	192

## Prólogo

“Animar la lectura”, eso demandan los cánones de un prólogo. Me temo, sin embargo, que la predicción manifestada por el título se perfila como el prólogo por excelencia, incluso más que las notas fractales que un sujeto con aspiración objetiva expone sobre la obra *Relatos de espacios utópicos y heterotópicos* resulta ser un titular bien logrado de lo que este libro presenta: interpretaciones (en plural) del terruño, la liquidez y el vuelo; interpretaciones que acontecen tanto por los objetos y espacios fácticos que se narran como por las posibilidades metafóricas y tácitas que quedan entramadas. Así, propongo que el titular que aquí nos convoca opere como primer prólogo. Me he visto en arrebatados amores con libros a los que, en principio, no puedo acceder sino por sus títulos (no por sus prólogos), de ahí que este titular lo encuentre autosuficiente —deténgase en él y verá de qué hablo—.

El título es a esta obra lo que el rostro es al cuerpo: es la carta de presentación y el primer acicate para la lectura; el prólogo, por su parte, es un apéndice que no alcanza ni para introducción ni para capítulo, se presenta aquí como limbo escritural que aborda el contenido, la estructura y la narratología, aunque con incompletitud. Ante la demanda de completitud, el lector tendrá que acceder a la total realidad literaria que aquí se expone. Entre tanto, he de apreciar el texto que aquí se despliega.

En primer lugar, por el placer de escribir, así sea una corta parrafada que sirva de elemento hipertextual de esta obra. Disculpará el lector la exposición de esta cuestión vana. En segundo lugar, porque además de la partícula sensorial visual –común en todos los libros–, este tiene aroma; sí, huele: su imagen es olfativa. “¿A qué huele este libro?”, podrá preguntarse cualquier lector, y podrá responder que a limoncillo o a carambolo. Obsérvese que no hablo del olor a nuevo que satisface el ego del comprador, ni del olor a viejo que satisface el capricho del acumulador de antigüedades, ni del olor a hoja rasgada que satisface el genio de los devoradores de libros, ni del olor a disco quemado que inspira a los libros en formato digital. Esos son olores físicos que se presentan interesantes, pero incapaces de develar el quid de los contenidos, y menos, las memorias que los habitan.

La bella sensorialidad de este libro se presenta subterránea, submarina, oculta entre los vientos de espacios utópicos y heterotópicos; las tierras, las aguas y los vientos se presentan como el velo de la subjetividad, máxime cuando estos elementos han sido capitalizados; y será la literatura el dispositivo revelador, como si la literaturización que aquí se presenta estuviera llamada a quitar el velo de Maya; así lo sugieren los autores en su debate categorial inicial.

David Le Breton sugirió alguna vez la prevalencia que en el sistema mundo moderno (me disculpará el lector, pero no entraré en el debate de lo “pos”) ha tenido el sentido visual sobre los demás sentidos; esta supremacía se ha manifestado, por ejemplo, en el uso masivo de las pantallas o en el crecimiento exponencial de disciplinas y oficios publicitarios. La materia de este libro, por supuesto, demanda la acción del ojo, pero su belleza radica en la demanda de lo demás. No pretendo hacer de este prólogo un manifiesto en defensa del olfato. Este sentido es aquí un pretexto para enarbolar la riqueza sensorial de las líneas que componen el texto: nariz, lengua, oídos, entrañas y piel. Quizá por eso afirmo, con todo el romanticismo que se me puede permitir, que se trata de un libro con cuerpo.

¿Qué dirán los catadores de vino de algunos vinos? ¡Que tienen cuerpo! Y eso parece connotar robustecimiento; el de un líquido que, aún con su fluidez, se presenta completo ante la lengua que lo siente, las papilas que lo perciben, las nasales que lo examinan y el oído interno que le escucha tran-

sitar la tráquea. Algo parecido sucede con el cuerpo de este libro: demanda actividad sensorial del lector. Es decir, no puede ser leído en la distracción de los sentidos.

Puede ser que todos los dispositivos temáticos que se activan aquí requieran de la emocionalidad, o del raciocinio que primero fue evocación sentimental, para ser finalmente comprendidos. La familia y sus herencias, la ciudad y la calle, la guerra, la onomástica, los viajes espaciales y temporales, entre otras categorías abordadas, requieren no solo de órganos –corporalmente hablando– que los perciban, sino de violentar la tiranía de la razón y equilibrar la comprensión del mundo a partir de nuestro aparato emocional. De ahí que este libro posibilite una crítica de las tradiciones en tanto devela la interpretación social de un conjunto de acontecimientos en el globo a partir de un registro literario. Además, permite la reflexión acerca de la experiencia vivida, la cual se constituye en estímulo para la herida, la amenaza, la decepción, la culpa, el desespero, el optimismo, la aceptación, el asombro, la sorpresa, la ansiedad y quien sabe cuántas cosas más, exponiendo la vasta sensorialidad humana.

En tercer lugar, es un libro con memoria y, por lo tanto, es un libro de resistencia. Resiste al registro enciclopédico y academicista para exponer los acontecimientos del mundo, mejor, mediante un conjunto de relatos que podrían pasar por etnográficos, autoetnográficos o confesionales. Resiste al tono grisáceo del positivismo puro y se permite, con la rebeldía requerida, la creación literaria; eso es, por su puesto, un sano atentado contra la norma recta de la publicación. Ya hace un tiempo que Todorov propuso el estado de amenaza en el que se encuentra la memoria ante las disposiciones fugaces de la modernidad: dado el registro literaturizado, “Relatos de espacios utópicos y heterotópicos” iza bandera por la memoria individual y colectiva.

**Mateo Muñetones Rico**



Ana Elena Buites Vélez, 2024, Lorica.

# **Capitalismo, productividad y cansancio: la construcción de la subjetividad en la sociedad contemporánea**

## Planteamiento del problema

Durante el siglo XX, el crecimiento del capitalismo provocó cambios de alcance mundial. El corazón de estas transformaciones se encuentra en la mercantilización generalizada de los aspectos de la vida humana. En el marco del capitalismo moderno, se entiende al *homo* œconomicus como un ser enfocado en el intercambio y la competencia. La emergencia del individuo emprendedor marca el surgimiento de un nuevo tipo de subjetividad que se ve a sí misma como una entidad generadora de ingresos, equivalente a un capital humano, cuya lógica se guía por la productividad y la eficiencia como valores autoimpuestos. Dentro de un marco donde la racionalidad económica se considera el patrón de comportamiento humano ideal y la competencia se ve como un principio vital, las personas se enfrentan a la constante necesidad de adaptarse a un conjunto de mandatos enfocados en la productividad, que se convierten en normas morales de pensamiento. Aunque este proceso pueda parecer inicialmente impulsado por una racionalidad puramente secular y autónoma, un examen crítico revela la presencia de elementos superestructurales.

El perfil del individuo emprendedor, su construcción subjetiva marcada por una inclinación al autosacrificio, la búsqueda de la productividad y una gestión del tiempo racional y eficiente, se manifiesta como un conjunto de influencias externas que cuestionan la autonomía personal. En este contexto, nombramos una consecuencia que evidenciamos en nuestros días de manera contundente: el cansancio.

El cansancio en Byung-Chul Han (2012) se puede tomar como una hermenéutica de la sociedad contemporánea en la que se concibe al hombre que produce y consume o, mejor dicho, produce para poder consumir.

En esta condición ubicua del sujeto contemporáneo, él se obliga a rendir sometido por la tiranía del hacer y del poder hacer bajo la promesa del éxito y la conquista del sueño del ascenso social, lo que deviene en lo que el filósofo llama la *violencia neuronal* y lo que esto conlleva: cuerpos reventados. Lo anterior podría explicar el auge de personas que padecen de infarto psíquico, depresión, estrés, *burnout*, TDAH, SDO que también nombra el autor. En este sentido, plantear la pregunta por el cansancio puede conducir a pensar sobre cuáles son esas condiciones de posibilidad –en el sentido foucaultiano del conjunto de elementos que permiten que algo ocurra– que favorecen que un sujeto elija explotarse (Byung-Chul Han, 2012) en una sociedad que pugna por rendir.

De acuerdo con esto, en *La sociedad del cansancio* es evidente la manifestación de este problema como una lectura de la sociedad y la manera en que privilegia el rendimiento como positividad, categoría que sirve para pensar el exceso abrumante, y la negatividad como contradanza o dialéctica opuesta. Desde ambas se puede analizar las sociedades y sus dinámicas, propias de un organismo vivo.

El estudio de los procesos sociales por los que atraviesan las diferentes sociedades en el mundo se puede realizar desde diversas perspectivas. Evidentemente, el caso de la sociedad colombiana más específicamente, como se planteará en algún momento la investigación, no es algo excepcional. Así, cabe hablar de una historia política, una historia económica, una historia cultural o una historia de las mentalidades, entre otras. En ese amplio abanico podemos señalar que, para el caso de Colombia, tenemos avances significativos en materia de estudio y documentación sobre nuestra historia económica y política. Estos campos, en comparación con otros, han sido ampliamente documentados por autores como Germán Colmenares, José Antonio Ocampo, y el proyecto de la Nueva historia de Colombia con personajes como Jorge Orlando Melo y Jaime Jaramillo. Con dichos trabajos no es difícil entender los cambios que empieza a sufrir Colombia en el siglo XIX en su transición de estructuras coloniales a estructuras capitalistas.

Mediante las descripciones y análisis ofrecidos, podemos entender la manera en que un sistema socioeconómico influye en las prácticas cotidianas de las personas. Sin embargo, esta perspectiva historiográfica y el alcance de comprensión que proporciona pueden ser enriquecidos al incorporar otros

ámbitos de estudio que no se limiten exclusivamente al examen de estructuras políticas y económicas. Es decir, al abordar la historia que emerge de interpretar más allá de lo explícito. De acuerdo con esta aproximación al problema, optaremos por un enfoque de análisis que combina la filosofía con la antropología. El desarrollo de un marco antropológico para la investigación promoverá un escrutinio crítico, donde las reflexiones sociológicas, filosóficas y antropológicas aporten una comprensión más profunda del concepto de subjetividad.

La investigación propone una reflexión desde un enfoque filosófico-hermenéutico acerca de cómo el capitalismo influye en las manifestaciones actuales de la subjetividad. Esto incluye tanto un análisis teórico sobre la estructura del capitalismo como una exploración de las prácticas diarias en la vida social de contextos latinoamericanos cercanos, como el de Medellín.

En este contexto, es crucial interrogar hasta qué grado el capitalismo trasciende su función como sistema económico, que no solo organiza las relaciones de producción, circulación, y consumo de bienes, sino que además constituye una modalidad históricamente determinada de producción social. Dentro de este marco, el capitalismo establece formas particulares de objetividad y de subjetividad social, en las nuevas manifestaciones de un tipo de lenguaje que se orienta hacia el consumo dentro de una economía que busca redimir a través del trabajo considerado liberador.

## Marco conceptual, antecedentes y revisión de la literatura

Para abordar la noción de subjetividad, el proyecto se apoyará en autores de la tradición crítica, particularmente de la Escuela de Frankfurt, quienes ofrecerán herramientas para una comprensión filosófica del concepto de sujeto e ideología. Esto facilitará un enfoque específico hacia el problema de la subjetividad y su desarrollo en el contexto específico de Medellín. Es importante señalar, tal como se mencionó en el planteamiento del problema, que la literatura existente en Colombia sobre este tema es insuficiente y que no se puede decir que exista una escuela o autores canónicos dedicados

exhaustivamente a ello. Aunque hay trabajos valiosos, como los de Santiago Castro Gómez o los análisis de filósofos colombianos como Danilo Cruz Vélez, Rubén Jaramillo, y publicaciones en revistas universitarias colombianas, el objetivo es también explorar otros horizontes conceptuales. La Escuela de Frankfurt, a través de su desarrollo sobre el concepto de ideología, junto con la tradición marxista por medio de pensadores como Lukács, Althusser y el estructuralismo francés, servirán para profundizar en la problemática de la formación de la subjetividad dentro del capitalismo moderno y contemporáneo, tanto en Latinoamérica en general como en Medellín en particular.

Basándonos en estos fundamentos teóricos, creemos que autores como Castro Gómez, en su *Genealogías de colombianidad*, o Echevarría, en su texto *Definición de la modernidad*, nos permiten avanzar en una respuesta al cómo de una formación de subjetividad en América Latina, propia de los contextos más cercanos, incluyendo a nuestra ciudad de Medellín, en la que las categorías económicas y políticas devenidas del nuevo liberalismo acunan la idea de subjetividad aparentemente emancipada, pero ideológicamente suprimida por el mismo sistema capitalista. Y es ahí que, como bien afirma David Harvey en *La condición posmoderna*, dicha formación puede verse reflejada en nuevas regulaciones del trabajo, nuevas formas de consumo, nuevos sectores de producción y lo que él llama *time-space compression*. En pocas palabras, nuevas formas en que se entiende la estructura capitalista bajo el neoliberalismo que no pueden hacernos perder de vista cómo los procesos de subjetivación no son una irrupción del pasado, sino que siguen actualizándose cada vez más.

En relación con el cansancio, como categoría fundamental de nuestra investigación, afirmamos con Chul-Han (2012) que se refiere a una hermenéutica sobre el hombre en la sociedad contemporánea. Desde luego, esta es una propuesta de sentido en medio de otras en las que el cansancio no es objeto de investigación; sin embargo, permiten pensar su concomitancia relacionada con el rendimiento en el auge de la eficacia ante las presiones del éxito individual y los problemas que esto desencadena. Es posible encontrar un crisol de lecturas sobre el sujeto contemporáneo en la sociedad que, además de problematizar, permiten entender qué sucede

con el hombre en la era del vacío (Lipovetsky, 2000), en la modernidad líquida (Bauman, 2004), en la sociedad del cansancio (Byung-Chul Han, 2012) o en la tiranía del mérito (Sandel, 2020).

Para Lipovetsky, estamos en una nueva fase del individualismo, caracterizado este por el personalismo, entendido como una nueva forma de orden en la que hay menos coacción y más decisiones privadas en el marco de una sociedad flexible –diferente de la disciplinaria sustentada en la prohibición normativa–, donde se privilegia la información y el estímulo de las necesidades. Para el filósofo, esto supone la resignificación del concepto de autonomía en la que el individuo es libre para el despliegue de su personalidad, la legitimación del placer y la posesión de aspiraciones individuales. Así, muere la colectividad o, más bien, se transforma por su relación con el consumo hiperbólico como estilo de vida, lo que para Byun-Chul Han (2012) sería la expresión del exceso; es decir, la positividad.

Podría decirse que ambos autores coinciden en que esto desata un alto sentido de lo individual; pero parece ser que, para cada uno de ellos, esto se expresa de manera diferente. Para Lipovetsky (2000), esto es la manifestación del *vacío* en el que abunda la indiferencia; esto es, una sociedad sin ídolo, sin proyecto histórico y sin imagen gloriosa en la que, para Santiáñez (2002), el héroe, por ejemplo, tiene la función de ser aplaudido mas no ser imitado. Entonces, el personalismo se aprecia mejor desde el lente mítico de Narciso, en el que el individuo no se desconecta de lo social, sino que sale al encuentro de alteridades iguales que conforman grupos hiperespecializados donde lo privado es la prioridad; dicho en otras palabras, se trata de un narcisismo colectivo. Para Byung-Chul Han (2012), la alteridad extraña desaparece, dado que se torna difícil la relación con lo distinto y, por tanto, se expulsa. Así se expresa la reacción inmunológica: “Lo idéntico no conduce a la formación de anticuerpos.” (p. 7).

Entonces, si para Lipovetsky (2000) estamos ante una nueva fase del individualismo que sustenta el vacío, para Ulrich Beck, citado por Bauman (2004), nos encontramos ante una segunda modernidad o una modernización de la modernidad en el contexto conceptual de lo que él llama metafóricamente lo líquido. La disolución de lo sólido como la tradición tiene como consecuencia la profanación de lo sagrado. Desde este punto,

la progresiva emancipación de la economía se libera de las ataduras políticas (aprender a vivir juntos), éticas (vivir bien) y culturales (tradicción). Esto abre paso a la desregularización, flexibilización, velocidad y pasividad, libertad de movimiento para alcanzar la *felicidad*, entendida como satisfacción de los deseos propios y las búsquedas individuales (bienes privados). Para Bauman, esta liberación no supone la libertad, dado que él plantea la pregunta ¿quién desea hacerlo? De acuerdo con el autor, esto implica “pensamiento o sentido crítico”, algo de lo que carece la sociedad, aunque paradójicamente, y en esto coincide con Lipovetsky (2000), la información está disponible. Desde esta perspectiva, Bradbury (2012) tiene razón cuando señala que no es sometimiento, como sucede en la sociedad disciplinar de Foucault en la que se objetiva al sujeto para someterlo con el uso de tecnologías de poder, sino que es consentimiento.

Por su parte, Sandel (2020) se sitúa en el horizonte de la sociedad meritocrática en la que el éxito individual tiene una justificación moral en tanto aptitud y esfuerzo. Podría decirse que coincide con Byug-Chul Han (2012), Bauman (2010) y Lipovetsky (2000) en lo atinente a los deseos individuales, lo que implica que el sujeto se explote a sí mismo (Byug-Chul Han, 2012), justifique su individualismo narcisista (Lipovetsky, 2000), y alcance la felicidad sin fundamentos ni ataduras (Bauman, 2010). Para Sandel (2020), esto pone en peligro el sentido del bien común o del *sensus communis* (Grondin, 2003) en tanto convence al sujeto de la idea aumentada del yo y la autosuficiencia, y mitiga los sentimientos de la gratitud y la humildad que son los que hacen posible la pregunta por el bien común.

Gabriel Zaid (2005) llama la atención sobre una clase de sujeto que se encuba en este mismo segmento del merecimiento social: el *mediocre habilis*. Para Zaid, se supone que la práctica del darwinismo feroz debe refinar las filas de los aptos, los excelentes y los competitivos; pero ocurre que por esta misma presión evolutiva de las circunstancias y a concepciones inadecuadas y porosas de la evaluación en la que se privilegia es el resultado y no el proceso, asunto olvidado del *bildung*, el *mediocre habilis* aprende a reconocer las grietas del sistema de producción y ascenso que le exige flexibilidad y adaptación. Entonces, “una persona más competente aún puede ser descartada en la lucha trepadora, si no domina las artes del mediocre

habilis. Así se llega a las circunstancias en las cuales un perfecto incompetente acaba siendo el número uno” (Zaid, 2005). En este sujeto, a pesar de su astucia, no se expresa la negatividad o la libertad. Es un sujeto en gris, y no es de extrañar que haya pasado inadvertido a los ojos de Byung-Chul Han (Espinosa et al., 2018).

En este punto, la idea del merecimiento se encarga de recompensar el talento y la eficacia y deja por fuera el talento que la misma sociedad no valora o reconoce. Así, la organización social clasifica a los ganadores como soberbios y a los perdedores como los humillados; además, no se debate las condiciones para competir, la fortuna o la suerte y qué significa perder o ganar. En esta instancia, el bien común se vincula con la satisfacción de los consumidores que, para este caso, serían los que triunfan porque *pueden poder más* al ver premiado su esfuerzo y talento, lo que justifica la proyección hiperindividualizada del yo.



Ana Elena Builes Vélez. 2024. Moñitos.

# El olor del limoncillo

## El olor del carambolo: un árbol de estrellas

Crecimos, mi hermana y yo, en una finca de unas veinte cuadras y rodeada de árboles de frutas: naranjas, mandarinas, pomos y otras tantas. La casa no era muy grande, pero tenía espacio suficiente para nosotras, los abuelos, los tíos y cualquier otro visitante que decidiera pasar un tiempo en la montaña.

Todas las mañanas, mi hermana y yo, nos levantábamos temprano para ir a trabajar con Pedro, el mayordomo. Nos poníamos un par de botas machitas negras que tomábamos prestadas de los trabajadores que iban los viernes a la finca a ayudarle a Pedro con la guadaña, una sudadera azul llena de rotos hechos por las polillas, la primera camiseta que encontrábamos en el cajón y un sombrero de paja que la mamá nos había comprado igual para cuando saliéramos a caminar por la finca.

Rosa, la esposa de Pedro, nos esperaba en la cocina con un chocolate caliente y unas galletas que comíamos a la carrera con el fin de que Pedro no nos dejara. Hacíamos con él la ruta de recogida de frutas y verduras, y del pasto de los caballos. El recorrido era largo y agotador para nosotras, ya que debíamos caminar mucho más rápido y así poder seguirle el paso a Pedro, ya que nuestros pies pequeños en esas botas grandes eran torpes y lentos, y él no podía esperarnos.

Caminábamos por horas arrastrando la carreta y la medialuna, una vara de unos dos metros de largo que terminaba en una lámina de acero afilada en forma de medialuna que se usaba para bajar las frutas de los árboles cuando no estaban a la mano; teníamos que parar cada tanto, pero nos

resistíamos a que Pedro lo hiciera; creíamos que éramos invencibles. Casi al mediodía, cuando el sol ya no nos dejaba caminar, decidíamos dejar el trabajo y buscar algo para comer. Al frente de la cocina, justo en el patio central de la finca, había un árbol de carambolo, era el único.

Mi hermana y yo lo observábamos mientras almorzábamos; desde lejos no se veían los frutos, solo se sentía su olor: agridulce y amargo a la vez, era único; a diferencia del algarrobo, este no producía náuseas; era un olor fresco, como de tarde de verano.

Antes de que el sol empezara a esconderse, mi hermana y yo nos echábamos debajo del árbol de carambolos. El tronco no era muy alto, pero las ramas eran largas y abrazadoras, y las hojas, aunque pequeñas, eran muchas, así que no pasaba mucho sol a través de ellas. Tiradas sobre el pasto verde boñiga, mirábamos hacia arriba y podíamos observar un cielo verde estrellado, una cúpula olorosa y brillante. Luego de estar un rato acostadas, mi hermana proponía un reto: quien lograra llegar más rápido a la estrella más alta, ganaba. Ella siempre ganó, yo me detenía en cada rama para disfrutar el olor del carambolo, que me olía a verano fresco, y nunca llegaba a la copa del árbol. Bajar de ahí siempre fue lo más difícil, era como bajar del cielo.

## Una casita frente al mar

La primera vez que fuimos al mar éramos muy pequeños para saber qué era, pero disfrutamos hacer castillos de arena y recoger conchas de caracol en la orilla. La sensación de pisar descalzos la arena caliente y húmeda era extraña; nuestros pies solo conocían la grama y el pantano, sin embargo, disfrutábamos viendo cómo las olas borraban cada huella que dejábamos. Se nos volvió un juego con el mar, la idea era llenar la playa de huellas sin que el mar las borrara. El mar siempre ganó, pero nunca sentimos que perdimos.

Lo único triste de ese viaje fue volver a la montaña, dejar la arena y la sal. Ocho horas en carretera que parecieron una eternidad. Mientras veíamos cómo cambiaba el paisaje, preguntábamos inquietos cuándo volveríamos. No recuerdo muy bien cuál fue la respuesta de los viejos, pero sí el mal genio que me produjo. Cuando llegamos a la finca, doloridos y tristes, el olor a monte nos hizo sonreír otra vez y, por un momento, nos olvidamos del mar, las olas y la arena.

Pasaron algunos años y de ese primer viaje al mar solo quedaban unas cuantas conchas que la abuela había ordenado dentro de un tarro de vidrio con un poquito de arena y que había escondido en su maleta. Cuando le pregunté por qué las había puesto ahí, me dijo, con su voz cansada:

—Por si nunca vuelvo al mar.

Le pregunté por qué era tan importante el mar para ella y me contó una historia que no conocía. Me dijo que había nacido en las playas del Caribe y que había vivido allí con sus padres, abuelos y hermanos hasta que cumplió 15 años y su padre decidió que era tiempo de volver a la montaña.

Me contó también que sus abuelos y su padre eran del campo, pero que su padre se había enamorado de su madre en un viaje al mar y había decidido irse a vivir al Caribe, donde se casó y nacieron sus trece hijos.

Yo no entendía mucho, tenía apenas 9 años y nadie me había dicho antes que se podía nacer cerquita al mar. Desde ese día, me pasaba las tardes con la abuela pelando frutas y escuchando sus historias del mar.

La segunda vez que fuimos al mar, yo ya tenía 17 años y llevaba en mis brazos el tarro de vidrio de la abuela, su pequeño pedacito de mar. Ella había fallecido hacía dos días. Yo le había prometido, varios años atrás, que la llevaría de regreso a casa cuando llegara el momento.

Fueron ocho horas, pero pareció una eternidad.

## Yo quiero conocer a mis tatarabuelos

Cuando mi hija tenía cuatro años se despertó un día cualquiera y, entre sollozos, me dijo: “Yo quiero conocer a mis tatarabuelos”. Me sorprendió bastante, sobre todo porque no sabía siquiera que podía pronunciar la palabra TATARABUELOS, que a mí a su edad me sonaba a trabalenguas. Como insistió, debí explicarle que los tatarabuelos, los abuelos de su abuela, mis bisabuelos, hacía ya muchos años habían muerto, que si estuvieran vivos tendrían más de 100 años y que un ser humano no podría vivir tantos años. Me interrumpió diciendo que igual ella los quería conocer.

Yo no entendía de dónde salía la pregunta por ellos. Como vivíamos con mis papás, sus abuelos, pensé que seguro habría una foto o que alguien había hablado de ellos en el algo. Ella seguía inquieta y como yo no supe darle una respuesta concreta, fue donde su abuela, porque, según ella, siempre decía la verdad.

Mientras ellas tenían su charla, la cual no quise interrumpir, yo busqué fotos, cartas o cualquier pieza de archivo familiar que me permitiera presentarle a mi hija a sus tatarabuelos. Con lo que recogí, logré armar una especie de árbol genealógico empezando por ella hasta Teresa y Argemiro, mis bisabuelos.

Volvió de su conversación con la abuela. Yo sabía que nada se había resuelto, así que la invité a que viera algo conmigo.

Hice una especie de pirámide cargada a un solo lado, el de la mamá. En cada nombre había un montoncito de fotos y palabras que podrían describir a esa persona. De esa forma empezamos por los seres que ya conocía, o

que conocía mejor, y luego fuimos llegando a los tatarabuelos. Le dije que era importante verlo así porque, de esa manera, podíamos reconocernos en la familia.

Le hablé de mí y de sus tías, luego le hablé de su abuela y de la cantidad de hermanos que tuvo y de cómo algunos de ellos ya habían muerto de formas distintas y en diferentes momentos. Me costó responderle todas las preguntas con sinceridad, algunas cosas es mejor callarlas. Luego le hablé de su bisabuela, Blanca; le conté lo importante que ella era y seguía siendo en nuestras vidas; y le hablé también del abuelo, Gabriel Ángel –el viejo que olía a limoncillo–. Me preguntó por qué ella nunca lo había visto y tuve que decirle que él había decidido morirse antes que todos. Pareció entender o no le prestó mucha atención porque saltó a la foto de los TATARABUELOS.

Me dijo: “A ellos los quería conocer”. Le pregunté cómo sabía que eran ellos y me dijo que ellos le hablaban en los sueños.

## Gabriel Ángel, el viejo que olía a limoncillo

Mi abuelo, Gabriel Ángel, era un viejo muy particular, al menos eso es lo que recuerdo de lo que he ido reconstruyendo con las imágenes que aún conservo de él y de lo que me cuentan mi mamá y mis tías.

Andaba siempre con una ramita de limoncillo en la boca y cargaba un par de espuelas de gallo que conservaba como amuleto desde que había tenido que abandonar las peleas de gallos por cuidar de su familia. Algunos dicen que era un viejo cascarrabias, pero yo lo recuerdo sonriendo siempre. Creo que era muy callado porque no recuerdo su voz, pero sí el sonido de su guitarra. Solía sentarme en sus piernas, cuando yo aún era una bebé, y me cantaba boleros, al menos eso recuerdo, porque ya cuando crecí –sin él– recordaba a Los Visconti como si los hubiera escuchado toda mi vida.

Él siempre vuelve a aparecer en mis sueños, me despiertan siempre los acordes de su vieja guitarra sonando como una banda sonora. Las mañanas, cuando sueño con él, me despierto sonriendo y me gusta buscar en los discos viejos sus favoritos, para recordarlo feliz. Fue mi compañero de juegos, rabietas, sonrisas y silencios cuando vivíamos en la finca, nos acompañaba a mi hermana y a mí en todas las aventuras, sobre todo cuando queríamos andar a caballo. Solo podíamos montar en Arandú, el caballo negro azabache de paso fino de mi papá, si el abuelo iba con nosotros.

Mis recuerdos de él son borrosos. En mi mente no hay una imagen clara de su rostro, ni de sus ojos o sus manos, pero recuerdo la sensación y el olor que dejaban sus abrazos. Recuerdo el sonido de los acordes de su vieja

guitarra. Sin embargo, no recuerdo el sonido de su voz, lo que siempre me ha parecido extraño porque solía contarnos historias a mi hermana y a mí mientras nos dormíamos.

Mis imágenes del abuelo las he construido de las fotos viejas de nuestra vida en la finca: palos de mango, carambolo, perros y caballos y un par de gallinas siempre aparecen claramente, pero su figura está solo como una presencia. Es imposible olvidar el olor de la ramita de limoncillo que siempre llevaba entre los dientes y que masticaba como lo hacían algunos con el tabaco, y la textura del bastón de madera desgastada que lo acompañaba en su andar. Recuerdo las estrellas que hacían las veces de tornillos en la montura de sus gafas, pero no su mirada, ni el color de sus ojos. Mis recuerdos del viejo son vagos. Sin embargo, me sigue visitando en sueños, veo su imagen construida como un collage de fotos viejas sobre el caballo negro azabache, veo sus manos tocando las cuerdas de la guitarra. Persigo sus pasos e intento llegar hacia él, pero siempre se desvanece, siempre desaparece.

El día en que el abuelo se murió, lo recuerdo, aunque era muy pequeña para entender qué pasaba. Hubo un gran silencio en la casa de la abuela, estábamos todos reunidos porque era sábado y los sábados eran los días de la familia. Ese día vi llorar por primera vez a la abuela, a mí mamá y a mis tías. Cuando me atreví a preguntar qué pasaba, creo que nadie supo qué responder: vi el bastón de madera desgastada recostado sobre el sillón del cuarto de los abuelos y comprendí que, desde ese día, el viejo que olía a limoncillo solo sería un recuerdo.

## La casa de los bisabuelos

Cuando nos mudamos de la finca a la ciudad, pasábamos muy poco tiempo en nuestra casa. Yo aún estaba muy pequeña, pero recuerdo que los días transcurrían entre la casa de los abuelos y de los bisabuelos. Papá Argemiro, el bisabuelo, era un viejo buena gente que siempre sonreía. Me parecía extraño, pero me gustaba porque siempre estaba dispuesto a jugar y a conversar conmigo de cualquier cosa que se me ocurriera. Siempre me respondía las preguntas que le hacía, estoy segura de que la mitad de las respuestas las inventaba, pero eran tan creíbles que me convencía. Sus últimos años los pasó en una silla de ruedas ya que debieron amputarle ambas piernas consecuencia de la gangrena que le causó una pequeña cortada que se hizo en el solar de la casa bajando mangos para nosotros. Mamá Teresa, la bisabuela, por el contrario, era una vieja cascarrabias. Tenía una inmensa colección de muñecas de porcelana que no dejaba tocar de nadie. Se pasaba el día jugando damas chinas y parques con cualquier incauto que se dejara engañar, ella siempre apostaba porque sabía todos los trucos para ganar.

Mi hermana y yo éramos las menores de la familia, y todos tenían que ver con nosotras. Los abuelos, los bisabuelos y los tíos vivían pendientes de hacer que el cambio de vida no fuera tan traumático, ya no había árbol de carambolos, ni medialunas que cargar, ni estaban Pedro, ni el caballo negro azabache. Todo era diferente para nosotras.

Recuerdo que la casa de los bisabuelos tenía un solar inmenso y en la mitad tenía un árbol de mangos que la bisabuela cuidaba casi como a sus muñecas de porcelana. Yo me pasaba los días buscando la manera de robarme las muñecas de Mamá Teresa, era toda una aventura que planeaba

desde temprano en la mañana. Aprovechaba sus largas siestas después del almuerzo, le pedía a Papá Argemiro que me sirviera de escalera para alcanzarlas. Siempre nos cogían con las manos en las muñecas. La vieja se transformaba en monstruo grande y colorado. Yo saltaba de las piernas del bisabuelo y corría a treparme al palo de mangos.

Mamá Teresa no me alcanzaba, pero me esperaba debajo con los ojos endiablados. Era tan obstinada que no valían los intentos de mis tíos o del bisabuelo para convencerla de que yo era solo una niña y que me dejara bajar tranquila. Yo esperaba pacientemente en lo más alto, en el fondo sabía que ella se rendiría primero, como en efecto pasaba, sin embargo, yo iba acumulando desagravios y, aunque nunca la vi hacerlo, estoy segura de que los registraba en alguna libreta. Porque Mamá Teresa no solo coleccionaba muñecas, también libretas y juegos de mesa.

## La abuela y el viejo

La abuela y yo solíamos pasar tardes conversando. Tenía muchas historias que contarme, no solo porque ya estaba algo vieja, sino porque habían pasado muchas cosas en su vida. Un día, en un viaje al mar que hicimos con la familia, me contó la historia del número treinta y tres, si treinta y tres. La curiosidad me mataba, la abuela amaba ese número. Ese día me contó que treinta y tres era su número preferido porque treinta y tres fueron los días que duró su viaje con el viejo por el Suroeste antioqueño y los meses que duraron de novios antes de casarse. Me contó varias historias de cómo el viejo y ella siempre compraban chance en la esquina del parque de Andes con el número treinta y tres, me confesó que nunca habían ganado, pero que igual seguían comprando el mismo número. También me enteré ese día de que la placa del carro del bisabuelo, el que manejaba el viejo, terminaba en treinta y tres.

La abuela siempre decía que era su número de la suerte, que era el del amor, el de la vida.

Me contó cómo fue vivir en un pueblo, porque los primeros treinta y tres años de su vida los vivió en Jardín, un pueblo asentado en las montañas antioqueñas, lleno de casas blancas y de balcones multicolores de donde colgaban materas llenas de flores. El papá de la abuela, mi bisabuelo, era el hombre más rico del pueblo, dueño de cafetales, tabernas y del único hotel del sitio. Ahí conoció al viejo, quien era el único que se había atrevido a manejar un carro y por lo mismo fue el chofer del primer carro del pueblo, el de mi bisabuelo.

La historia de amor de la abuela y del viejo empezó detrás del volante, cuando él debía llevar a la abuela y sus a hermanas a las citas que tenían en los pueblos cercanos, incluso a la ciudad. La abuela y el viejo se regalaban miradas y sonrisas en secreto. Ella estaba comprometida con el hijo del socio del bisabuelo, el médico del pueblo; cuando conoció al viejo, solo faltaban tres meses para el matrimonio, y todos los preparativos estaban listos, ya tenían la casa, el vestido, la lista de invitados; ese sería el matrimonio del año. Las dos familias más ricas del pueblo cerrarían sus negocios con el matrimonio de sus hijos mayores.

El viejo, que venía de una familia humilde de once hijos huérfanos de padre, trabajaba para ayudar a su madre, estaba enamorado de la abuela desde el primer día que la vio sentada en una de las bancas del parque con sus hermanas, y aún en contra de todo se había propuesto enamorarla y desposarla. No sería una tarea fácil, sin embargo, el viejo era obstinado y, según recuerdo, cuando se proponía algo no descansaba hasta lograrlo.

Un día cualquiera, la recogió en la casa para llevarla a una cita médica donde su prometido. Fue en ese corto viaje donde le propuso que se escapara con él, no podría prometerle más que amarla y cuidarla toda la vida. Le prometió un hogar feliz, sin muchos lujos, pero lleno de amor y sonrisas. La abuela me contó que le dijo, mirándola fijamente a los ojos: “Tendremos una casa vieja, grande, llena de pequeños corriendo, gritando por todos lados”.

Treinta y tres años después de la muerte del abuelo, esa casa sigue en pie.

## La biblioteca del abuelo

El abuelo había muerto hacía poco menos de un año y apenas hasta ahora habían decidido sacar sus cosas de la casa. Clara, la menor de todos los nietos, llevaba días, quizás meses, a solas en la biblioteca del abuelo, buscando el último libro que le vio leer al viejo. El abuelo le había encargado los libros, ella sabía qué hacer con ellos. La biblioteca estaba ordenada alfabéticamente y en orden ascendente. Luego de leer algunos de los ejemplares, por fin encontró el que buscaba en uno de los últimos entrepaños. Se sentó en el sofá y ojeó las primeras páginas. Ya no necesitaba buscar más, por fin lo tenía en sus manos.

Se sentó en la silla del abuelo y comenzó a leer. En un ataque de ira comenzó a arrancar las hojas, una a una, para luego romperlas en pequeños pedazos. Las tiraba hacia el techo mientras esperaba que cayeran sobre su rostro como confeti, parecía una fiesta. En ese momento, María y Pedro que pasaban camino al cuarto del viejo, se detuvieron en la entrada, se miraron preocupados, se preguntaron si sería posible que Clara tuviera un ataque nuevamente. Observaban la escena con asombro. Ella reía a carcajadas entre sollozos, los ojos le brillaban, actuaba como si fuera alguien más.

María le susurró algo al oído a Pedro; decidieron entrar y al acercarse a Clara para preguntarle qué había pasado, Pedro reconoció dos tarros plásticos de tapa blanca con la etiqueta rasgada y completamente vacíos. Miró a María y le señaló los tarros sobre la mesa. María la llamaba, pero ella no respondía. Por un instante parecía haber reconocido a la pareja que permanecía atónita a su lado; los saludó con familiaridad y les sonrió tímidamente.

Clara, quien parecía haber salido del letargo, se acercó a Pedro y le ofreció café, mientras salía de la biblioteca hacia la cocina. María y Pedro se quedaron inmóviles por unos segundos, uno frente al otro. La casa era de una sola planta, y desde la biblioteca se podía observar la cocina y la sala. La biblioteca era el lugar de vigilancia del viejo.

Desde la cocina, el chillido de la tetera rompió con el silencio de la casa e hizo que María y Pedro caminaran hacia la cocina. Clara le pidió a María que arreglara la mesa de la sala que estaba hecha un desastre. Ella había puesto varios libros ahí para irlos revisando, separaba las cartas, las notas, recortes de periódico y las libretas, y demás chécheres que él tenía en su biblioteca, donde nadie entraba durante su ausencia.

Clara miró a María desde la cocina y sin mucho escándalo le aseguró que ya no había de qué preocuparse: “Todo estaría bien de ahora en adelante”.

María comenzó a arrumar los papeles y a recoger los libros, mientras Pedro se acomodaba en una de las sillas de la sala, recogió del suelo un manojo de papeles y se rascó la cabeza. Supo entonces que ese sería el último café que se tomarían con Clara y decidió que tendría que ser tranquilo y especial, así que se levantó a ayudar a María.

## El reloj del tatarabuelo

En la casa de Jose y Ana ya quedaban muy pocas cosas de valor, las paredes estaban desnudas. Solo quedaba un viejo reloj. Según la historia de la familia de Jose, había sido comprado en Alemania a principios de siglo XIX y había sido un regalo de bodas del tatarabuelo de Jose y, desde entonces, aquel reloj de péndulo fabricado en madera fue parte importante de la familia y había pasado de generación en generación. El abuelo de Jose solía contarle historias acerca de este maravilloso objeto, decía que era mágico, que concedía deseos. Según él, había sido fabricado por los mismos ángeles, un objeto lleno de magia. Era una especie de amuleto en su familia, cuando algún miembro necesitaba algo especial, le pedía al reloj. Todos siempre creyeron en su magia.

Poco tiempo después de que Jose y Ana se casaron, aquel reloj fue parte importante de sus vidas, contando, segundo a segundo, el gran amor que se tenían. Jose y Ana vivían muy felices. Habían tenido dos hijos. Ana se dedicaba a la casa y escribía cartas para la gente del pueblo, pocos allí sabían leer y escribir, así que ella había aprovechado su habilidad para trabajar desde su casa. Jose, que era herrero como su abuelo y su bisabuelo, llevaba años trabajando en la única fábrica del pueblo.

Ese año había sido difícil, la fábrica había cerrado a mediados del año y Jose trabajaba a ratos donde lo necesitaran haciendo cualquier cosa. Ana cada vez escribía menos cartas y el dinero escaseaba. Aquel año nuevo, la casa había sido decorada cuidadosamente por ella con algunos adornos viejos que no había querido vender por necesidad, como la mayoría de

las cosas de su casa. Una vez por semana organizaban un rinconcito en el mercado de las pulgas del pueblo, donde mostraban con mucho cuidado las cosas de su hogar.

Aunque había un gran amor entre todos, no dejaban de añorar las fiestas y reuniones con grandes banquetes y millones de regalos de la época en la que el abuelo estaba vivo, pero cuando murió el abuelo, los tíos de Jose lo hicieron a un lado alegando que no tenía derecho a nada porque su padre no era realmente hijo del abuelo.

Como era tradición en el pueblo español donde vivían, el 6 de enero los niños buscarían los regalos de los reyes. Pero ese año, su padre no podría comprar nada. El día había transcurrido con normalidad, las provisiones se agotaban y la madre se esforzaba por dar de comer a sus hijos y a Jose, quien había llegado fatigado, más del alma que del cuerpo, ya que no había podido conseguir nada de dinero.

Después de haber comido algo, Jose jugó un rato con sus hijos, quienes más por hambre que por cansancio, durmieron una larga siesta. Mientras, Ana pensaba en lo que compraría si tuviera un poco de dinero. Jose tomó el viejo reloj y salió en busca de un comprador, Ana se resistió, pero, al ver a sus hijos, accedió. El reloj, que había sido su amuleto y le había concedido deseos a muchos de sus familiares, según el abuelo, serviría esta vez para continuar teniendo una vida más tranquila. Esa noche, Jose, Ana y sus hijos comieron un banquete, abrieron regalos y celebraron la felicidad de estar juntos.

## La carta en el baúl del sótano de la casa de Ana

Ana había decidido comprar la casa vieja de los abuelos en el pueblo. Había logrado negociar con su familia un buen precio que le permitiera hacer la remodelación que requería. El día que Ana llegó a la casa para comenzar la remodelación, decidió hacer un recorrido primero buscando algo que hubiera quedado abandonado, además de algunos viejos muebles. Empezó por el ático donde encontró un viejo baúl sin candado, lo abrió. Entre ropa y zapatos viejos, que no sabía a quién habían pertenecido, encontró un sobre amarillento, lo abrió y dentro de este había un papel, que asumió sería una carta. La curiosidad no la dejó, así que se sentó a leerla en voz alta.

*Mi Querida Ana Josefa,*

*Son las 6:30 de la mañana. Hoy me levanté tarde. No sé si tuve un mal sueño o en realidad pasó lo que vi en la madrugada de hoy o de ayer, ya no puedo diferenciarlo. Llegué casi a las cinco de la mañana de ayer a la posada, finalmente asistí a la boda de una de las hijas de mi jefe, no pude rehusarme, ya sabes cómo son estos asuntos de la alta sociedad, mucho más cuando quien se casa es la hija de tu jefe.*

*Salí a eso de las 2 de la mañana de la recepción, estaba un poco tomado. Camino a la posada, sentí como si flotara y fui transportado al cementerio; al principio no tuve miedo, la sensación de ser llevado sin mover un solo pie me gustó. Pero después, cuando vi el rostro de quien me transportaba, tuve la sensación más aterradora que he tenido en mi vida. Era una mujer esquelética que vestía una*

*túnica negra que la cubría desde el cuello hasta la punta de sus pies. La noche estaba oscura, pero los reflejos de la luna dejaban ver su figura a ratos. Me sostuvo casi sin tocarme, pero algo me lastimaba la espalda. Me condujo por todo el pueblo, llovía y llovía, pero no era una tormenta. Al poco tiempo nos encontramos al frente del cementerio, cuyas puertas se abrieron dándonos la bienvenida. Me encontré entonces al frente de una tumba, con los pies enterrados hasta las rodillas...*

Ana escuchó un ruido en el primer piso de la casa, dobló el papel que estaba leyendo y se apresuró a bajar. Seguramente serían los trabajadores que había contratado para reparar el piso de la casa o los carpinteros que se encargarían de reconstruir las escaleras, las puertas y las ventanas. Metió el papel dentro del sobre y el sobre en el bolsillo trasero de su pantalón. Bajó y coordinó con los trabajadores lo que debían hacer. Empezarían en la cocina y luego la sala, dejarían de último los cuartos y el ático. Ana aún tenía que revisar los clósets que estaban empotrados en las paredes de los cuartos. No sabía encontraría algo más, como aquella carta que iba dirigida a su abuela, la mamá de su papá, a quien no había conocido.

Ya con el plan establecido para la remodelación, salió a buscar un café en el pueblo. Se sentó en una de las mesas de afuera y retomó la lectura, esta vez en silencio.

*... Querida Ana Josefa, insisto, no sé si fue un sueño o qué me sucedió. Pero cuando desperté estaba en la cama de la posada, la ventana estaba abierta de par en par y mis pantalones tenían pantano seco hasta las rodillas.*

*Empaqué mis cosas lo más rápido que pude, no puedo seguir en este pueblo. Cuando salí de la posada, que queda justo al frente del parque principal del pueblo, vi a lo lejos la figura de túnica negra de pie junto al atrio de la iglesia. Ana Josefa, creo que es una señal, creo que me está buscando y no me va a dejar ir. Me escondí en la taberna de Don Tulio para escribirte, le pediré que la envíe él. Dale muchos besos a los niños. Espero verlos pronto.*

*Con amor,  
Joaquín.*

Ana revisó la fecha, 20 de diciembre de 1968, y recordó que su papá le había contado que su abuelo había desaparecido misteriosamente cuando regresaba de Santo Domingo a Medellín. Él debía llegar a casa para la navidad de 1968, el año en que el papá de Ana había regresado de estudiar en el exterior, pero nunca llegó. Según su papá, casi un mes después, el 18 de enero de 1969, Ana Josefa, su madre, había recibido una carta de él.

Nunca se supo qué pasó con el abuelo, solo estaba la carta que le había enviado a su esposa y nada más. Ana Josefa había muerto diez años más tarde, sin saber qué había pasado con su esposo.

## Solsticio de invierno

*No es solo una cuestión de astronomía*

Despertó sudando frío. La pesadilla estaba de vuelta, esta vez más intensa, tanto que parecía real esta vez. Se estremeció, podría haber sido por el frío o por el miedo, no supo distinguir. Nuevamente había visto el rostro de ella, esta vez lo había cogido a golpes con lo primero que encontró sobre el nochero. Sintió pequeñas gotas sobre sus brazos y sus labios, pero cuando se miró, no vio nada. El rostro de ella había desaparecido. De pronto escuchaba unos rezos que provenían del otro lado de la casa: ahora todo era real, todo volvía a su lugar.

Cayó rendido sobre su cama.

Despertó magullado y dolorido de los brazos. Luego de desayunar, se duchó y salió rápidamente de su apartamento, sin mirar atrás. Ese año no sería la excepción, faltaría a su trabajo y vagaría todo el día en busca de aquella mujer. Los días cercanos a la fecha, la de la muerte de su esposa, su ansiedad y angustia aumentaban tan rápidamente que le provocaban una insoportable opresión en el pecho.

Esa mañana de diciembre estaba particularmente fría y la luz del sol brillaba dolorosamente fuerte sobre los restos de la nevada de la media noche. La hora era inminente. Mientras caminaba, su mente alucinaba y veía en todos lados el rostro de ella. Jugaba inquieto con un bisturí que llevaba en el bolsillo de su pantalón. Sus ojos estaban fijos en cada mujer, buscaba la elegida.

De pronto la vio caminando por la otra acera y comenzó a seguirla como cuando un depredador persigue a su presa. En su mente veía a su esposa, un mujer bajita y delgada. Sintió que le ardía la sangre y el estómago le rebotaba, tal cual había sucedido hacía dieciséis años. Todo se volvió borroso. Se acercó. Sintió un enorme placer al hundir el bisturí en el pecho de ella lentamente.

## Será que se demora

El reloj cambiaba lento, el tictac casi no se percibía. Se preguntaba cuánto más debía esperar. Todos iban saliendo, pero ella seguía ahí esperando, con poca paciencia, pero esperando. Miraba el reloj con desprecio. No habían pasado más de diez minutos y ella había preguntado unas veinte veces: “Será que se demora”.

La niña de la recepción ya la miraba con rabia y no le respondía. El tictac del reloj comenzó a escucharse más fuerte, retumbaba en la sala de espera y ella seguía ahí esperando. Se puso los audífonos y le subió al máximo el volumen a su celular, sin embargo, seguía escuchando el tictac, tictac. Pensaba en lo desesperante que era el sonido del reloj y se preguntaba a quién se la habría ocurrido poner un reloj que sonara tan fuerte en una sala de espera.

La gente a su alrededor parecía no estar inquieta. El señor del frente leía el periódico, la señora del lado leía una novelita corta. En el fondo, la señora con los dos niños revisaba su celular mientras sus hijos jugaban. No entendía cómo podían estar tan tranquilos, pensaba que probablemente no escuchaban el tictac del reloj.

Comenzó a caminar de un lado a otro, tarareando la canción que sonaba en el celular, por fin había eliminado el tictac de su cabeza. Caminaba al ritmo de la canción con los ojos entreabiertos. Ya nada parecía importarle. Al fin y al cabo, solo estaba esperando que el doctor le confirmara sus sospechas. Ya tenía los exámenes hace días y había consultado con algunos amigos que quería decir, todos habían coincidido, así que creía que no habría sorpresa. Pero entonces, ¿qué la tenía tan inquieta?

Su celular se apagó. Tictac otra vez. Miró el reloj, ya era hora.

## El pregonero de la isla

Nadie recuerda cuándo comenzó, ni qué sucedió. Ese domingo se escuchó, de un momento a otro, a lo lejos, los gritos del pregonero de la muerte. Entonces todo se supo. El hombre a caballo anunció el nombre del difunto, el cementerio donde sería enterrado y la hora de la ceremonia. Desde la casa solo se escuchaban murmullos. Sabíamos bien de qué se trataba, así que no salimos a la calle como el resto de los curiosos del barrio.

Luego de preparar la casa y el cuerpo del difunto, elaborar las coronas, conseguir el ataúd, los familiares y vecinos se ocuparon de alistar los alimentos y bebidas para atender a los visitantes en la noche. Es normal que muchas personas acompañen a los familiares del muerto, oren y canten con ellos los himnos escogidos para la ocasión. Acá en la isla todo es canto y baile.

Salimos de la casa acompañando a nuestra mamá, en una pequeña procesión que iba recogiendo vecinos del barrio hacia la casa del difunto. Era un poco más de las doce del día y el sol brillaba inclemente en el centro del cielo.

Como es normal, después de tener al muerto en casa, prepararon todo para recibir a la gente que llegaba, a los amigos de lejos y cerca. No se acostumbraba tener la casa como un día normal, como cuando no sucede nada, porque se trataba de una ocasión especial: la muerte es especial en la isla. La procesión llegó a la casa y fuimos recibidos como cuando se recibe a un invitado importante que viene de muy lejos, con mucha comida y cantos constantes.

El funeral se realizó al día siguiente. Fue una ceremonia llena de lágrimas que sirven para desahogar la pena de la despedida. En la isla, existen unas mujeres que son contratadas para llorar, las llaman las plañideras.

Estas rompen en un llanto escandaloso, acompañado de gritos y escenas de desesperación en el momento justo en el cual meten el ataúd al hueco y le echan tierra encima. Ahí, justo en el jardín de la casa, porque en la isla, los muertos siempre están cerquita. Las lágrimas terminaron cuando se acabó el funeral. En la isla el llanto se entierra con el muerto. Justo después, la procesión, con mi mamá presidiéndola, inicia su camino de regreso y se van quedando vecinos a medida que nos acercamos a nuestra casa.

El duelo llega en los días siguientes con una especie de aceptación de los hechos. Se ha cumplido el rito del llanto y la vida continúa. La tumba se adorna con plantas y flores. El último acto es la novena, nueve días en los que se celebra en compañía de amigos. En la novena noche se baja la cortina, se voltea el colchón y la vida en la isla sigue.



Juan Diego Martínez Marín, 2022, Medellín.

**Historias bien vividas,  
pero mal contadas**

## Preámbulo de ciudad

Cuando Alfredo y yo teníamos veintitrés años cada uno, recorrimos mucho la ciudad buscando un pretexto para explotar la viveza y la pasión de estar jóvenes. Uno de nuestros mayores pasatiempos era ir a cine los jueves en las noches, cuando pactábamos un lugar para encontrarnos e irnos caminando, mientras fumábamos y conversábamos. Alfredo vive en cerca del centro de la ciudad, mientras que yo vivo en las afueras, por lo que el encuentro podía ser en cualquier lado, pero siempre sabíamos cuál era el destino, pues el teatro al que íbamos era uno de todo nuestro gusto, un cine que proyecta –todavía– películas de corte independiente, documentales locales, cine extranjero y joyas que nos llenaban de mucha curiosidad. Siempre que salíamos del cine, caminábamos a una estación cercana al Metro, una que también quedaba muy cerca de un paradero de buses que le servía a Alfredo para ir a su casa. Salíamos conversando sobre el alcance de los personajes, de la construcción de guion, del contexto, de la producción cinematográfica y de todo lo que nos mantuviera enganchados a la conversación, pues la distancia de nuestras casas no nos permitía ese encuentro tan seguido.

Además del cine, buscábamos sumar nuevas formas de reconocer las calles que habitábamos y decidimos andar en bicicleta por muchos lugares que contaran historias del papá de Alfredo, y que nos ilustraran la Medellín que tanto nos gustaba. Respetábamos siempre las ciclorrutas, hasta que nos dimos cuenta que siempre andábamos por los mismos lugares, entonces empezamos a circular por las calles, con los carros, motos, buses y camiones como vecinos; recibíamos todo tipo de insultos por “no respetar la vía” y por andar en bicicleta por la carretera, pero nunca hicimos caso, pues al

montar, cada uno en su bicicleta, nos poníamos audífonos para que los pedalazos sonaran al ritmo de lo que cada uno quisiera.

Empezamos a mezclar las costumbres y ya nos íbamos para el cine en bicicleta. Todo comenzó a girar en torno a ese medio de transporte que nos conectaba con cualquier esquina de la ciudad, pero la necesidad de la velocidad y el esfuerzo mutó en una que nos permitiera mayor comodidad. La universidad, de la que ya nos habíamos graduado, había terminado de remodelar la piscina: acabados hermosos, un ambiente más propicio para la práctica de la natación, ya solo faltaba nuestra disposición. Así que semanalmente empezamos a separar turnos para asistir a nadar.

Después de una sesión de esas, nos decidimos por ir a tomar un café en el centro de la ciudad; y sin buscar demasiado, nos topamos con una pequeña cantina por la calle de la Bastilla. Entramos y fuimos atendidos por una mujer, de la cual no recordamos su nombre, pero que en nuestra memoria permanecerá como Beatriz; una señora de unos cincuenta y pico de años, que sabía mucho de Julio Jaramillo y Cheo Feliciano. Pedimos dos tintos que tenían todo el sabor de cantina, oscuros, amargos y muy calientes. Un tinto a las cuatro de la tarde es delicioso, pero para nosotros es solo la entrada que vaticina una cerveza fría al acabar la taza. Hablábamos sin parar, sin prestar mucha atención al lugar que tenía tanto detalle, parecía que visitáramos ese lugar con la confianza de un cliente fiel, pues nos atrevimos incluso a pedir un par de canciones cuando ya íbamos por la tercera cerveza cada uno. Nos dio la noche y partimos a nuestros respectivos hogares, sin advertir que era la primera y última vez que visitaríamos esa cantina.

Pasó un tiempo en el que nos alejamos más allá de lo que supone la distancia. No fue porque hubiera decaído la amistad, tampoco hubo una traición o algún problema. Alfredo y yo sabemos alejarnos en silencio y regresar de la misma forma, sabiendo que no estamos haciendo daño al otro. La conclusión es que nuestra forma de concebir los nuevos años, la adultez, nos tenía en conflictos individuales que intentábamos resolver cada uno por su lado. Es por eso que, ante dichos afanes, el cine lo hicimos a un lado, la bicicleta tomó forma de carro para Alfredo y para nadar tenemos muy poco tiempo. No nos quedan horas siquiera para terminar de experimentar la calle como lo vimos en el cine o como lo intentamos recorrer en la bicicleta;

mucho menos de conversarlo en la cantina de Beatriz, pues la construcción de ese tranvía en el centro de la ciudad arrasó con muchos lugares, ese entre otros. A decir verdad, solo nos quedan los recuerdos de lo que nos gustaba hacer, nuestras costumbres ahora son otras. Solo pienso si los cambios que trae el tiempo me permitirán encontrar un nuevo pretexto para habitar la ciudad, para seguir construyendo historias de las que pueda reír al contar.

## Amor sinvergüenza

Los sábados normalmente son días de mucho camello. Yo, normalmente, salgo a trabajar después del mediodía, pero en estos días aprovecho las numerosas carreas que por lo general salen de aquí, de Campo Valdés. Buscaba salida de estas estrechas calles y llegué a los alrededores del jardín botánico, donde recogí una pareja que acababa de salir de un motel, el jardín del amor. Eran dos hombres, supuse que eran gais, ya que uno de ellos vestía algo extravagante, el otro no tanto, usaba ropa como cualquier otro hombre, ropa como la que yo uso, pero sus ademanes lo delataban y la forma en como acentuaba cada frase era evidente. Los tenía que llevar al primer parque de Laureles, lo que me despertó gran curiosidad, pues en Laureles también he recogido y dejado gran cantidad de clientes en moteles de muchas zonas de ese barrio, así que les pregunté por qué escogían ese lugar, fui tan educado como pude.

—En varios moteles nos prohíben el ingreso y ese en el que nos recogió es uno de los pocos que nos prestan sus servicios— respondió el chico que vestía de manera más llamativa, y antes de que me quitara la vista le respondí.

—Eh, muy raro, muchachos. Ustedes están pagando, muchos hijueputas. ¡Qué se creerán, qué falta de respeto!

La pareja asintió en silencio. Se veían un poco confundidos por lo que yo acababa de decir. Ciertamente me pareció indignante que no los dejaran entrar en algunos moteles solo porque eran “diferentes”, ya sea por políticas de privacidad, derechos de admisión, creencias o cualquier otro impedimento personal. Dejé ahí la conversación para no indisponerlos.

Al llegar al destino, uno de ellos se bajó con prisa e ingresó a un bar cercano mientras que el otro me pagaba la carrera.

—Son dieciséis quinientos.

—Tenga señor y quédese con la devuelta, muchas gracias.

Me pagó con un billete de veinte mil, el cual puse a la luz del taxi para verificar que no fuera falso. Todo en orden, así que lo guardé en la guantera con el resto del fajo, donde guardo el producido de todas las carreras. Después de dejarlos, doblé la esquina y cerca de un semáforo una mujer, no muy adulta, no muy joven, que iba con su hijo, me abordó.

—Señor, ¿está libre? Voy para el Parque Explora

—Claro, bien pueda súbase. —Me estiré y les abrí la puerta de atrás como muestra de caballerosidad.

—Tan amable usted, y menos mal me lo encontré porque voy de afán.

—Vea, son las seis y cuarenta, a las siete en punto le aseguro que estamos allá.

Conducía rápido tratando de cumplir la necesidad de la cliente, pero no podía evitar mirarla por el retrovisor cada que podía, pues estaba buena y no parecía molestarle que la mirara, ya que en un par de veces se encontraron nuestras miradas. Llegamos al Parque Explora, pagó su carrera, y con mucho apuro, salió corriendo con su hijo en una dirección en la que rápidamente los perdí de vista.

Tomé rumbo al sur buscando otra carrera. Iba a una velocidad moderada esperando poder recoger a otro pasajero en el camino. Miraba alrededor buscando a alguien que pusiera la mano, y justo cuando volví mi mirada sobre las escaleras que están en la parte trasera de un edificio, donde las personas se sientan a escapar del sol o de la lluvia, justo ahí vi a una pareja besándose. “Estos pelaos’ de hoy en día que mantienen arrechos y en todo lado quieren hacer de todo...”, pensé. Había niños en la escena así que paré y decidí gritar desde el carro.

—Pagale pieza, ¿no ves que hay niños al lado? Creen que pueden hacer lo que les da la gana y no respetan a nadie.

Seguí mi camino y a la próxima cuadra se subió otro pasajero para seguir sumando historias a la noche y números al taxímetro.

## La casa de Caliche

Después del sexto cigarrillo de la noche, Carlos se dispuso a comprar una cerveza para bajar el ardor que deja el continuo humo en la garganta. Todos sabemos en la cuadra que la primera cerveza de Carlos siempre acaba en un problema que no sabe controlar y del que al día siguiente olvida sin remordimiento. Cuando salí por última vez al balcón de mi casa, lo vi en la esquina con una botella vacía en la mano mirando cómo pasaban los carros. Eran alrededor de las dos de la madrugada. Quizá cuando me fui a dormir no me cuestioné lo suficiente su quietud, pero fui directo a la cama, tranquilo, con la mente puesta en salir a montar en bicicleta al día siguiente para aprovechar el día festivo.

Eran las cuatro y media de la madrugada, desperté en medio de una conmoción que aún no sé cómo describir; llovía muy fuerte, y alguien tocaba mi puerta a golpes gritando que saliera; se escuchaban llantos de niños, conversaciones de vecinos y gritos de auxilio. Mi padre corrió a la puerta para ver qué pasaba mientras yo salía de mi cama para ver, a través de la ventana, la primera imagen de tantas que me dejaron sin aliento, una llamarada roja y viva como ninguna otra. Intenté procesar todo el alboroto a través de la imagen que tenía al frente, pero me quedé de piedra sin hacer nada, no me moví. Al mismo tiempo, mi madre y hermano intentaban ponerle el collar a la perra para salir de la casa, mi padre ya se encontraba afuera y nos apuraba con gritos; yo seguía contemplando el incendio en silencio.

Cuando recapacité, fui al clóset por un suéter y unos zapatos, y salí de casa. En las afueras de mis escalas había muchos vecinos y algunos policías intentando calmar la situación. Me abrí paso hasta que vi a Juan, quien se

me acercó de inmediato y sin decir una sola palabra, me miró queriendo decir algo; yo al igual que él, nos dimos vuelta a mirar el incendio y así nos quedamos. A veces me abrazaba por encima del hombro, unas palmadas en la espalda y lanzaba una leve sonrisa tratando de apaciguar esa amarga sensación. El fuego aún no alcanzaba mi casa, pero era cuestión de minutos para que las llamas se hicieran con su alrededor.

Pasado un tiempo de miedo y de muchas dudas, llegaron los bomberos y controlaron el fuego con tanta rapidez y efectividad que hicieron parecer todo eso como algo minúsculo. Cuando el incendio acabó, los bomberos sacaron a Caliche ebrio del lugar donde se originó, entre lágrimas y con pocas fuerzas. Había olvidado completamente que esa era su casa y que los vecinos podían correr un riesgo enorme. Mi mente estaba en blanco y solo entendí lo que pasaba cuando lo vi parado al lado de los oficiales y del cuerpo de bomberos; era la misma expresión vacía con la que miraba pasar los carros en la esquina antes de irme a dormir.

Muchos vecinos lo miraban con desprecio, otros le gritaban cosas; otros solo lo observábamos en silencio. Y Caliche, entre la lluvia y el humo de esa madrugada, seguía pensando y mostrándose inmutable ante el desastre.

## Las cervezas donde Alex ahora son más frías

La última vez que Alfredo y yo nos sentamos a tomar una cerveza íbamos caminando por el barrio Antioquia. Veníamos de visitar a Caliche, quien nos contaba cómo a Dardo lo habían citado a fiscalía por vender “cosos” ahí en la esquina de la cuadra; parecía que ya lo tenían vigilado y era reincidente. También es posible que los mismos muchachos lo hayan sapiao’ para mantener vivo el negocio de ellos, pero es difícil resolver esa incógnita, ya que Dardo no le debía nada a nadie y nos parecía extraño toda esa situación. Nos contó también cómo casi cascan a Sasá por haber pedido monedas en el callejón de la cuarenta y cinco. Todas las anécdotas y conversaciones con Caliche son una novela, pues él dramatiza muchas de las acciones, pone el empeño suficiente a lo que cuenta, y por eso sentarse a escucharlo toma tiempo y demanda prestar mucha atención para saber hilar cada cosa y así recordarle dónde había quedado en el cuento anterior. Muchas cosas han cambiado en el barrio, por eso es que cada encuentro con Caliche se resume ahora en conversaciones sobre una vida pasada, pues el mundo del hampa ya no es su refugio; él nos dice que ahora no hay honor, ni mucho menos la camaradería de la que él se apoyó para seguir vivo.

Después de la visita a Caliche, Alfredo y yo nos fuimos caminando por las afueras del aeropuerto para algún avión despegar o aterrizar. Eran alrededor de las dos de la tarde y la caminata desde el barrio hasta nuestro destino aumentó la sed, las ganas de sentarse de nuevo, pero en esta ocasión a disfrutar de una cerveza; nos echamos una mirada con intención de decir algo, pero solo hicimos un gesto con la mano, uno que ya conocemos

para cuando queremos beber. Al llegar a Unicentro, Alfredo me dijo que tomarse una pola en un centro comercial es contraproducente a nuestra forma de disfrutarla, pues no se puede fumar, no se puede escuchar música de nuestro agrado y mucho menos mirar la calle; entonces, continuamos caminando y llegamos donde la vieja Nury, ese local que nos vio las primeras borracheras al lado del viejo, el profesor ese que no nos dio clase ni una sola vez. Cuando llegamos estaba cerrado, nos pareció extraño porque Nury siempre abre muy temprano para poder cerrar temprano, así que emprendimos camino nuevamente.

Tomarse esas cervezas era un objetivo más que un deseo en ese punto, la sed se transformó en ansiedad y a ese ritmo fuimos caminando en busca de un lugar adecuado para satisfacer esa necesidad. Nos metimos por las calles del barrio San Joaquín, y Alfredo recordó esa vez que se sentó con Caliche y el Argentino en una tienda a reposar una traba maluca, una de esas que necesita compañía para no pensar de más.

—Oíste viejo, yo creo que por allí arriba hay un lugar donde venden una cerveza bien fría y nos dejan fumar tranquilos —me dijo mientras chasqueaba los dedos como si hubiera hecho algún hallazgo importante.

Subimos entonces a dicho lugar, y una cuadra antes de llegar al sitio, nos encontramos un billete de diez mil pesos que se transformaría luego en cuatro cervezas.

—Vas a ver que la pola aquí es más fría que en cualquier otro sitio —me decía sosteniendo el billete con mucha emoción.

Estábamos sentados conversando mientras de fondo sonaba una salsa, creo que era una canción de la Orquesta Narváez, y tomábamos a la par la cerveza sin reparar en muchas cosas. Ya íbamos en la segunda botella cuando avistamos a un indigente en la otra calle. El tipo rebuscaba con mucho esmero algo en la basura y sus alrededores, casi como si los diez mil pesos que encontramos fueran suyos, pero su afán no era de dinero, parecía estar en un trance que solo lo incitaba a buscar una cosa en específico. Llevaba un costal grande en el que guardaba sus cosas, nunca lo soltó, pero se vio en la necesidad de hacerlo a un lado mientras hurgaba en la parte más profunda de la caneca, por lo que puso la bolsa en el borde de la acera, casi dando a la calle, lo que eventualmente significó que todo el contenido del costal se

regara por donde circulaban los carros y las motos. Con mucho afán y sin preocuparse de los vehículos, empezó a recoger y a meterlo todo dentro del costal; la gente que pasaba por la cera miraba, otros le decían cosas y algunos carros y motos le pitaban para que se apartara de la calle. Alfredo y yo solo mirábamos en silencio, casi advirtiendo el desastre mortal que terminó por condenar a muerte a ese hombre, quien, sin notarlo, se encontraba ya bajo la llanta delantera de un bus de Laureles, tan frío e inmóvil como esa segunda cerveza que quedó a medio tomar en la mesa.

## Libros orinados

Fui al centro de la ciudad a buscar unas herramientas para poder terminar de poner el puesto donde íbamos a poner los libros en venta. Llevaba conmigo un libro de Alfred Jarry, uno de Boris Vian y otros dos que no recuerdo con exactitud, pero eran grandes. Los cuatro libros los había traído Juan Carlos de su último viaje a Argentina y me los encargó para agregar a la biblioteca; aún estaban empacados en su plástico protector y con la etiqueta del lugar donde los compró. Los llevaba conmigo porque los necesitaba de ejemplo para poder mostrar cómo quería organizar el puesto de venta, esa era la excusa para Juan y todos los que me preguntaban por ellos, pero realmente los quería para mí y no me gustaba dejarlos en ningún otro lado que no fuera estando conmigo. Llegué a un lugar donde vendían arreglos hechos en madera y metal, y la exposición de sus trabajos me llevó a interesarme lo suficiente como para comprar, no tuve que explicar siquiera que necesitaba la madera para un puesto de ventas, era perfecto; el color era caoba mate y la textura era un poco tosca, pero daba una sensación de robustez agradable. Decidí comprarlo, entonces, a pesar de que se saliera del presupuesto que tenía pensado; era perfecto para usarlo en eventos como este y para luego llevarlo a la casa como un mueble de decoración.

Salí del lugar con el mueble al hombro, caminé un par de cuadras y llegué a la calle San Juan donde podía tomar un bus, taxi o lo que fuera que me llevara hasta Laureles para poder dejar el mueble y así dejar todo listo para el siguiente día, cuando que empezaba el evento de compraventa de libros. Caminé nuevamente otras cuadras hasta el puente de Barrio Triste para escapar del estancamiento de vehículos del centro de la ciudad, allí

esperaba montarme en un bus de San Javier para llegar a mi destino, pero al llegar al paradero no me di cuenta de que no solo había usado más del presupuesto para la compra del mueble, lo había gastado todo; no tenía pasajes, no tenía absolutamente nada de dinero en ese momento y la única opción era caminar con este mueble que se empezaba a convertir en mal augurio. En un primer momento pensé en llamar a Carlos o Alfredo para que vinieran a ayudarme, pero sería totalmente inútil, cada uno estaba en su casa y mi único deseo ahora era el de librarme de esa mesa tan pronto como fuera posible para poder devolverme a casa caminando. Luego pensé en devolverme al Parque de las Luces y ubicar la mesa con algunas cosas que me permitieran conseguir lo mínimo para transportarme y cumplir el objetivo, pero me convencí de que era mala idea.

Me quedé casi diez minutos pensando en cómo resolver la situación y no salía de ese estado de trance hasta que revisé nuevamente mi mochila, bolsillos y billetera solo para encontrarme con lo mismo. Las demás personas del paradero vieron cómo miré la billetera y bolsillos con decepción al enterarme de que no había nada, pero todos se quedaron en silencio y volvieron su mirada sobre la calle, esperando a que pasara el bus de cada uno; después de ese gesto, eché el mueble al hombro y me fui, no quise parecer que mendigaba monedas. Cuando iba llegando a la carrera 65, empezó a llover de manera repentina y sin refugio alguno seguía caminando, pues parecía una lluvia de esas que es fuerte pero rápida. No me detuve siquiera a pensar que la mesa y los libros que llevaba en el bolso se podían dañar, tenía una sensación de cansancio y algo de frustración que solo me obligaba a caminar sin parar; quería fumarme un cigarrillo y tomar una cerveza después de llevar la mesa, pero todo me lo había gastado en este mueble que llevaba a cuestas y que parecía hacerse más pesado con la lluvia.

Todo el camino hasta Laureles, precisamente a la casa de Juan Carlos, iba aumentando la rabia, crecía en mí una sensación de molestia conmigo mismo que no sabía elaborar elocuentemente, cada que estaba en un semáforo me paraba a soltar insultos al aire, ¡qué maricada!, ¡Yo si soy güevon!, ¡Agh, vida hijueputa!... Dejé que esa rabia se manifestara como tal, pues la culpa era solo mía y no quería liberarlo con nadie más. Llegando al primer parque de Laureles, muy cerca de la casa de Juan Carlos, la lluvia había

mermado considerablemente, de hecho, solo era una brisa que terminaría por irse en cuestión de minutos; entonces aproveché para hacer una parada que me recordó los libros que llevaba conmigo. Abrí el bolso y la imagen era realmente triste, los cuatro estaban empapados hasta el fondo, no importó siquiera el recubrimiento de plástico en el que venían envueltos, pues el roce de la mesa cada que la ponía en el piso daba con el bolso y ellos a su vez raspaban con la coca de comida que guardo siempre en el bolsillo principal, así se hizo una fisura que terminó por inundar los libros. La rabia era aún mayor, pero solo pude manifestarla llorando; estaba tan mojado como los libros y no tenía nada de dinero, solo quedaba hacer frente a Juan para mostrarle la mesa y los cuatro libros que por lo arrugados que estaban, estando juntos parecían un libro muy grande.

Al llegar, Juan Carlos me recibió con un gran abrazo que iba acompañado de una cara que delataba preocupación, pero antes de preguntar cualquier cosa miró la mesa y con una sonrisa sincera le pasó la mano por encima.

—Este color me encanta como para poner libros y cuadros también —dijo mientras me daba un par de golpes en el hombro como dando felicitaciones, pero él veía que mi cara no cambiaba en absoluto.

Me preguntó si había pasado algo, y sin decirle nada, me quité el bolso, y poniéndolo encima de la mesa lo abrí para sacar los libros y se los mostré; Juan Carlos se empezó a reír y los volvió a mirar para decirme.

—¿A quién putas le vamos a vender libros orinados?

Sin saber qué responder a eso me reí y se los intenté entregar agachando la cabeza mientras le ofrecía mis más sinceras disculpas, pero él solo seguía buscando chistes para ese infortunio, hasta que retomó una posición más seria y me mostró otros libros que le habían donado para la venta.

—Yo me encargo de la mesa y la llevo mañana con el resto de libros que no están miados, vos quédate con esos más bien.

Me fui para mi casa, entonces, y buscaba entender por qué estaba tan enojado, pero solo podía pensar en que ahora “había marcado territorio” en cuatro libros nuevos.

## Los tenis que no se pueden usar

Las noches de los jueves solíamos ir a jugar fútbol cinco en la cancha del parque, un lugar en el que se juega a fútbol, baloncesto, voleibol, se monta bicicleta, y los muchachos del barrio juegan parkés mientras fuman lo que venden o venden lo que fuman. Jugábamos los jueves porque era el día en el que David y yo teníamos disponible, y porque nadie más la usaba tan tarde como nosotros. Los otros tres eran el Piti, que jugaba a defender conmigo; el Zurdo, que era un goleador nato; y Cristian, que era el arquero. Todos nosotros nos encontrábamos siempre a las nueve de la noche en la tienda de Chucho para comprar agua y luego subir a la cancha a ver quién se animaba a un cotejo de ocho goles para así poder ir nuevamente donde Chucho a gastar en cerveza lo ganado o a deber lo perdido y relatar todos los momentos del partido.

Esta vez que fuimos a jugar, estaban reunidos todos los pelaos importantes del barrio jugando parkés, y no decidimos prestarle mucha atención a eso, pues ellos nos conocen a nosotros y a nuestras familias, tanto que podría decirse que jugar en la presencia de ellos es sinónimo de seguridad, no hay problema alguno si están presentes, ya que, si están jugando parkés algunos, los otros se dedican a ver el partido o a ejecutar las demás labores del combo. Nosotros empezamos a tocar el balón y a hacer tiros al arco poniendo a prueba a Cristian para calentar, pero pasados unos diez minutos, aproximadamente, llegó un equipo de siete tipos que nunca habíamos visto en el barrio ni en sus alrededores. Piti me miró y me hizo el gesto de que jugáramos contra ellos y yo levanté los hombros en señal de no distinguirlos.

—Qué importa si no sabemos quiénes son, van a perder igual... Les voy a preguntar.

Fue en camino a decirles que desde lo lejos nos gritan:

—Ochenta lucas a los seis goles, ¿sí o sí? —Y todos confirmamos con pulgar arriba.

Algunos de los pelaos cogieron puesto en las gradas para ver el cotejo, pero sobre todo para ver con ojo crítico a los nuevos visitantes que no aparentaban nada malo. El partido lo empezamos ganando y ya íbamos tres goles por delante, de hecho, no habían tenido oportunidad de acercarse para poner a prueba a Cristian. Estábamos muy tranquilos nosotros, y ellos empezaban a desesperar, chutaban desde cualquier sitio posible, entradas duras y muchos gritos. No nos dejamos intimidar por ese modo de juego y le dábamos más seguridad al Zurdo y a David, que se entendían tan bien en pases. Empezábamos a sentir cómo subían las tensiones, y cuando nos emocionamos, el Piti y yo adoptamos un modo de juego más agresivo, uno que se adaptaba a esas condiciones. En una salida desde nuestra portería, Cristian se la entregó a Piti, y él salió encarando a un atacante de ellos y le tiró un caño que terminó en un pase a David y eventualmente en gol. Después de toda la jugada, el otro tipo se giró y apuntando con el dedo a Piti le dijo: “A mí no hagas esas maricadas que no respondo”. El Piti me miró y nos echamos a reír, pero ese comentario lo escuchó el Zurdo que se deja encender muy fácil por ese tipo de cosas. Los pelaos observaban todavía en silencio e inmutables.

Pasado un buen tiempo, el partido se encontraba cinco a dos y la tensión era mucho más alta, pero el Zurdo no quería anotar el último gol hasta quedar satisfecho, por lo que buscaba el balón para regatear y hacer jugadas de esas que solo sabe hacer él, un tipo que controla el balón y lo arrastra de manera tan natural que parece que lo tuviera pegado al pie. Encaró por fin al mismo que amenazó a Piti y con una finta la hizo resbalar, esperó a que se pusiera de pie para que lo atacara de nuevo y ahí le lanzó un caño al que toda la cancha reaccionó de muchas formas, el Zurdo buscó pase con alguno, pero intentó retroceder y al darse vuelta recibió una patada al nivel del pecho que lo tumbó inmediatamente al piso.

—Les dije malparidos que esos jueguitos conmigo no van.

Ante el incidente nos fuimos encima Cristian y yo a reclamar muy enojados, pero la única respuesta de todo el equipo contrario era: “Entonces, ¿qué van a hacer?”. En medio de la discusión, dos de los pelaos que estaban jugando sentados en gradas ayudaron a incorporar al Zurdo y lo sentaron, le dieron agua, y cuando se sintió mejor, quiso quitarse la camisa para ver si estaba morado o le quedaba alguna marca. Mientras intentaba mirar su pecho, el primo del calvo, uno de los que estaba jugando parqués, se dirigió a él y le dijo:

—No alcancé a ver quién fue, señálelo.

El zurdo en medio de la rabia no pensó en hacer otra cosa que señalar.

—Fue ese marica de los guayos verdes.

Mientras el Zurdo estaba sentado, nosotros intentamos seguir buscando un pretexto para no acabar el partido y poder ganar los ochenta mil pesos, pero el partido acabó ahí y nadie se llevó nada. Nos quedamos en las gradas conversando hasta que nos dio más de la medianoche; nos cambiamos, y como para salir de la cancha debíamos pasar por el lado de los pelaos, el primo del calvo se alejó un poco de la mesa y sin que nadie de las gradas, excepto nosotros, lo oyera dijo:

—No busquen problemas con nadie, váyanse tranquilos.

No entendimos lo que quiso decir, así que nos despedimos con mucha cordialidad, como siempre, y seguimos nuestro camino sin prestarle mucha atención al comentario.

Al siguiente jueves volvimos a la cancha para jugar como siempre y mientras calentábamos vimos en una de las columnas verdes un par de guayos verdes colgados por los que no quisimos preguntar a nadie, pero que hasta hoy nos dejan un sinsabor cada que los miramos y la ley del que allá los pone nadie la cuestiona y la del que los baja mucho menos.

## Manual de rutas, personas y encuentros

*La calle no le pertenece a nadie,  
menos al que se la sabe transitar con precaución*

La primera vez que me monté en un bus por mi cuenta iba desde el centro hasta el parque de Bello. Ese bus se toma en la avenida Oriental, una calle que representa todo lo que mi mamá me ha enseñado a evitar. Entonces, con mucha prisa, busqué el carro en la atiborrada calle, en la que parquean otros buses con otros destinos que nunca supe cuáles eran, pues andaba con mucho afán y miedo como para preguntar qué otros lugares hay además del que necesitaba. Eran alrededor de las ocho de la noche y ya el número de gente se reducía, por lo que empecé a perseguir los asientos de atrás en los que suele haber mejor ventilación y una ruta más efectiva y rápida al momento de bajarse.

El bus iba a buen ritmo, en menos de veinte minutos ya íbamos atravesando la calle Barranquilla; justo al lado de la Universidad de Antioquia abordaron dos tipos, aparentemente de treinta años, y se sentaron uno al frente mío y el otro al lado. El resto del viaje se sintió como si fuera una eterna hora, pero realmente pasaron unos cinco minutos en los que se dijeron pocas palabras, entregué el celular y diez mil pesos que llevaba.

Mi forma de entender que los robos y descatos que suceden a diario es fumando un cigarro para bajar la adrenalina, pero como no es el mismo para todos, solo sugiero no dar tanta papaya.

## El credo

La malicia indígena es una filosofía que se enseña de manera empírica, una que ha impregnado esta ciudad desde los tiempos en que no había ciudad. El regateo, la viveza, ser avispa y mostrar verraquera son la consigna clara para no dejarse pasar por encima; en esta sociedad en la que todo se ha vuelto un motivo para vender y comprar, más vale ser vivo que bobo, pues la confianza se ha resquebrajado en los trueques precarios, las falsas promesas, las “tumbadas de cabeza” y todo acto de bondad involucra dinero.

## Moverse en la ciudad

Camino siempre las calles mirando al frente, pero los demás sentidos puestos en todas las direcciones, pues siempre he preferido caminar antes que movilizarme en carro o moto, pero me dicen que me expongo a todo peligro; sin embargo, yo no habito esos miedos que a otros les quita la tranquilidad y no les permite ver la calle que forma, la que enseña y que a pesar de ser un inminente peligro, también es una creación de nosotros mismos.

## Personajes importantes y otros

La verdadera forma de reconocer a un vagabundo no es la suciedad en la ropa, no es el pelo desenmarañado, es un costal o una carreta. En muchas rutas se mueven buscando comida, instrumentos para sobrevivir, objetos para intercambiar, lugares para dormir o tener sexo, y otros que solo se establecen en colonias que terminan por volverse en todo lo perverso que permita el hombre. Siempre los veo caminar en incómodos solazos como si no hiciera efecto; se movilizan mucho entre semáforos pidiendo auxilio o solo esperando cruzar una calle, que por lo general no tiene destino; pero nunca los veo quietos. Cuando llega la noche, algunos duermen y otros siguen moviéndose por las calles, y me pregunto, entonces, qué le hará falta

a alguien como ellos para mantenerse en un solo sitio, pero llega la lluvia y despeja las calles, desaparece la gente y los indigentes poco se ven... Ellos le huyen también, pero no escapan para siempre.

## Patrimonio histórico

Nos llena de orgullo una construcción enorme que moviliza toda una ciudad, va de sur a norte y de norte a sur, pero sabemos bien que el metro de la ciudad es solo la herramienta principal para visitar los lugares realmente importantes. La estación Prado para bajarnos a ir a tomar tinto en el parque Bolívar y almorzar en Versalles; Parque Berrio para fumar mariguana en el parque del Periodista; Universidad para tomar cerveza en el parque de los deseos; Alpujarra para hacer vueltas importantes; Industriales para ir a trabajar o comprar maricadas; Estadio para todo tipo de deporte que se pueda uno imaginar. Todos los lugares que componen la ciudad configuran una idea diferente para cada uno, pero identificar ese patrimonio es lo que cuesta cuando nos alejamos de la idea de vivir en la ciudad, de habitarla.

## Lo eterno es la ciudad, no la primavera

*Al hombre que cabalga largamente por tierras agrestes  
le asalta el deseo de una ciudad*  
Ítalo Calvino, *Ciudades invisibles*

Con tan solo veintiséis años, Lucas se cansó de vivir en la ciudad; ese agite y caos que no cesa no era la promesa de lo que escuchó en historias o vio en las películas, era peor. Un hombre muy joven, pero con visión amplia, decidió irse a vivir a las montañas para huir del desenfreno que no lo deja avanzar, según Lucas, ese es su mayor obstáculo, lo grande que es la ciudad lo hace temblar, lo ha hecho perder más de una vez, pero no en las calles, pues él es un tipo que ha caminado y sufrido el calor duro del pavimento en muchos tramos.

Esta ciudad la rodean muchas montañas y Lucas no sabe bien cuál de todas elegir, así que piensa en cuál montaña recibe el sol en la mañana y le da la sombra en la tarde, entonces va allí. En los primeros días, el estilo de vida no parece ser muy similar al que Lucas está acostumbrado, pues las tiendas o quioscos del sector cierran más temprano de lo usual, no venden todo lo que necesita y no hay tantas como solía haber en su antiguo hogar. Los caminos que conducen a la nueva casa de Lucas son estrechos y otros muy anchos y todos los transitan, menos Lucas en su bicicleta que ya ha pinchado tres veces al salir en sus rutinas de domingo. Las noches son más oscuras, pues las luces amarillentas con visos naranjas ya no iluminan el

camino, solo hay estrellas y un cielo que a veces es nublado. Los vecinos no son muchos y Lucas los ve muy poco, por lo que el estilo de vida es más solitario y eso a él le gusta, pero no es suficiente.

Lucas no estaba cansado de la ciudad, estaba cansado de sí mismo y por eso volvió a la ciudad, donde el desenfreno lo entretiene, el calor lo hace sentir vivo y caminar las calles lo libera del tedio. Estando en su entorno comprende que el cansancio es el combustible para seguir habitando la ciudad como a él le gusta, entonces toma un bus que lo lleva a Laureles y allí continúa la rutina como todos los días.



Juan-Diego Martínez Marín, 2022, Medellín.

## Memorias de otra vida

## Noviembre de tormentas

Hace dos años fue ese frío noviembre. Recuerdo que una de esas mañanas salí del apartamento y el clima estaba helado; las nubes susurraban consejos de encierro con sus tonos de gris agresivo. Aún no llovía. Eran las 7:30 a. m. De vez en cuando el cielo rugía tímidamente prometiendo una gran tormenta. Yo, por terco, no hice caso a las señales. Debí quedarme en casa y quizá todo habría sido diferente. Será que ¿tocaste mi puerta cuando no estaba? No lo sé, pero pienso en ello cada día.

Aquella mañana me levanté eufórico. Tenía energías para hacer algo y no sabía el qué. Por eso madrugué. En los 27 años de vida que tengo no recuerdo el día que madrugase por gusto. Desde las 5:18 a. m. tenía los ojos como ventanales. La vida en los árboles estaba en hora pico. Escuchaba los bichofué con su particular cantao e imaginaba que les entendía sus chismes. Quise seguir el ritmo de los pájaros y me levanté.

Decidido a salir con toda, pensé en tomar un baño, pero el calentador amaneció dañado. Me tocó omitir ese ritual mañanero, hacía demasiado frío. Era como si el universo me dijese: “¡No salgas hoy!”. No hice caso. Calenté un café y me preparé una arepa con cuajada para desayunar. Me puse una ropa deportiva porque, aunque no tenía planes fijos, sabía que caminaría bastante. Antes de salir pensé en lo mucho que quería invitarte a ese paseo improvisado. Salí de mi apartamento y crucé el pasillo para ver si tu cerrojo me decía algo. Toqué tu puerta tres veces en mi mente, pero no hubo respuesta, el silencio en el pasillo era irreal. Quizá es muy temprano para estar despierta o quizá ya salió a trabajar, pensé. Me llené de excusas y no fui capaz de llamarte.

Ahora sé que la única razón por la que esa mañana estaba tan feliz era porque tenía en la cabeza planes con vos, Sabi. La otra noche me contaste tu *hobby* de conocer panaderías. Ese pasatiempo tan particular me impulsó a conocer más la ciudad. Esa mañana me levanté con ganas de contar cuántos guayacanes vestían de gala a Medellín. Quería saber qué tan amarillo podían brillar los barrios con sus hojas, quería ver cuáles parques ponían alfombra rosa y blanca a causa de ese árbol.

Estuve unos minutos caminando en el pasillo hasta que decidí salir solo. La única condición fue que te contaría cómo había sido mi aventura. Me juré que te invitaría al día siguiente. Salí en contra del clima y de mis instintos. Salí.

Estuve a tiempo de regresar y no lo hice. Avancé tres cuadras y la brisa ya rociaba la calle. Los rugidos del cielo se hacían cada vez más imponentes; tronaba. La ciudad se cercó con una pared de lluvia. Las montañas iban desapareciendo de la vista en todas las direcciones. Las goteras marcaban el ritmo de la poca gente que había en la calle. El señor de los aguacates empacaba su carreta y la señora del Gana cerraba su puestico. Sin embargo, yo, obnubilado, avanzaba ajeno a mi alrededor. Despreocupado por la lluvia, contaba los guayacanes que ya habían florecido. Los pechirojos, barranqueros y canarios se escampaban en ellos.

Pronto la tormenta sería ineludible. La realidad azotaría el trance que caminaba. Mis zapatos frenaron en un llamado de emergencia, las medias estaban empapadas; el buso descapotado y la sudadera que tenía puestos pesaban más del doble; mi pelo escurría tanta agua que me costaba ver. Sin embargo, durante cinco horas bajo la lluvia fui feliz. Caminé la ciudad como un extranjero. Sabi, ¿sabías que las calles se sienten diferente bajo la lluvia? Sentí que caminaba en una realidad paralela. Ese día soñé despierto; imaginé que caminabas entre chubascos y suspirabas con tranquilidad. El agua le sienta bien al verde de las calles.

Terminé el paseo en una tienda de barrio. Era ya de noche. *Donde Alex*, decía un letrero de la entrada. Cuando pasé por este lugar, una señora me llamó: “Venga, muchacho, no se moje tanto”, gritó. Su nombre era Mmoeira y estaba tomando una Pilsen. Yo sin refutar, acepté su indicación y acabé

sentado con ella tomando cerveza. Según ella, una buena pola ayuda a pasar el frío. Y a pesar de estar tan mojado, las horas que estuve con ella se me hicieron cálidas.

Mmoeira me contó un resumen de su vida y entre historias iba descifrando mis problemas. Terminé hablándole de vos, Sabi. Me dijo que yo era un pendejo y estaba roncando mucho. No sé cómo hacía para ver las cosas tan claras. Daba la sensación de que te conociera más que yo. Ella también estuvo de acuerdo en que a vos te encantaría un paseo en la lluvia.

Era más de media noche y estaba decidido a repetir este plan. Aquel noviembre llovía todos los días y estaban las condiciones para hacerlo. Me despedí de Mmoeira y regresé a casa. Los rayos de la luna penetraban la ciudad y las montañas se vislumbraban entre la humedad con el crepitar de los barrios. No obstante, la tormenta siguió.

Desde la esquina de la cuadra todo se sintió diferente. Algo no terminaba de cuadrar. Había un vacío en la calle. Todo era silencio a excepción de un pálido murmullo que salía de nuestro edificio. Al llegar, encontré un cúmulo de personas que rodeaban la parte trasera del lugar. Ignoré la extraña escena y subí los quince pisos del edificio por las escaleras; el ascensor lo estaban clausurando.

Toda la incertidumbre que generó esta situación se esfumó cuando terminé de subir las escaleras. Llegué al pasillo que conecta nuestros apartamentos y vi que tu puerta estaba abierta. Mis pupilas se dilataron de la emoción. Tenía la excusa perfecta para saludarte. Sé que me habrías invitado a un café al ver mi ropa mojada. Sin embargo, llegué y nadie atendió. Imaginé que estabas en el alboroto de abajo, pues prácticamente todos los vecinos estaban allá. Seguí hacia mi apartamento para cambiarme de ropa mientras volvías. Me fui pensando en qué parte de la historia te contaría primero o cuál parque visitaríamos al otro día.

Hace dos años fue ese frío noviembre. Aquel día en el cual encontré una nota pegada en la puerta de mi apartamento. Una corta frase en el papel tomó forma en el rompecabezas de una nueva tormenta.

*Te vi esta mañana en el pasillo, ¿por qué no tocaste?  
No hubiese abierto, pero ¿por qué no tocaste?*

*Tenías algo para decirme, entonces, ¿por qué no tocaste?  
Tamashi, disculpa, yo tampoco quería tocar más puertas.  
Antes de irme, te recomiendo un lugar donde encontrarás el mejor pan de hojaldre  
Se llama, Memorias de Lexa.*

Sabina.

Tardé unos largos segundos en hilar las consecuencias de aquella escena. A las 4:52 a. m. entró la primera llamada de varias que se surtieron antes de que la Policía la encontrara a las 6:22 a. m. El silencio del pasillo perdió su anonimato con el susurro de las cortinas. La gran ventana que da al jardín de la parte trasera de la unidad yacía de par en par. El desgarró que sentí aquel noviembre se perdió entre el ruido de las sirenas que se aproximaban y los murmullos insensibles de los vecinos.

## Pueblo alado

Viernes. 20 de febrero del 2022. Pueblo de Volokonovka.

### Creo que empieza la guerra

Hola, ¿cómo vas en tu exilio? Sé que no te gusta que mencione dónde estás, pero me encantaría saber, por lo menos, un detalle. Por ejemplo: qué tanto se disfruta el clima cálido. Estos días hace una helada mortal acá en el pueblo. La verdad es que no solo el clima se siente frío, el vecindario y cada rincón de Volokonovka pareciera estar muriendo en soledad. ¿Te conté que en el parque donde salgo a fumar está pasando algo extraño? Qué va... si hace siete meses que te escribí la última carta. Lo siento, el kremlin ha estado muy activo este último año.

Te cuento: hace cinco meses que no se pasea un ave. El acentor siberiano lo vi volar por última vez en julio; los zarapitos reales que siempre estaban en el río que queda cerca de casa desaparecieron desde inicios del año pasado. Pensé que estaban explorando lugares nuevos por el cambio de temporada, pero no puede ser eso. Incluso las palomas y los cuervos desaparecieron. ¡¡Las palomas y los cuervos!! De eso siempre hay. Había un grupo de palomas que me acompañaba cuando iba a fumar y ahora no hay rastro de ninguna. Yo suelo llevar unas migas de pan para pasar el pucho, pero ya no están.

¿Será que le temen a la guerra tanto como vos? Porque la semana pasada llegó un gran escuadrón. Alcancé a contar unos dieciocho tanques. Cinco de esos eran 9k22 Tunguska. Es decir, antiaéreos, ¿puedes creerlo, Miroslav? El kremlin sacó sus mejores juguetes. Creo que se están preparando para la guerra. Los rumores dicen que el domingo saldrán hacia la ciudad de Bélgorod. Se acercarán demasiado a la frontera. Miroslav, tengo miedo. ¿Es verdad que invadiremos Ucrania? Eso es lo que dicen.

Vos sabes que en el establecimiento Koonepatop se cuentan todos los chismes del pueblo. La señora Elizaveta asegura que su nieto está asignado a otro escuadrón. Es, incluso, más grande que el que vi hace unos días. Ella asegura que también están cerca de la frontera, por allá en el norte, arriba en Yaroslavka. Creo que ahora sí empezó aquello que tanto temías. Desde niño siempre me lo decías, no quiero ir al ejército. Y mira ahora, vos con 44 años y yo con 32. No nos salvamos de la guerra, quizá no estamos enlistados en las filas de combate, todavía, pero saber que tu país pelea es doloroso, ¿no? ¿Cómo lo ves vos desde el otro lado del charco?

Confuso, Alexei Baranov  
Martes. 26 de abril del 2022. Bélgorod.

## El búho

Miroslav, me estoy volviendo loco. Eso creo por lo menos, porque de no ser así es el mundo el que se está enloqueciendo. ¿A dónde se fueron todas las aves? ¿En Guyana también está pasando esto? ¡Agh!, me da igual ya escribir dónde estás, te prometo que nadie te encontrará; además, esta carta la enviaré fuera del país. Lo juro.

Como habrás visto en las noticias, la guerra ya cumple un par de meses. ¿Quién iba a pensar que el kremlin fracasaría de esta manera? Los de Ucrania se han defendido a capa y espada. Por eso me caen bien. Ellos no se dejaron atemorizar por Putin como vos y yo. Como todos nosotros. Así que iré a Járkov, en Ucrania. Debo reunirme con unos compañeros rusos que se están escondiendo. Se esconden de los mismos que vos. Deséame suerte.

Sé que suena loco, es una idea riesgosa. Pero la zona de combate está a unos kilómetros hacia el sur. Járkov está fuera de peligro según el búho.

El búho es una historia que ni yo me creo. El fin de semana pasado estaba en el parque fumando como siempre. Aunque estas últimas semanas cambié el horario. Ya no salgo en las tardes porque hay toque de queda, además están reclutando gente, según escuché en Koonepatop. El pitillo no me gusta prenderlo en casa porque odio el olor. Así que voy al parque en las madrugadas y vi a un búho. Vos no sabes la impresión que me dio.

Llevo meses sin ver un ave. Estaba en una rama con la mirada fija. Sé que me tacharás de rayado y hasta esquizofrénico, pero te juro que me empezó a hacer señas. Lo seguí. En estos momentos de la vida me da igual todo. ¿Qué podía pasar si seguía las instrucciones de un búho? Pues llegué a una casa que queda en la esquina y me hizo entrar. Sus ojos eran claros como las palabras; con una mirada te decía a dónde ir. En el sótano encontré un cuadro con una nota que colgaba de su marco.

La nota decía:

*Los espías alados están en acción, el hombre ha dado la señal para la unificación de especies. Sin embargo, Occidente debe caer para que sea posible. Ve donde tus hermanos de sangre y encuentra tu camino.*

Durante los últimos días he seguido un juego de notas que el búho me indica durante las noches. A la 1:10 a. m. siempre llega al árbol. Mi próximo destino está en Ucrania. Espero resolver esto pronto y vernos de nuevo. Hermano, podrás volver a tu tierra. ¿Son las aves aliadas?

Ilusionado, Alexei Baranov.  
Jueves. 25 de agosto del 2022. Kiev.

## No estarán preparados

No sé en quién confiar, por eso te escribo. Te he contado todas las misiones que he hecho para el búho en las cartas anteriores. Cada detalle ha sido expuesto y eso al jefe no le gustó, se han dado cuenta que escribo en secreto. Esta será la última carta que pueda enviarte en un buen tiempo.

Cuando llegué a Kiev me encontré con una ola de aves. Había demasiadas. El parque nacional Holosiivskyi estaba infestado por todo tipo de aves, pero en su mayoría cuervos. Allí era mi destino. Tenía que colarme al Monasterio de la Santa Trinidad que queda allí. La nota del búho me indicó este lugar. Y con él un mensaje que decía:

*Aquellos con ojos de cristal verán la nueva generación racional. El salto no estará listo para todos pues la ignorancia es el escudo más potente. Abre tus alas.*

El corazón no me ha dejado de correr desde que leí la nota. Espero hacer lo correcto cuando llegue a Crimea, al otro lado de Ucrania. Según lo que entendí por el cuadro del monasterio, allí estaba la clave del desenlace. Ese es mi próximo destino.

Alexei, o eso creo.



Juan Diego Martínez Marín. 2022, Medellín.

## De nombres, seudónimos, luz y sombra

## Por el poder concedido en nosotros te nombramos...

Así imaginé mi nombramiento por parte de mis padres, un asunto muy adecuado, muy pensado e incluso solemne. Previo a esta época, los nombres tenían un arraigo muy religioso y bíblico, mis tíos y los tíos de ellos llevaban nombres como Juan, José, Ezequiel, y una que otra combinación entre uno y otro como Jesús María, José Daniel o Francisco José. En los años ochenta en Medellín, los padres de estratos sociales bajos querían conservar el futuro de sus hijos dándoles nombres que demostraran algo de casta; sin embargo, en ese afán de mejorar un poco los futuros de sus hijos y de dar nuevos destinos desde la cuna, sus esfuerzos se volvían en contra; nombres como Esneyder, Dixner o Aisenjower, que por mucho que buscaran emular algún tema en particular, una manera o incluso personajes importantes de la historia, dejaban en evidencia lo poco que sabíamos de otras lenguas o de la humildad de nuestras raíces.

En paralelo, surgían nombres como Sebastián, Jorge, Lucas, nombres únicos que nunca fueron acompañados por excentricidades de las lenguas extranjeras o por combinaciones interminables y que han quedado instaurados en el imaginario de muchos como nombres tradicionales y de repetir por generaciones.

El día de mi nacimiento surgieron algunas verdades en mi familia que permanecieron por siempre. Una de ellas fue que mis padres no habían pensado mucho en cómo llamarme. Pasaron todo el tiempo, de los nueve meses de embarazo, pensando en el color de la bañera, el primer vestido que me darían, las urgencias que tendrían; pues, como todo gran problema,

no podría llegar al mundo en un día normal, con un parto o nacimiento normal; no, este hombre no sabe qué es eso. Otra verdad de mi casa fue que mis padres no podían ponerse de acuerdo en nada. Mi padre salió a buscar a la señora representante de la notaría número cinco en la Clínica León XIII, el lugar en el que nació un gran porcentaje de las personas de la ciudad, pues los demás nacerían en la Luz Castro de Gutiérrez u otras instituciones privadas que surgían. Mientras que mi madre ya tenía una idea clara, esta señora hermosa, que me llevó por ocho meses en su bella barriga y me soportó el peso y el tamaño, quería que llevara el nombre de uno de sus cantantes favoritos de la época más el nombre de uno de sus amores de juventud, uno a quien honraría con el hijo de otro. Nunca entendí ese hecho, sin embargo, lo que sí entendí es que “por el amor de una mujer” todos habríamos de hacer las más bellas locuras o grandes estupideces. Mis padres tuvieron entonces el primer desacuerdo por el día de mi nacimiento a causa de mi nombre; no hay problema, no me compadezcan, ya me acostumbraría. Una verdad más, mi padre quería nombrarme, pues se sentía con el derecho por ser yo, el varoncito de casa, el primer hombre de una estirpe que perpetuaría el legado, un legado no tan bueno que llevar a costas, más bien algo como una quimera:

[...] el monstruoso animal no era un peso inerte; envolvía y oprimía, por el contrario, al hombre, con sus músculos elásticos y poderosos; prendíase con sus dos vastas garras al pecho de su montura, y su cabeza fabulosa dominaba la frente del hombre entonces [...]. (Baudelaire, 2018, p. 312)

Mi familia trae en su sangre un destino fatal, un designio de hombres malos, machistas y desventurados; bella herencia, entonces, desligar generaciones de hombres de este tipo y ofrecer un mejor lugar en la tierra a la descendencia. Verdades que jugaron en mi contra a la hora de nombrarme; por tanto, nada de solemnidad, una pelea más, un agravio más, una lucha más.

Al final me dieron el nombre que la notaría sugirió, mi padre pidió ayuda y le fue dada, su pregunta fue:

—Doctora, ¿cuál es el nombre más raro y poco usado que usted haya puesto?

—Mire, señor, este nombre solo lo he puesto una vez, hace unos cuatro años, de allí en adelante no se le ha asignado a nadie más en esta notaría, sin embargo, eso no significa que no lo hayan hecho en otras.

—¡Ah! Con eso basta.

Lo que mi padre no esperaba era la astucia de mi madre. No solo bastaba con que su hijo tuviera un nombre poco común, ella necesitaba hacerlo único: tres nombres dados a esa pequeña criatura; aunque en realidad, lo que creo, en el fondo de mi corazón, es que esta fue la venganza en contra de mi padre, de la masculinidad de su hijo, del tamaño y peso exagerado y las urgencias vividas por más de un mes dentro de la sala de neonatos dado mi nacimiento a los ocho meses.

## Bluyín

Mi nombre es una de las cosas que más atrae a las personas que conozco, por un lado, tienen diferentes maneras de llamarme, por otro, se les hace gracioso el hecho de que pueda tener tantas variaciones y tergiversaciones.

Durante años sufrí las inclemencias de la mala pronunciación de algunos, la mala escucha de otros, la imposibilidad de escribir mi nombre de aquellos cercanos a mí. Ahora saco a relucir los frecuentes escenarios vividos y apelativos que he recibido para que ustedes puedan acompañarme en el dolor o seguir el rastro de las risas que hasta hoy no paran.

Mi nombre es Danny Jean Paul Mejía Holguín, y durante mi infancia fui llamado Dani, Danielito mijo y algunos aventurados, Daniel. Mi madre tuvo la osadía y fuerza para hacerme entender sus estados de ánimo dependiendo de la manera en que me llamaba. Dani, quería que hiciera algo; Danielito mijo, quería que le hiciera alguna compra o que fuera hasta los confines de mi barrio por algún botón, hilo o tela que necesitara para sus confecciones caseras; Daniel Juan Pablo, en mi pensamiento se venía la idea de ¡hice algo!, no recuerdo, debía pagar mis culpas y la purga empezaba desde la nominación.

Cuando llegué a la escuela, en mi primer grado fui recibido por una profesora que quizás compartía el mismo mal o simplemente quiso hacerse la graciosa. Llamó a lista y ante la imposibilidad de la pronunciación, me bautizó con el primer remoquete que me llevó desde allí y hasta quinto de primaria.

—Danny Je... Pa..., no pues, entonces cómo le digo, ¿Bluyín?

Mi profesora no tenía idea que, de ahí en adelante, cada partido de fútbol, cada competencia de piques o fila en la tienda a la hora del receso, sería identificado por todos como Bluyín.

—Bluyín, ¡sos el arquero!

—Bluyín, vos sos muy rápido, nadie te gana.

—Bluyín dame fila.

Cuando estuve en la escuela, mis compañeros, aquellos que no usaban el nombre dado por mi profesora, me decían Dani. Entonces aprendí a tener esas dualidades de comportamiento y nominación: si me llamabas Dani, estoy seguro de que te tocó una persona de poca disciplina y cero en conducta; si me llamabas Jean Paul, Jean o Paul, las respuestas serían múltiples. Yo, un niño muy normal, de esos que llaman los más malos de la escuela, de esos que golpean niños, profes y vigilantes; en mi escuela fui el terror, mi profesora de cuarto de primaria discutía con mi profesor de matemáticas, ese que seguro salvó mi vida a punta de números, fracciones y una que otra raíz cuadrada, en la puerta del salón 4to A:

—No me lo aguanto más.

—¿Qué pasó esta vez?

—Estaba entrando a clase y mientras llegaba, me demoré cinco minutos, ¡cinco! Ya estaba encima de Jaimito, con la regla en la mano gritando “¡ténganse todos, todos envainen, todos sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida!”, y Jaimito relinchaba. Luego pasó por los puestos pegándoles a todos con la regla, ese elemento metálico que la mamá le compró para no tener que gastar más en reglas de plástico porque las rompe en las cabezas de los demás.

—Profe, ¿cuál es tu preocupación?, ¿un niño no debe ser niño?

—Un niño no puede ser así, tiene que comportarse. ¿Cómo irá a ser cuando grande? Si es que llega a serlo, pues en esta ciudad esos son los que caen primero. Bueno si usted es tan guapo, se lo cambio por tres de los peores suyos, dígame quiénes, hoy mismo hablo con el rector para que me los transfiera.

—Profe, la verdad es que yo no tengo casos así, si quiere se lo recibo sin problema, un niño más no me hará mal, además, seguro así usted se calma y puede trabajar más tranquila.

—Profe, pero después no me lo puede devolver, mire que este sí es cosa seria.

Desde ese día mis matemáticas fueron muy buenas, me esforcé por ser el mejor de la clase, traté de seguir el paso de mi Profe y de seguir comportándome como un niño. Terminé en el salón de mis queridas primas, y ellas siempre estuvieron con los ojos en los cuadernos y la disciplina en 5.0. Yo nunca traté de seguir sus pasos, pero las voces llegaban donde mi madre, mi profesor me ponía más ejercicios que a los demás, valoraba mi conocimiento en matemáticas y mis exámenes en todas las áreas empezaron a mejorar.

Mi Profe nunca me llamó Bluyín, siempre fui Dani para él, y aunque la esposa fue quien en primer grado me puso el sobrenombre que me acompañó hasta mi graduación de primaria, ese Profe valoró la persona detrás del título nobiliario otorgado por mi familia al nacer, se fijó en mis ganas de aprender y explotó mi potencial.

## El nombramiento del colegio

No podía ser normal la llegada a un lugar nuevo, siempre tuve la facultad de ser una persona que conectaba fácilmente con la gente, de esas personas que a veces no recuerdas pero que sabes que estuvieron ahí. Después de haber sido la papeleta en la primaria, después de haber recibido miles de nombres en la escuela, tuve la oportunidad de un cambio, de una nueva manera de ver las cosas, de estar en un lugar al que con mucha esperanza llegaba para recrear momentos que disfruté del paso por la escuela primaria, y olvidar otros que no eran pertinentes.

Tuve una salida forzada del lugar en donde viví toda mi infancia. En mi país esto no es nada difícil que suceda; sin embargo, no fueron los paras, no fueron los guerrillos, no fueron los militares, no fueron los narcos, aunque en mi vida siempre fueron muy cercanos, por diferentes circunstancias y por muchos dilemas, esta vez creo que fue Dios. Nos sacó de un lugar para llevarnos a otro, no creo que haya sido la mejor manera ni el mejor lugar, pero ¿quién soy yo para reprochar una decisión divina?

El motivo de esa salida abrupta fue un poco por la manera de construir casas en los años ochenta, un poco por la oficina de trabajos públicos de mi bella tacita de plata, un poco por el lugar en el que decidimos vivir. Sin embargo, salir de este paraje y conducirnos a vivir por un tiempo con nuestros abuelos maternos nos dio una perspectiva diferente de la ciudad que habitamos. Salimos de un lugar en el que éramos algo o alguien y pasamos a otro en el que nadie se percató del cambio o de nuestra existencia. De mi familia se decía que crecíamos de la nada, que un día no había nadie y al día siguiente éramos muchos. Pareciera mentira, pero en mi familia, así como yo, de este bello año en el que nací, somos seis, todas primas; si hacemos esa cuenta multiplicando por año o cada dos años, camadas de

jovencitos que salían de la misma puerta huyendo del hacinamiento de la pequeña casa en la que vivíamos.

Las rutinas de nuestro hogar eran simples. En la mañana muy temprano se partía para el estudio, en las tardes muy temprano se volvía de la institución, llegaba a lavar las medias usadas en el día, mi madre servía el almuerzo, se veía un poco de televisión, se hacían tareas y luego a la calle, a jugar, a compartir con los demás; emprendíamos juegos muy tradicionales en nuestros barrios: una pelota de carey y cuatro piedras convertían el asfalto el mejor estadio del mundo; una torre de piedras y la misma pelota eran la mejor oportunidad para correr como locos; el palo de escoba y la misma pelota desataban el eterno duelo de los Yankees y los Mets.

El colegio fue uno de los regalos más preciados que mi madre me brindó. Para ella siempre fue importante que sus hijos tuvieran oportunidades que su padre les negaba. Esa era otra pelea más en casa: mi padre decía que a él le había ido muy bien en la vida siendo mecánico automotriz desde muy temprana edad; mi madre soñaba con que sus hijos terminaran la secundaria.

Allí llegué, mi madre había encontrado un colegio, fuera de las cercanías de un barrio como el que habitábamos. Nos llevó a un bus de distancia, lo que quiere decir que tomábamos uno de ida y otro de vuelta. Ese liceo, el Diego Echavarría Misas, ubicado en el barrio de Florencia, en la zona noroccidental de Medellín, me recibió con los brazos abiertos, y aunque lo primero que vieron fue mi disciplina y conducta, las recomendaciones de mis profesores dejándome por encima de cualquiera en mi clase ayudaron a que entrara con cierta facilidad, creo que lo hicieron para garantizar el no retorno a ese lugar y que los dejara descansar.

Esta institución que tuvo la osadía de ser mi casa desde sexto grado hasta octavo, no pudo estar más arrepentida, llegué allí, y dada la experiencia de mi escuela, decidí que me llamaría solo Danny, mis compañeros no sabrían de Bluyín, sería el que pasa desapercibido, el que nadie conoce, sería ese que pocos notan, la persona que nadie recuerda y que, aunque todos ven, prefieren ignorar. Soñaba con poder ir por ahí, tomando el tiempo necesario para pasar de pasillo en pasillo sin ser visto, aupar los famosos; ver cómo juegan los deportistas; ver a las bellas niñas divertirse con cepillos y lacas; y, sobre todo, no tener problemas con mis continuas visitas a la biblioteca.

Vano fue mi esfuerzo...

## Tobe o To Be

Eran las 6:45 a. m., mi primer día de clases en el colegio que me había recibido, fuera por pesar o por terco, allí estaba. En realidad, mi vida transcurría muy normal, la camisa de gala, el pantalón azul oscuro de una marca cualquiera, y los tenis Reebok negros clásicos, de algún almacén del centro de Medellín que los vendían como si fueran originales y con precios más bajos, tan diferentes que los podíamos comprar, además con la garantía de que duraría el año completo; a pesar de mi fama de acabar los zapatos en el menor de los tiempos, nunca había fallado esa garantía.

Tenía una nueva vida, se sentía en el aire. La madrugada era fresca, el clima perfecto para mostrar mis zapatos, mis ropas limpias, mis ganas de llegar a un lugar que garantizaba el anonimato y la posibilidad de ser nombrado diferente. No había manera de que hubiera gente de mi escuela anterior: Jaimito lo había sacado su madre en tercero y lo había llevado a Cúcuta, Katherine volvió al Valle después de nuestra graduación de quinto de primaria y Helen nunca saldría de la comodidad de su autoexilio en ese lugar en el que estudiamos y habitamos. No existía la mala fortuna de que tuviera que encontrar a Regina o Uvaldina en las aulas de ese lugar.

Era un nuevo yo, uno que se presentaría como Danny, más confiado y menos temeroso de ser y hacer lo que debía y lo que quería, bajo los límites de la institución que me acogía; era el inicio para ese apasionado por la matemática de su profe Ciriaco, ese que trataba siempre de hacer lo mejor para su cuidado, ese que tenía claro cómo actuar y en qué circunstancias hacerlo.

Mi primera clase era de inglés, no sabía ni lo que significaba. En mi escuela nunca nos contaron sobre esto y mucho menos nos prepararon al respecto. Mi profé Magola, una señora que tenía el nombre de Margarita, pero como era tan diferente, la gente la empezó a llamar Magola la loca, podía tener cien años, o eso era lo que decían, recorría los pasillos gritando cosas que pocos entendían, llevaba vestidos de anciana y zapatos ergonómicos para estar cómoda de pie, nunca la vi sentada. Al llegar a clase, me senté en el final de la primera fila, no quería que me vieran y mucho menos que se dieran cuenta de lo nuevo que era, sin embargo, todos ellos se percataron de inmediato, pues venían de la misma escuela, habían compartido los años de primaria juntos y el único diferente era yo.

La profesora empezó su cátedra, escribió unas palabras en el tablero, decía cosas que yo no comprendía y de allí nos enseñó a dividir las páginas de nuestros cuadernos en tres partes. La primera sobre la margen izquierda donde teníamos que escribir diez sustantivos nuevos cada clase. La segunda, en el centro, en la que debíamos mantener nuestros temas actualizados; y la tercera sobre la margen derecha, allí teníamos que escribir diez verbos nuevos para cada encuentro. Lo que al final hacía un gran diccionario de palabras que no entendíamos, no sabíamos pronunciar y mucho menos comunicar. La primera palabra escrita que había dejado allí desde el minuto uno era algo que con el tiempo comprendí mejor, Tobe o To Be; ¡esta sí la sabía!, había visto todos los capítulos en el canal regional de mi departamento, en Teleantioquia, me sabía incluso la canción del inicio: “De dónde vienes pequeña Lulú, eres toda mi felicidad, ríen anciano y niños también, por la forma que tienes de ser, Lulú no crezcas no cambies jamás...”

Cuando la profesora nos preguntó qué decía en el tablero, de inmediato levanté la mano, me parecía una maravilla saber que, en el colegio, en vez de esas cosas súper aburridas de la escuela, podríamos ver programas de televisión, hablar de ellos, comentarlos y mirar las posibles conexiones en nuestras vidas; poder decir, por ejemplo, cuánto me había dolido ese capítulo en donde los amigos se convertían en enemigos y que todos vieran mi conmoción, pero no fue así... nunca lo sería; mi profesora me dio la palabra, de inmediato dije que allí decía [tobe], todos estaban riendo mientras me

repetían en coro: Tobe, Tobe, Tobe; la profesora levantó su voz más fuerte de lo normal, todos callaron; ella insistió, [tobe] o [Tubi]; con mi limitado conocimiento de la lengua inglesa repetí [tobe], la pregunta que me lanzó fue determinante, entonces, ¿dónde dejaste a Lulú?

De contextura gruesa o como mi madre me decía de huesos grandes, mi cuerpo hacía el llamado a tal nombre, me había convertido, en el primer día y a la primera hora, en el amigo gordo de la niña Lulu, mi cara redonda de un niño de 11 años en plena pubertad, habiendo trabajado en una carnicería donde lo que se comía mañana, tarde y noche eran los remanentes de las carnes magras que las señoras no llevaban por miedo a engordar o por el fastidio de su textura, mi barriga de niño, dura y circundante, nada de cintura, derecho desde los hombros hasta la cadera, piernas gruesas que evitaban un movimiento ágil en los juegos del receso. Tobe fue el remoquete durante los primeros tres años del colegio.

## La llegada de la literatura

Siempre que trato de explicar este gran suceso en mí, faltan palabras, imágenes y capacidad de escritura. Aquí voy de nuevo, mientras hago memoria de lo que trataré de contar, pondré, en esta escena, la foto de una familia de estrato uno que vive en un lugar poco amplio, pero con todo el amor y la calidez de la casita materna, cuando debe recibir a sus hijos en desgracia. Un padre responsable con el trabajo, pero no tanto con su estirpe, una madre que sale a trabajar todos los días para acceder a los faltantes de las necesidades de sus dos hijos, pero que siempre ha estado interesada en aprender y brindar una mayor oportunidad para ellos. Ella, la madre, terminó su primaria, leyó los libros de Comfama acerca de la crianza de niños y de su edad más difícil, y aunque no pudo hacer la secundaria, sabe que no quiere el mismo destino para sus retoños; conoce los riesgos de que sus pequeños queden enredados en las dinámicas de una ciudad que clama a gritos jóvenes a las huestes de la guerra y las bandas; conoce bien la gente que está cerca de sus muchachos, y aunque no los aleja, está segura de que luchar contra la amistad o el amor no es la opción; los controla, lo sabe todo y en cada momento crea las maneras para hacerlos darse cuenta de los riesgos e implicaciones de sus actos.

Esta mujer, la columna vertebral de una familia frágil, con un padre ausente, un par de adolescentes que de un momento a otro decidieron crecer y pretendieron ser parte de un contexto poco conocido, decidió que crearía la oportunidad para que estos tuvieran una mejor educación; no sabía cómo la pagaría, ni cómo haría el dinero, solo estaba consciente de que era

necesario. Sabía que la lectura sería su soporte, por eso estaba inscrita en el Círculo de Lectores, y aunque no fuera la más grande lectora, esperaba que sus hijos tuvieran ese don en las carreras que escogieran.

Recuerdo a mi madre y a sus libros de Comfama con los títulos más sugestivos: *La mejor manera de criar a tu hijo*; *Adolescentes: ellos crean nosotros los criamos*; *Los hijos más allá de la psicología*. Estoy seguro de que mi madre necesitaba los consejos de esos libros, ya que no fuimos dos hijos modelos, sino los más comunes y corrientes. Niños y, luego, jóvenes que buscaron siempre desarrollar de la mejor manera sus personalidades, que estuvieron al borde de la rumba que nunca visitamos, que estuvieron tan cerca de probar lo que nunca debimos, de protestar contra los padres que nos tocaron, que tuvieron problemas serios en las escuelas, que gastaron la plata de los pasajes, que hicieron trayectos a pie para compensar ese mango con sal, esa calcomanía de moda o la pistola de fulminantes que los hacía sentir parte del barrio donde nacieron.

Durante los tres años de estudio en el colegio que me llamaban Tobe, fui un desastre mayor que todos en la escuela; mi madre visitó la institución al menos una vez a la semana durante este período de tiempo, y cambió más de tres veces de lugar de trabajo por culpa de tanto permiso. Los profesores la llamaban por su nombre, la recibían en la sala de la dirección y su saludo era siempre: “¿Qué hizo esta vez?”. Mis profes solo daban reportes de comportamiento, tenía toda una lista de base, solo la ponían al día con las novedades, y aunque mi hermana no es parte de esta historia, ella también cargaba lo suyo. Sin embargo, lo que no contaban mis profes es que cada descanso, de dos que teníamos, los pasé, durante tres años, en la biblioteca de esa bella escuela, lugar donde conocí a *Los tres Mosqueteros*, *La isla misteriosa*, *El hombre que ya no tenía nada que hacer* y muchos otros. No podría decir cuántos libros leí en ese entonces, pero sí, que ya no necesitaba pasar por el visto bueno de la bibliotecaria; ella solo me miraba y yo seguía. Mi maletín viajaba con libros desde el colegio a mi casa para poder llevar a cabo esos cortos trayectos que me hacían recorrer el mundo; y muchas veces, inmerso en la lectura, tuve que volver a pie por el mismo camino, pues me pasaba de la parada habitual del bus.

Intenté escribir un poema al primer amor adolescente, una mujer tres o cuatros años mayor, pero que, por muchas razones, además de la edad, escogió salir con mi primo, pues él tenía la calle de su lado, yo solo los libros y algunos poemas escritos en tinta roja, que además de cursi, no tenían ninguna forma. Ahora que los leo parecían más una trova antioqueña que un poema, no era ninguna *cuaderna vía*, no había verso, métrica, ritmo o rima.

Tiempo después la vi llorar por un muerto en su casa o por el amor de mi primo, yo ya estaba mayor, pero mi amor, que se había quedado en aquella época, solo quería que estuviera bien. La verdad, estuve pendiente de otras cosas. Mis libros me absorbieron de muchos asuntos que mis amigos y primos vivieron, aunque por ellos leí *No nacimos pa' semilla* y *El pelaito que no duró nada*; siento que todos ellos vivieron al límite de esas historias y en particular me hicieron el único con permiso de volver a mi barrio, visitar a los viejos y a la familia; mis amigos y muchos primos, en cambio, murieron al seguir el ejemplo de durar poco, de no ser semilla, de no ser mariposa o manzana.

Luego llegaron libros como *La puta decente*, *La muerte en Venecia*, *El viaje a la luna*, *Juventud en éxtasis*, *Mi amigo el pintor*, *La historia interminable*; y, por último, *El principito*, al que preferiría llamar el pequeño príncipe, pero ese es otro tema.

En el grado octavo tuve la oportunidad de mejorar mis notas, tener la disciplina y la conducta ideal que mis profes exigían, no me reconocieron más, aunque me seguían llamando Tobe, no hubo más llamados de atención, mi madre no volvió, ya no había razón, y mis amigos tampoco. Mis libros se volvieron mi compañía, logré ser el segundo mejor de los octavos en rendimiento académico. Mi madre me había prometido cambiarme de colegio si mejoraba todos estos ámbitos, ella, quien siempre cumplió sus promesas, me cambió. Noveno sería un nuevo mundo en todo sentido: amigos, institución, reglas, costumbres y nombres.

## El primer Jean Paul

Llegar al Centro Educacional Don Bosco fue la experiencia de apertura. De ser el ignorado, el ser no visto, pasé a convertirme en el punto de referencia. Pudo ser por mi intelecto, sin embargo, solo fue la habitual manera extrovertida y dicharachera de un contador de cuentos, quizás un aedo o un bardo. Soñaba las historias más bellas, y los corrillos de mis compañeros eran grandes; contaba sobre lo que pasaba en mi cuadra, los sonidos de la noche de las botas de alguna fuerza, las noticias que veía en la tele, las explosiones de algún tipo que mi cuadra tenía de fondo, los amigos de la esquina que no llegaron al día siguiente al colegio, los profes que tuvieron que escapar a las amenazas de unos pocos.

En este lugar tuve la oportunidad de ser otro yo, me convertí en Jean Paul, no sería más Tobe. Quería ser otro y mis padres me habían dado la posibilidad de ser tres desde mi bautizo, yo pasé por todos, pero allí me instauré en dos. Aunque creo que a alguien le hubiera gustado que siguiera siendo el primero, un Danny sin miedos, ni problemas, taras o medidas.

Jean Paul dejó de esperar y se convirtió en el hacedor, el que va por cada uno de esos lugares sin miedo, el que sabía que las cosas no serían seguras y no le importó. Fue scout, jugador de baloncesto, director de la brigada de salud, director del club científico, vicepresidente del colegio, representante de grupo, director del grupo de teatro, representante del club de lectura, monitor de la clase de español y literatura y una peste con los profes de inglés. Además, sus recreos duraban más de lo normal pues la oficina de la Coordinación de Disciplina era su parada habitual todos los días del año de noveno, se quedaba hablando con las amigas, jugando baloncesto, estaba

fuera del aula de clase poniendo en marcha cualquier campamento, alguien necesitaba primeros auxilios, se quedaba planeando la feria científica. Su profesor-coordinador de Disciplina no entendía por qué necesitaba estar por ahí rodando, de clase en clase, de amigo en amigo.

Todo cambió por una escapada del colegio, en el bus de la selección de baloncesto femenina, cuando mi querido profesor-coordinador me vio bajar del bus después de haber perdido contra otro colegio salesiano. Allí la confianza que algún día pude haber ganado se quedó en el piso; así me convertí en el sospechoso de siempre, a quien llamaban así fuera solo por poner en la línea de fuego a ver quién caía o por descarte.

Las costumbres pronto llegaron de nuevo, y volví a recluirme en los libros. Allí conocí una bibliotecaria que disfrutaba que los estudiantes pasaran tiempo haciéndole preguntas acerca de libros y de las colecciones de esa pequeña y pobre biblioteca. Tuve la oportunidad de recorrer los libros una y otra vez, de tener conversaciones con amigos acerca de los leídos; cuando empezábamos el ciclo de lectura, nos gustaba pasar cada uno por esos textos, nos compartíamos títulos y opiniones, a veces peleábamos por uno que otro tema, nos hacíamos daño con respuestas como: “¡Usted no entendió!”, “¡Deje de ser bruto!”, “¡Lea otra vez!”, “¡Deje la bobada!”, “¡Le quedó grande ese libro!”, “¡Es que ese tema no es pa’ todos!”, “¡Más bien vuelva a la lectura de *Beto, el recluta!*”. Seguro que esos comentarios nos acompañaron en ese entonces por mucho tiempo, pero aún hoy nos hacen daño. Lecturas que siempre quisimos dejar, porque nos creímos lo que decían los demás de nosotros, a tal punto que dudamos retomar ciertos autores, Kafka, Alighieri y Cervantes fueron algunos de ellos; luego serían nuestros compañeros de bienestar y tranquilidad.

Ser Jean Paul y no Danny tuvo consecuencias: me dejé llevar por el ego y por los amigos; creí ser más inteligente que muchos; me festejé cada logro y avancé a lugares que no había conocido de mi corazón y de mi personalidad; dudé de la existencia de cada ser importante o más grande, aunque me demostraran a cada paso dado que su compañía era inminente; dejé a un lado viejos y buenos amigos, por un par de nuevos malos amigos; la novia que nunca tuve llegó; dejé de ser el amigo de todas, con quien no podían ni querían arruinar sus amistades, a ser con quien querían tirar todo por la

borda; fui el no deportista más envidiado, y aunque jugaba baloncesto, en este país del sagrado corazón del fútbol, eso no contaba; los hombres me miraban con odio y sus novias adolescentes me miraban con cara de por qué no tengo uno así; ya no era al que dejaban a un lado, me había convertido en el personaje principal de una historia que no sabía a dónde me llevaría; las amigas que tenía no querían solo amistad, unas pretendieron ser mis novias, pero no les importó pasar por encima de la anterior; tuve mis primeras experiencias que me acercaban cada vez más al fatídico futuro. La literatura nunca me abandonó, pero Danny fue desdibujado por un nombre más fuerte y sonoro. Lo que la gente quería era eso, ver a ese otro, al que sin miedos partía en metros de avanzada, al que poco le importaba que lo vieran, mejor si lo hacían. Todo esto trajo consecuencias que luego no pude desarraigar y solo tuve que aceptarlas y vivir con ellas.

## Giampaolo

Durante el tiempo que estuve entre libros y bibliotecas, mi vida tuvo un giro impredecible. En aquel entonces, me di cuenta que algún sociólogo francés ya lo había escrito. Estamos destinados a ser lo que nuestros contextos nos obligan, en mi caso un niño a durar poco o una semilla sin tierra donde tener raíces, sin embargo, hay quienes salen de esos determinismos y juegan a cambiar sus entornos y a ellos mismos. Pero que iba a saber yo de eso, por qué entendería luego que mis carreras a las bibliotecas y librerías cambiarían de alguna manera algo de lo que estuve destinado desde la cuna.

En mi colegio tuve la oportunidad de participar por una beca de estudios en el extranjero, un viejito bonachón llamado Guillermo, que no sé si quiera que habrá visto en la peste que fui (o sigo siendo), pero fui elegido, presenté exámenes de competencia en lengua inglesa, también de conocimientos generales y muchos otros, visitas domiciliarias, campamentos de integración y entrevistas individuales en las que observaban incluso tus movimientos en la mesa. Pasaron seis meses desde la propuesta hasta la noticia.

¡Pasé! Fui el segundo mejor puntaje en ese entonces, y tuve la oportunidad de ser asignado a un país, que cuando estuve en tercer grado de primaria con la profe Martha, otra de las que me llamaba Bluyín, robó toda mi atención. Ese lugar tenía la forma de una bota, algo que en ese momento me llegaba al alma, pues me habían acabado de regalar unas de la liga de la justicia, a la que amaba, incluso mi madre me decía que hasta dormía con ellas, pues no las podía llevar a la escuela; y aunque esta no fue mi primera opción, pues en mi mente, aun, llevaba a los teutones, fueron ellos quienes me escogieron, pues con el tiempo me di cuenta que en ese entonces ellos

me habían seleccionado de entre muchas personas, y ahora, si lo veo en retrospectiva, quizás no había otra manera; esas bellas personas que me recibieron con brazos abiertos, Nico, Luciana y Barbará, e incluso la abuela xenófoba, una relación extraña que nos provee aún hoy de una amistad que parece eterna; su lengua y sus costumbres me dieron más de lo que esperaba, incluso uno o muchos nuevos nombres: *Gian Paolo, Giampaolo; Gianpippo, Escobar, Figlio, Fratello, Cucciolo, Caro*. A ese país llegué al final del verano.

Pasé de conocer las montañas de mi tierra a explorar el mundo. Cuando estaba muy joven, tenía la idea loca de que si subía la montaña oriental de nuestro bello Valle de Aburrá y bajaba deslizado con la velocidad de una tabla enjabonada o con cera, podría llegar a Bogotá, estaría en otras tierras; sin embargo, me di cuenta de la falacia tan grande en la que había vivido gracias a un tormentoso viaje por tierra a la gran ciudad, interrumpido por una parada en La Dorada a causa de un enfrentamiento militar con la guerrilla, un derrumbe más adelante y una sobrina de pocos meses que mi hermana nos encargó. Entonces, supe que las nueve largas horas de viaje no podían hacerse en una subida de montaña y una bajada en tabla.

Al llegar a la capital todo estaba organizado para quedarnos en casa de una hermana de la tía que no era tía y que se comportaba como otra madre, una que nos cuidó de pequeños mientras mi madre trabajaba, una que nos enseñó de la voz de Colombia y del buen café de su tierra, pues no era antioqueña, era caldense, de las propias cafeteras, y que nos describía los granos rojos y se iluminaba su rostro, y el olor a café tempranero, ese que te levanta de dulce manera y que te calienta el alma. Las costumbres nuestras relatan la aguapanela, el chocolate batido o la leche de vaca recién ordeñada, a la tía Luz Marina no, a ella la recuerdo en su ventanita mirando la montaña cercana y soñando sus cafetales de Manzales. Bogotá era fría, alta y muy grande. “Perderse aquí debe ser el reto más grande”, fue lo que pensé, aunque partía en unos días para un recorrido aún más largo y que me daría una perspectiva diferente del mundo y de su tamaño.

Miami fue el lugar que visité después de Bogotá. Mis ganas de mostrar mis habilidades lingüísticas en un país extranjero me arrojaron contra el primer negocio que vi, donde un señor alto, negro y con una cara que me recordaba a mi padre, de un genio:

—*May I have a soda and a sandwich?*

—¿Quéjloquetuquieres? —Fue su respuesta y mi decepción.

No sabía si era mi inglés básico o mi pronunciación; pero mi frustración duró lo mismo que el viaje a Londres, allí las personas de inmigración nos recibieron con maneras a las que no estaba acostumbrado:

—*Morning.*

—*Yes...*

—*May I have your passport please?*

—*Yes...*

—*Please state your full name, age and nationality.*

—*Yes...*

—*What's the purpose of your visit?*

—*Yes...*

Sorprendido por mi nivel de inglés y mi experiencia multicultural, mi gran sonrisa y la amabilidad de Jane Doe, me hicieron pasar. Me fui pensando en esa fluida conversación con aquella mujer y dándome cuenta de la estupidez de mis respuestas y las francas acciones de una mujer inglesa. De allí al país que me convocaba, Londres-Bolonia; todavía faltaban viajes y horas, pero me acercaba más a mi nuevo hogar y me alejaba un poco de mi contexto original. Luego entendí también que ese no se deja ni en Vietnam, uno es siempre y va con su maleta a todos lados, solo que en ese entonces los kilómetros o las millas me hacían pensar en ser otro.

Llegamos a un hotel, éramos trescientos estudiantes de diferentes lugares del mundo, cuatro colombianos, una bogotana, una caleña, un bumangués y un paisa. Era una bella experiencia saber quiénes estaban allí y cómo habían llegado; pasamos dos días conociéndonos; todos éramos estudiantes, compartiendo el todo o el poco de lo que esperábamos. Después de 9 horas en bus hasta Bogotá, 3h30' hasta Miami, 6h hasta Londres, 3h45' hasta Bolonia, la sensación de mareo del neófito en aviones y viajes sufría del mal de aviones y barcos. Conocí gente muy bella y otras que estarían conmigo en la ciudad destino.

La ciudad del toro me esperaba. Al llegar estaba más dormido de lo posible, reconocí a mi familia anfitriona de las fotos que habíamos compartido por correo tradicional, pues hasta ese entonces no había la tecnología que

hoy es tan natural, y ellos me conocieron por la foto oscura pasada por fax desde Colombia hasta Italia, esperaban al más afrodescendiente de todos, y la decepción de que mi color no fuera tal aún es tema en nuestras conversaciones.

Empecé el colegio después de unas cortas vacaciones en una casa inmensa, con piscina, motos, jardín y muchas cosas nuevas; incluso la manera de comer, para eso sí soy bueno, 20 kilos más en el primer mes. El jueves 18 de septiembre de ese año era mi cumpleaños, el primer día de clases y el día que, años después me enteraría, coincidía con otro jueves, el del año 1980, cuando nací. Entonces entendí que aquel había sido un renacer, no creo en muchas cosas o tal vez creo en todas, pero fue muy bonito recomenzar. La profesora Cervetti con lista en mano empezó a llamar a sus estudiantes y de nuevo... Dan... Jea...Pau... Gian Paolo Mejía.

## De cafés

Al volver a Colombia, muchos de mis amigos graduados, jóvenes adultos de universidad, interesados en volver a juntarse para discutir las maravillas de un lugar que estaba en sus sueños, me volví el centro de atención, lo que antes no fui, ahora lo era. Volví más delgado, con más experiencia y con mucho más mundo que algunos de ellos, o al menos, más millas.

Me gusta la tertulia, aun hoy, me gusta hablar; escogí una carrera que me paga por ello, me paga por leer y me deja escribir acerca de eso. El café lo aprendí a tomar en mi casa, pero aquella ciudad y aquellas personas me enseñaron a tomar buen café, mezclas, orígenes y la importancia de no añadir azúcar a este.

Aprendí que el mejor café es aquel que te deja ese amarguito todo el día; también visité el Florian; vi los lugares en que Baudelaire y los suyos se reunieron a mal hablar de la esplendorosa París; que el café regado duele más que llorar sobre la leche derramada; que el tamaño sí importa, pues quien se toma una tacita de café no es de fiar; que no hay mejor calor para un cuarto frío que el de una cafetera; que a veces el café debería ser servido en balde y no en taza; que no hay mejor buenos días que el de tu amada con una taza humeante en la mano; que el mejor invento es el aroma del café, pero que la gran evolución del hombre es evidente en la decisión de tostar este fruto y empezar a beberlo.

Las reuniones con amigos que en un principio fueron para beber alcohol y contar mentiras, se fueron convirtiendo en conversaciones amenas al ritmo de café de origen, una cafetera de café fresco constante, de galleticas

de jengibre, de anís y de mantequilla; las cenas convocadas traían el gusto del vino tinto, de la carne asada, de las pastas al *pomodoro*, del *limoncello* y del café de Valparaíso, de la finca la Elisa.

Estas reuniones traían consigo un momento de apertura, la presentación de cada uno, la oportunidad para decirnos los nombres y la incomodidad de decir otras cosas. Para ese momento mi primer nombre era, como la canción, periódico de hace muchos años, pero el Jean Paul subsistía, era un tema completo, lo primero es que mi experiencia en otras lenguas me permitió por un tiempo tratar de pronunciarlo lo más cercano a su origen francés, pero la gente preguntaba: “¿Cómo?”; y la repetición se hacía obligada, además de la mala mirada, pues pensaban que lo pronunciaba de esa manera, más por engreído que por otro motivo, como la claridad en la grafía. La pausa incómoda y la mirada que decía: “¡No, en serio!, ¿cuál es el nombre?”; o la traducción inmediata al español o a otra lengua: “¿Juan Pablo? ¿Jhon? ¿Pablo?”. Siempre desvié la incomodidad con una contra pregunta: “¿Cafecito?”.

## De vigilantes y otros tantos

Había ciertas conversaciones que no eran tan fluidas o que dieran la oportunidad de aclarar o de conversar al respecto. Siempre tuve la sensación de que mi vocalización no era la mejor, por tanto, los demás tendrían siempre una idea errónea de mi nombre, pero si hasta mi abuela me llamó hampón, ¿qué podría esperar de los demás?

Cuando nací, mi nombre fue siempre una duda importante para mis progenitores y familiares; mi padre alguna vez quiso escribirme una carta, de amor, despedida, disculpa, no lo sé, empezaba así: “*Yampol, eres una persona importante para mí...*”. No sé si en realidad pasó lo que viene después del Yampol o si es mi bella manera de agradecerle su ausencia; sin embargo, estoy convencido de que así me veía él, como un personaje más en la vida que decidió al lado de mi madre.

Mis abuelos maternos nunca me dijeron diferente a Daniel o Danny; alguna vez mi abuela se aventuró a llamarme Paul, pero fue tan poco natural que terminó ahogándose de la risa, yo asustado por su muerte inminente y ella feliz, incluso entre tos y tos, alcanzó a decir un “*don pol*”, lo que estoy seguro la hizo ahogarse más, hasta que la socorrieron mis tíos y me hicieron salir del cuarto. Creo que mi abuela nunca pensó que fuera posible que su nieto llegara a ser adulto, o que le dieran del “don”, pues con ese nombre, nadie podría tomarlo en serio.

¿Mis abuelos paternos? Bueno, no puedo ser injusto, ellos también me querían, tanto que mi abuela me dio mi primer sobrenombre, mi padre llegó ese día como “*Mufasa*” a mostrar al recién nacido “*Simba*”, y en la mitad de la levantada de brazos en alto, del primero de los Mejías macho, la

pregunta: “¿Cómo le pusieron al fin?”. El orgullo de mi padre, imaginen la canción de fondo, “*Nants ingonyama bagithi Baba (Sithi uhm ingonyama) yeah, ingonyama Nants ingonyama bagithi baba (Sithi uhm ingonyama) Ingonyama (Ingonyama) Siyo Nqoba (Ingonyama)*”, mientras mi padre me levantaba hacia ese pueblo de hienas, y la canción interrumpida por el nombre al aire, y la contrarrespuesta de la abuela: “*Amón, Ramón, ¿Hampón?*”.

Este fragmento lo dedicaré a todas esas personas que, no siendo cercanas, han tenido las mejores intenciones siempre de reproducir de la mejor manera mi nombre y seguir sus vidas sin problema.

Hace unos años, se convirtió en sinónimo de buen trato y servicio el hecho de llamar a los clientes por sus nombres e, incluso, de personalizar sus vasos de café y las facturas o recibos con datos de las dueñas del pedido y clientes que llegaban. Esto fue un paso más allá en la historia que estoy compilando, pues no bastaba solo con escuchar la dificultad de los demás al interpelarme, ahora tenía que ver y callar lo que veía escrito en vasos y facturas.

“Yampol”, como antes lo había mencionado, fue la manera en que mi padre me escribió en un intento de carta hace muchos años, cuando estaba muy joven. La encontré posterior a su muerte, la vi escondida, doblada entre algunos de sus zapatos, esos que siempre fueron sus favoritos. A mi padre, un negro bien creído, creo que esto es una redundancia, mi padre un creído bien grande, siempre le gustaron los zapatos finos, limpios y de marcas como Nike, Zodiac, Adidas. Para mis abuelos paternos, Hampón. El café siempre me ha gustado mucho, entonces me pueden encontrar siempre cerca de ellos, me gustan los de origen, sobre todo el de esa finca La Elisa; sin embargo, tengo una lista de nombres diferentes gracias a estas tiendas de Oma o Juan Valdez: YanPol, Yampol, Yanpool, Janpol, Yanbol, Danbol, Donbol, Yam, Pool, Pol, Janpaul.

Sin embargo, de todos los nombres recibidos, el que más recuerdo es el que una vez me dio un vigilante en la casa de mi novia. Al llegar, como en muchos de los edificios en los que decidimos vivir, lo aclaro porque antes vivíamos en barrios en los que no necesitábamos anunciarnos, solo llegar, ser y existir; estas porterías siempre han sido un dilema, llegar y tener que gritar el nombre desde el taxi o el carro de un amigo:

—Si, buenas.

—Buenas, joven.

—Es tan amable, Luz María, la del 707.

—¿De parte de quién?

—Jean Paul.

—¿Cómo?, ¿Antón?

—Sí, ella sabe que vine por ella.

—Sígase, aparque ahí en la B de visitantes.

—Gracias.

Pero esa vez fue diferente. Llegué a la casa de su madre, el casco de mi moto no iba a ser de ayuda, ya iba a ser difícil que me entendiera el nombre, pero cubierto nariz y boca, pobre hombre, parar en la portería, los saludos, las preguntas, los nombres, las instrucciones para aparcar en el lugar de visitantes; me bajé de la moto y subí al apartamento al encuentro con ella, las risas de su familia y sus gestos, un poco sonrojada, un poco disfrutando, esta vez, el señor vigilante me rebautizó:

—Buenas, el señor Tampón en portería.

—Déjelo subir.

## Nunca más Danny, Dani, Danielito mijo

El nombre de Danny siempre ha sido determinante para señalar una parte de mí que me gusta más. El Danny, Dani o Danielito mijo ha sido el más cercano. La persona que te ofrece todo sin medidas, te da todo, aunque no lo quieras, es ese que no tiene que mirar atrás de su espalda, es el que menos le importa lo que dicen, pues no dicen nada, nadie lo conoce y los pocos que han tenido la oportunidad lo prefieren.

Algunos que han recibido a Danny, a través de Jean Paul, se han dado el lujo de menospreciar su existencia, han hecho surgir al Paul que temo, no se han dado cuenta que estar a su lado garantiza calma y mucha paz.

Cuando estaba solo bebía ginebra para castigar su gusto por los buenos vinos, y, aunque le gustaba el teatro, no había traspuesto en veinte años el umbral de un solo local de aquella especie. Pero reservaba en cambio para el prójimo una enorme tolerancia, meditaba, no sin envidia a veces, sobre los arrestos que requería la comisión de las malas acciones, y, llegado el caso, se inclinaba siempre a ayudar en lugar de censurar. (Stevenson, 1978, p. 5; trad. propia)<sup>1</sup>

---

1 "He was austere with himself; drank gin when he was alone, to mortify a taste for vintages; and though he enjoyed the theatre, had not crossed the doors of one for twenty years. But he had an approved tolerance for others; sometimes wondering, almost with envy, at the high pressure of spirits involved in their misdeeds; and in any extremity inclined to help rather than to reprove".

Este es un caso crónico de la clásica historia de Stevenson, los tres nombres que me pertenecen son una personalidad diferente, desarrollada, autónoma, no hay posiciones que salven al uno del otro, o límite que les imponga una manera, una palabra de seguridad o código secreto que les haga ir o volver; este es uno más especial, y aquí la versión del Danny, Dani o Danielito mijo, ese sí podría mostrarse como uno.

Es muy raro que la gente muchas veces no sepa que existe este nombre. Todos me conocen como Jean Paul, pero ¿qué tanto me conocen si el primer nombre es ignorado o inexplorado? Es un asunto muy natural, la gente pasa por encima de ese nombre como pasa por encima de la gente. Cuando necesitan a Danny vienen y sacan lo mejor de él, pero de Jean Paul no pueden; con Danny toman café, con Jean Paul un buen vino; con Danny hacen planes, con Jean Paul explotan; sin embargo, son de las cosas que hacen parte de la personalidad y del cotidiano de este sujeto de tres nombres. Desde el colegio y hasta ahora, la gente no me volvió a llamar Danny, todos empezaron a llamarme por el nombre común Jean Paul (*Ioannes Paulus*) y hasta el día de hoy llevo este remoquete con el orgullo que me permite la personalidad de cada uno.

Como estudiante de posgrado tuve una clase con varios de mis amigos, ellos como profesores brillantes y ejemplos a seguir y yo como su estudiante promedio. Uno de los que más recuerdo es a Juan Diego, *mon père*, quien me enseñó muchas cosas en su clase de evaluación y a quien debo mucho de lo que sé en este camino de la enseñanza en la Universidad. Faber, amigo conocido desde el pregrado, un hombre brillante:

—Paul, ¿qué hay? Paul, es que estoy pasando las notas de tu clase y tengo un par de dudas. Primero, es que no te encuentro en la lista, ¿pasó algo?

—Viejo no sabría, de todas maneras, si querés, mañana voy y hablo con Neyra o la coordinadora.

—No, tranquilo, yo hablo con ella. Y la otra es que me aparece en la lista un tal Danny, ¿quién es ese?

Otro día llegué a mi clase de inglés intermedio, y al presentarme se me olvidó empezar por Danny, y solo dije Jean Paul. Mis estudiantes, además de la confusión causada por el límite lingüístico, me miraban como si se

tratara de una broma de mal gusto o una primiparada;<sup>2</sup> yo no entendía su disgusto o su confusión, hasta que uno de ellos con mayor valentía o más ingenuidad levantó la mano y me dijo:

—Profe, es que nosotros somos de nivel intermedio, no entendimos bien lo que dijo, pero en su presentación dijo que su nombre es Jean Paul.

—Sí claro, ese es mi nombre.

—Nosotros inscribimos esta clase con el profesor Danny.

Tomé mis cosas, salí del aula y entré de nuevo, excusándome por llegar cinco minutos tarde, y empecé mi clase diciendo: “*My name is Danny Jean Paul Mejía Holguín*”. Mis estudiantes estallaron en risas y les dije que Danny era el amigo imaginario del curso y que estaría registrado en esa clase hasta el final del semestre.

Nunca más hubo quién me llamara de esa manera, los pocos que me conocen como Danny, Dani, o Danielito mijo han sucumbido al nombre Paul, Jean Paul, o simplemente ya no están para nombrarme.

---

2 Broma estudiantil que los estudiantes de semestres avanzados juegan a estudiantes del primer semestre.

## La universidad

En la universidad, cuando apenas empezaba, la profesora Martha nos contó una historia sobre un niño llamado Guillermo Jorge Manuel José, quien tenía una mejor amiga de mucha edad que se llamaba Ana Josefina Rosa Isabel, y pensé en mi mejor amiga en ese entonces, Fernanda Rosa Bárbara, y dije, fue un buen motivo entonces para poder conocernos.

En la universidad llegué ya con un nombre, solo lo alimenté con más actitud y menos amigos, lo llevé adelante para dar la idea de que sabía lo que hacía y lo que quería. Durante esa época esta personalidad se afianzaba, no quería volver a quedarme rezagado, entre seudónimos, homónimos, y compañeros que quisieran reírse de mí y de mi nombre. Ya había pasado por el colegio, esta no sería una extensión de ello, atrás se quedaron los espacios cerrados, los silencios, la falta de ingenio para responder a temas que tuvieran que ver con la manera en que la gente me ha llamado; cuando alguien salía con un chiste típico acerca de mi nombre, yo salía con uno peor:

—Presentémonos.

—¿Y ese nombre tan raro?

—Profe y eso que no conoció a mi primo que nació en diciembre, *Tutaina Tuturumaina*.

—¿Y ese nombre tan raro?

—Raro el nombre de tu ex, pero ¿quién soy yo para criticar?

¿Por qué tenés tres nombres?

—Estaban en promoción, y mi papá que es negro y ostentoso, pues ¡ya ve!

Pasaron los días y la universidad también avanzaba, los bellos momentos compilados cada semestre se hacían más importantes y mis compañeros más interesantes y maduros; yo iba de clase en clase y al trabajo que me

permitía pagar algunos de los gastos de la universidad y parte del semestre que, dadas las condiciones económicas familiares, debía aportar. Entre ida y vuelta conocí a mucha gente, entre ellas, una administradora de empresas que practicaba un deporte que ya no se ve mucho, solo en lugares muy específicos de la ciudad; ella me tomaba del pelo siempre que podía por la marca que habían dejado mis viejos con mi nombre, pues estas cosas seguían pasando; un día estábamos en un apartamento con sus amigos:

—Les presento al de los tres nombres, el que les conté.

—Mucho gusto, Danny Jean Paul.

—Jumm... ¿Entre cuántos te agarraron para ponerte ese nombre?

—Jajaja...

—Muy teso vos con tanto nombre y ¿te cabe en la cédula?

—Jajaja...

—Mucho gusto, ¿y qué es lo que estudiás?

—Lenguas.

—Pero empezó bien, te va tocar entender ese nombre tuyo.

—Jajaja...

A ella no la volví a ver, recuerdo su figura delgada y los detalles de sus brazos tatuados, sus labios formaban un círculo perfecto, carnosos y cálidos para dar los besos más dulces, el color de su piel contrastaba con el oscuro de la mía, sus caderas le proporcionaban la suficiente fuerza para los mejores golpes con su cadencia de lado a lado, cuando se alejaba o se acercaba; que cuando se paraba en la mitad del camino para mirarme alegremente con sus bellos, oscuros y profundos ojos, la comisura de su boca se levantaba un poco en el labio superior hacia la derecha, para decirme con bello tono de voz:

—¡Otro día será! Suerte, perro.

También conocí a uno que consideré mi amigo por mucho tiempo, pero que más adelante entendí, por parte de él, que no lo era. Estábamos en una clase en la que hablábamos de nuestras rutinas y de nuestras reuniones, el profesor preguntó por nuestros amigos, volteé la cara y dije este es uno de mis mejores amigos, luego, cuando le preguntaron a él, solo respondió que él no tenía amigos, pero que tenía buenos compañeros y me miró; este compañero me llamaba solo Paul, y entendí, en ese momento, que las personas que me llamarían así tendrían esa particularidad, yo los consideraba algo que después no sería realidad; mi hermana por ejemplo me llama Paul.

## La docencia

En mi vida he encontrado maravillosos maestros, he entendido con el tiempo que muchas veces no enseñamos acerca de temas, como el verbo *To be*, sobre los mesteres de Clerecía o Juglaría; nosotros somos ejemplo y con cada acto llevado a cabo nuestros estudiantes nos llevan en sus corazones, aunque no siempre de la mejor manera.

La primera vez que viví esto de manera directa fue con mi gran profesor Ciriaco Moreno, esposo de la profe que me había dejado el remoquete de Bluyín. Yo, el niño más malo de la escuela, era pasado de mano en mano, de profesor en profesor, de clase en clase, pues mis ganas de aprender y mi disciplina no eran compatibles para muchos. Mi profe siempre me llamó Danny, y cuando estaba llegando al final de la primaria, hubo un momento en el que mi profe Regina, que ya me había tenido en su grupo de tercero y no tenía la intención de un año más compartiendo conmigo, le hizo una oferta que no podía rechazar:

—Ciriaco, le cambio a Jean Paul por tres de los peores estudiantes que tengas en tu clase.

Regina, yo te recibo a Jean Paul, no te preocupés.

—Y ¿a quiénes me vas a mandar?

—No, Regina, yo no tengo de esos estudiantes que llamas “los peores”, y nunca los he tenido.

Luego en el colegio tuve otro gran maestro, el profesor Carlos, que le apodaban Juventud, pues siempre iba por los corredores y nunca le faltaba un saludo de lado a lado, nos decía a todos lo mismo: “Hola Juventud, a la izquierda. Hola Juventud, a la derecha”. Este profesor, de gran pa-

ciencia, me enseñó acerca de la paciencia y la tranquilidad de ser bueno, cercano y disciplinado. En el segundo colegio, mi profesor de literatura, Orlando, que vio mi empeño en pasar horas en la biblioteca y mis libros en la mano, no solo se dedicó a la materia de Castellano y su formalidad, sino también me explicó sobre este mundo que no se alejaría de mí, de la escritura y sus formas.

Después, en el Liceo Augusto Monti, encontré a la profesora Piera Cervetti, ella una apasionada por la literatura latinoamericana, me dio la oportunidad de conocer unos textos cuya importancia solo pude entender después. Tratamos durante ese tiempo de traducir una obra de Gabo al italiano, *Diatriba d'amore contro un uomo seduto*; seguro no fui de gran ayuda, mi poca experiencia con la traducción y mi poco conocimiento sobre el gran maestro de la literatura colombiana no la llevaría por buen camino, pero aprendí que necesitaba conocer a los míos mucho mejor.

En la universidad tuve la gran oportunidad de conocer muchos autores y muchos profesores: Sampedro, Rodas, Duque, Ríos, Leidy, Martha, Adriana; todos muy especiales y de quienes aprendí todo lo que pude; sin embargo, cuando tuve la entrevista para hacer parte de la Licenciatura, mis profes Echeverri y López, quienes me hicieron preguntas sobre la pedagogía y lo que significaba, serían después los que me enseñarían sobre el drama y la literatura: Shakespeare, Baudelaire, Cervantes, una lista infinita que luego me daría las bases para amar los libros y enamorarme de mi carrera.

Encontré en cada uno de ellos y en los muchos que hicieron parte de este recorrido que la formación no solo se da en ámbitos de conocimiento, también se lleva a cabo en nuestro día a día. Somos esos que recibimos a los peores niños de la escuela y trabajamos de la mano de ellos para que la sociedad tenga hombres dedicados, que le pongan ganas a todo lo que hacen para lograr cambios significativos.

Hoy, estos a quienes por siempre llamaré maestros, que han sido mi ejemplo y mi constante referente para llegar al aula, me llaman de diferentes maneras, pero la que más me emociona es colega, profe, compañero o amigo.

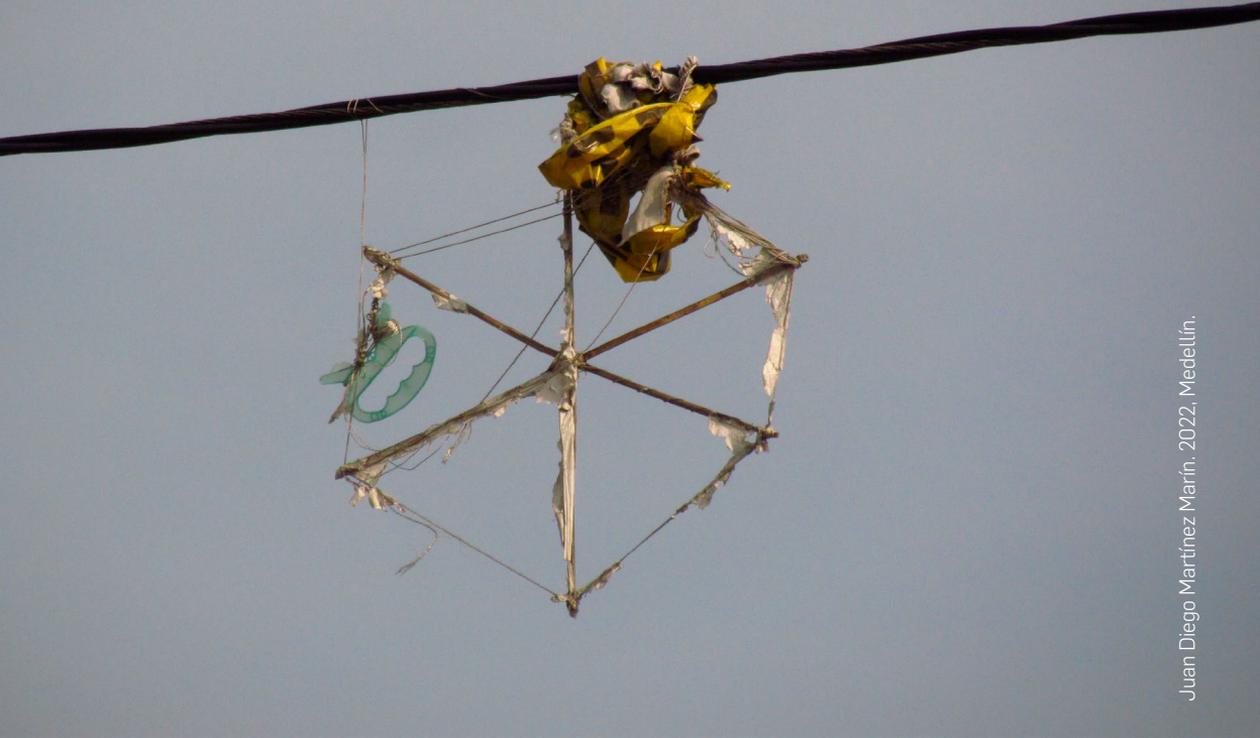
## La muerte de Jean

He soñado muchas veces con este momento, pero no es lo que ustedes están pensando, o quizás no es la buena noticia que otros están deseando. Este relato es las ganas de desprenderse de un lastre que la gente solo ve porque es lo que quiere; siempre pedí la oportunidad de ser conocido, pero no en redes sociales o noticieros de medio día. Tómame un café conmigo, date cuenta de quién soy, deja que las personas que pretenden saberlo todo de mí no sean quienes te guíen a conocerme, seguro ellos solo conocen a Jean Paul, o incluso un fragmento suyo.

Cuando la gente se acerca, teme que por mi personalidad pueda llegar a ser lo pesado que no soy o peor; sin embargo, creo que todos deben tener una oportunidad de ser conocidos. Mi nombre es Danny Jean Paul, ¿por qué limitarlo a uno si tengo tres? Además, tengo múltiples sobrenombres que me hacen, de muchas maneras, un buen contador de historias. No solo es importante que mis padres me hayan dado este nombre, también es la manera de honrar a mis amigos, compañeros y profes, esos que me han hecho lo que soy.

Hoy hago eso que tanto amo, recorro los corredores de la universidad, conozco a mis estudiantes y los saludo con el ánimo y la energía que todos me comparten, soy parte de un semillero que me ha abierto las puertas para retribuir un poco de eso que han dado, allí soy llamado Danny, Jean Paul, Polcho, Paul, Jean, algunas veces Auster, pero siempre recibido por un montón de jóvenes maestros, que me han dado la mano para encontrar una línea en mi pluma y muchas letras que compartir.

Morir hace parte del cambio, y, quizás, como en las historias que hemos leído, hay un ciclo en ello que no termina. Mi mejor manera de hacerlo es contándoles que durante mucho tiempo he tenido muchas formas de ser llamado, una de ellas ha sido papá, hijo, estudiante, profe, algunas veces me han llamado amor; pero, sin duda, la nominación hace parte de todo, pues es el momento en que se es reconocido y, sobre todo, se da la existencia. Por el poder concedido en nosotros te nombramos...



Juan Diego Martínez Marín. 2022. Medellín.

# Los textos fracasados de un autor inconstante

## Castaña

En la medida que crecemos, los amigos comienzan a ser menos, el tiempo a veces es tan largo como los viajes de la bahía de Cispatá a San Bernardo del Viento. El reloj se escurre como arena, se deshace con el humo de los cigarrillos.

En ese momento nada parecía mover su rumbo. De pequeño, una eternidad me alejaba de cualquier fecha donde se supone yo era el centro de atención: cumpleaños, navidad, primeras comuniones o cosas de esas. Incluso cuando solo faltaba un día para que las efemérides aparecieran, me resultaba una tortura esperar. El tiempo parecía avanzar a la velocidad que una pluma se hunde en el agua. Nunca me ha interesado la paciencia, me importa un carajo lo que lo sabios digan sobre las virtudes del espíritu, tengo el alma borracha y mareada. La paciencia solo me ha servido para no sucumbir a esperas como a las que me somete Castaña. Esperas tardías, superfluas, silenciosas. Esperas de lluvia, sol y fuego, humo, lágrimas, pulsiones nerviosas, paranoia, discordia, parafilia, música disonante, vallenatos, sectas económicas, barrios adinerados, pobres. Espero por ella sin saber si ella misma espera, si quiera, algo de mí. Nada. Espero. En presente. Casi nunca recuerdo nada. Solo los pequeños detalles. Los ojos de la gente. El color de los pezones. El sabor de los frijoles. La loción de mi mamá. La candela de mi papá. Los acordes de una canción de Fumaranda. El poema de Jorge Luis Borges que encontraron en el bolsillo de Héctor Abad. El color de los guayacanes. El nombre de los pájaros. La clave del wifi. Mientras crecemos, el tiempo absurdo existe y no. Pasa y no. Se va y no vuelve. “Cura las heridas”. Todo pasa con el tiempo; los charcos, los desiertos y los continentes. He visto el tiempo asesinar a dos tíos. A una vecina. Un par de heridas profundas del alma. Las cuatro estaciones. El tiempo de forma

perpetua asesina al guayacán que hay en el parqueadero de casa. El tiempo de forma perpetua lo revive; sus hojas vuelven de color amarillo y mueren de color Castaña. Las manecillas siempre apuntan una hora diferente. Nada en mí es indistinto, soy el mismo yo, tácito, silencioso, cobarde, falto de carácter, prófugo del clero, del amor, los ladrones y la muerte. El mismo yo, contando las campanadas del reloj de cuerda del vecino anciano que se ríe de mi propia vejez. No sé por dónde comenzar. Gabriel García Márquez dice que uno no comienza sin saber primero dónde se acaba. Tampoco sé dónde acaba.

Castaña. Ella. Diosa de cabello castaño. Ojos castaños, boca, cejas, piel. Todo castaño. Ese día tenía unas gafas de sol tipo aviador que resaltaban su rostro puntiagudo absorto entre las ondulaciones de sus cabellos. Los cabellos castaños que caían sobre mí en el piso. Aún no sé por dónde comenzar. Ese día ella vestía un jean lavado, que más bien parecía haber sido lavado en blanqueador. La nalga le saltaba con cada paso que daba para acercarse a la barra del bar El Proveedor, donde yo, haciendo ideas de una tristeza inexistente, esperaba por una Pilsen. Ella, sin medidas, esparció su fragancia por todos los lugares por donde pasaba. No pude evitar mirar —además esa estatura ostentosa que no impedía a su cabello caer hasta más allá de la cintura—, era inevitable mirar. Sus ojos perdidos en el mostrador sucio, tan hinchados como los de una niña que acaba de perder a su padre, me impidieron buscar una mirada. Pidió una Pilsen también. Para ese momento, la nena de la barra traía en su mano la cerveza que yo había pedido y se la entregué a Castaña en silencio. Por fin me dirigió una mirada.

—¿Para qué me das tu cerveza? —me preguntó sin retirar la mirada. Yo olvidé la respuesta, perdido en una jaula invisible que atrapa hasta la asfixia, en cualquier mirada indomable, atrevida, descarada, que osara entrar en esos ojos zurcidos de insolvencia y dolor.

Yo olvidé la respuesta. Quería gritarle que estaba ahí, para oír la razón insuficiente, explicación absurda del porqué de su mirada ausente. Yo olvidé la respuesta. Había ido diez veces ya con esos ojos a disfrutar cada pecado capital en frente del mismísimo demonio. El infierno y el cielo son todos de color Castaña. Para cuando desperté del ensimismamiento, ella ya estaba dándose la vuelta para irse. Sobre la barra había cinco mil pesos. Dos cervezas Pilsen cuestan cinco mil. Tampoco recuerdo pagar la cerveza que, a propósito, es una cerveza rubia en un envase casi castaño.

Recuerdo cómo aprendí su nombre. Con Sebas, siempre nos preguntábamos de qué nombre tenía cara. Camila, Susan, Emma, Carla, Camille, Carolina, Genny, Mia, María del Mar, del Viento, Miel, Clara. Nunca acertamos. No nos acercábamos ni un poco al verdadero nombre de aquella mujer. En realidad, no recuerdo su nombre. Yo creo que ella se llamaba Castaña. Sus pasos vehementes sobre el concreto caliente eran tan ásperos como la corteza de un castaño, pero longevos y finos. No vacilaba ningún movimiento. Ella fluía con las ráfagas incesantes de luz, aire, agua, tierra, mar, césped, ventiscas, tornados, y de qué manera espectacular, bailando con cualquier clima como las hojas de un castaño que caen lentamente, en un balanceo irracional ante las leyes de la gravedad, al suelo de la universidad en los otoños de mitad de abril. No pensaba tanto en un árbol, a decir verdad, nunca pensaba en nada cada vez que ella se atravesaba sin pedir permiso, por mis días, semanas e inagotables minutos. Siempre esperando que volviera a pasar. Así la conocí. Viéndola de vez en cuando, divagando por el boulevard de la universidad. Del bloque quince al trece, del trece al veinticuatro. Seguro en cualquier lugar de esa universidad, a ella la buscaban los árboles para ofrecerles sombra con su mirada Castaña.

Una vez me dijeron su verdadero nombre, no lo recuerdo. No quisiera saber que no se llama Castaña. Tampoco quiero saber que soy un bicho insignificante para el hoyo negro que la habita y le impide a algo más ser luz en su presencia. Ella a mí no me conocía, no teníamos amigos en común, con ella no sabía por dónde comenzar. Todos me decían que seguro le agradaban los hombres valientes; usé cada nombre que pasó por mi cabeza para encontrar su perfil de Instagram. Sebastián constantemente repetía que yo era un torombolo hijueputa. Que yo no servía ni para cazar resfriados, moscas muertas, venados ciegos, pescados sin aletas y, ni siquiera, a uno de esos inválidos que fingen que les robaron las llantas de la silla de ruedas para pedir plata. Era y es todo cierto. Pensar en las palabras que me iban a permitir achicar la distancia entre nuestros rostros, solo me absorbía en un espiral de nervios y películas inevitables donde me orinaba encima, salía corriendo, a ella le saltaban los ojos de la cara por mi rostro terrible de psicópata. Me pesaba saber tanto de ella, y que ella no me dirigiera ni una mirada con tono interesante. Estaba atrapado en la elucubración cinematográfica donde yo era el antagonista y alguien más me destruía en

carne y espíritu para besarla a ella en la escena final ante un coche deportivo descapotable, una mansión en Beverly Hills o cualquier cosa de esas. No podía más que ver su perfil en Instagram e imaginarme en sus fotos. A veces, no casi siempre, pensaba en Castaña. Aunque desconocida. Aunque yo inexistente. Me estaba convirtiendo en mi propio enemigo. A veces, no casi siempre, me tomaba diez Acetaminofén, convencido, de que al día siguiente iba a estar muerto.

Yo estaba en séptimo semestre. Yo solo sabía que ella cursaba Estudios Literarios. Antes no la había visto, tal vez, por estar —o eso me parecía— enamorado de Magenta o de Sándalo. No recuerdo de cuál de las dos estaba enamorado. No recuerdo el día, ni la hora, definitivamente recuerdo el otoño de abril, porque ella pasó barriendo con su presencia cada una de las hojas que había esa tarde gris y soleada. Gris y soleada. El único problema del clima de Medellín esa tarde éramos ella y yo. Ella tan azul y llena de vida y yo ahí olvidando, por ese momento, que había nacido gris. Todo al final es relativo. Cuando por fin desapareció entre el gentío que va de clase de 2:00 de la tarde a clase de 4:00, miré a Sebastián, y con sus ojos, él notó el toque de color extraño que iba adquiriendo las flores que me crecían en el cabello. Por una vez las ojeras en mis ojos cafés y confusos parecían sonrisas de felicidad. Sentí una especie de puñal en el corazón. Un puñal bonito.

Un día equis, Taliana —la habladora— me invitó a una cerveza en El Proveedor. Un día normal, le habría dicho que no quería. Esto fue un par de días antes de que Castaña pagara mi cerveza. No era un día normal. Accedí, salimos por la portería de la Avenida Nutibara, le compramos a Memo media cajetilla de cigarrillos Piel Roja y cruzamos la calle. Entramos al bar. No había mesas, todo estaba atestado, nos sentamos en las escalas de la entrada y prendimos un par de cigarrillos. Cuando la candela abrió fuego, a través de la llama, la vi a ella, a la mismísima Castaña, venir hacia mí. Me alcancé a poner nervioso y creí que era mi imaginación. Pensé que tal vez sí me estaba volviendo loco. Cuando el fuego cesó, en efecto, ahí estaba Castaña, subiendo escalón por escalón para entrar al bar sin mirarme ni una sola vez. Taliana observó todo. Ella me vio caer rendido ante cada paso de Castaña, suplicando con el eco que dejaba en mis labios embriagados que me llevara atado de manos y pies a cualquier parte. Una vez Castaña

desapareció de nuevo, Taliana solo se rio de mí y de lo estúpida que hace ver la ilusión a la gente.

Las Pilsen se habían acabado. Castaña estaba en la barra. La Flaca se paró por otra ronda de cervezas y yo con miedo de mirar atrás, la esperé con la cabeza entre los brazos, como un pequeño que llora porque está perdido. Ella se tardó demasiado. No me importó tanto. Solo seguía ahí, vagando entre las formas uniformes de la baldosa. Las notificaciones del celular vacías y sin ningún mensaje de un remitente con el nombre de Castaña. Estaba ahí soñando con una llamada suya, de teléfono fijo, celular o público. Un solo gesto sincero de interés. Soñaba con cualquier cosa que pueda interpretarse como eso. Una matada de ojo, una sonrisa pícara, una búsqueda incesante por mi nombre o mi mirada. Al menos, un mensaje de invitación a una nueva religión. Aceptaba en ese momento de soledad y oquedad, donde nada más la tenía a ella en mente, cualquier cosa. No comprendo cómo uno puede obstinarse con alguien que no conoce. La llamaba en mi cabeza en todos los lenguajes que había explorado. Ninguna frecuencia, cardíaca, respiratoria, magnética, sonora, visual, ninguna, vibraba con ella. Estaba obstinado, perdido en mi propio ideal de ella. Una mujer con un nombre, que ni siquiera es un nombre. Taliana volvió con dos Pilsen en la mano y una sonrisa pícara que le abultaba aún más los cachetes de punkera irrealizada. No paraba de reírse y no tenía intención de preguntarle el porqué. Estaba mi interés auténtico en otra parte opuesta del mismo bar. Ella me dijo que ya sabía cómo se llamaba Castaña. Recuerdo responderle que, claro, evidentemente todos sabían, ella era la única mujer con un nombre que no es un nombre. Castaña. No recuerdo su nombre real.

En el justo momento que vi los cinco mil pesos, titubeando, por fin me decidí a decir alguna cosa. Exhalé una especie de sonido y le dije que le sobraban dos mil quinientos pesos. Ella se detuvo y se limpió la cerveza de la boca sin voltear, y estoy absolutamente seguro de que sonrió. Yo quise perseguir su mirada de nuevo, pero ya las palabras lanzadas casi al azar restaron la poca energía que me quedaba. No estoy seguro de que se hubiera mordido los labios, pero me lo imaginaba ahí mientras temblaba y me debatía entre la crisis nerviosa y la erección. Ella por fin se dio la vuelta y me miró. En ese punto ya no me importaba nada. Estábamos ahí envueltos por el reggaetón que no combinaba con la gente que estaba dentro de El

Proveedor, ocultos los dos detrás de los balbuceos de la gente que quiere hablar más alto que la música.

—Me vas a pagar vos la cerveza, ¿o qué? —me preguntó Castaña.

Obsesionado con su lengua, ya la había imaginado bebiendo conmigo todas las cervezas, en todos los parques de Laureles y del mundo. Ya había soñado con decirle que con todas las camisas se ve hermosa y que quería verla sin ellas. Que en jeans y en cualquier cosa se veía tremenda. Le había leído en voz alta ciento noventa y cuatro poemas en tres idiomas a su recuerdo. Ella había recién hallado una pequeña chispa donde yo contenía un volcán que crecía con mis ganas de pasar mis dedos entre sus cabellos y dejarle el olor a cigarrillo.

Le dije que no. Esta vez, la vi reír de frente.

—Pues menos mal ya pagué la mía. El resto es propina —añadió tan sensual, que me tomó un lapso de tiempo entender la demolición que iba a comenzar en un par de segundos. Me tomó un lapso parecido retomar la crisis nerviosa que se había disipado por un momento mientras la veía reír. Dije a Castaña que no la entendía. Le entregué sus cinco mil pesos y puse un billete de diez mil sobre la barra y la reté.

—El último en acabarse la cerveza paga la tercera ronda.

Ella volvió a reírse. Con sus ojos observó lentamente el letrero gigante de cigarrillos Lucky Strike que tiene unas lucecitas led que se reflejaban como una constelación en su mirada dispersa de Castaña. Saboreaba sus labios con tanta naturalidad que parecía un reflejo inconsciente. Dios. No podía parar de observarla y se negó.

—No me gusta la Pilsen, sabe terrible. Dicen que es una cerveza rubia, pero parece el café rancio del día antes de ayer. No es para mí.

Castaña y su talento para no dejar de ser sensual, aunque dijera que iba a matarme a hachazos o emparedarme con su coche. No dejamos de mirarnos. No sé qué quiso decir realmente con lo de la cerveza. Si no fuesen palabras de Castaña, no recordaría nada sobre esa conversación. Ella salió del bar y en ese instante llegó Sebastián con Sándalo y la Flaca. En clave, la Flaca me preguntó si todo había estado bien. Preferí no responder a nada. Los diez mil pesos seguían sobre la barra y pedí otras cuatro cervezas. No le había dado el primer sorbo a esa Pilsen que ya me tenía la mano arrugada de tanto apretarla. Sudaba el vidrio a través de mi mano y el frío ya llevaba muchos meses en mi cabeza. Un lenguaje universal. No recuerdo nada de esa noche.

## Coincidencia

I

Cinco de la mañana. La habitación olía a cigarrillo, el olor siseaba por la nariz como una cascabel anciana, sinuoso, poco sutil. Cama desteñida, el colchón manchado, amarillo y corroído, ese era su cenicero. La boca le sabía a pólvora. La mañana sabía a pólvora; el día, las nubes, la niebla que bajaba de Santa Elena, la brizna, el silencio sepulcral, las calles, las fronteras invisibles; todo era pólvora, sabía, se oía, hablaba con colores, matices de pólvora, a pólvora con pólvora. Ella se levantó de la cama. Ya no había cigarrillos. Siempre Starlite. Su madre pasaba por alto el olor a cigarrillo barato, pero las palabras que gesticulaba con su mirada, cada vez que pasaba por la habitación oscura con la puerta entreabierta, ilustraban de forma contundente el desagrado por las maneras de su hija, una oveja negra inconforme. Su forma de respirar el olor rancio del cigarrillo no dejaba a la imaginación la idea de que era probable que no la considerara su hija. La madre no hallaba sentido estético en tal descaro, y su hija era para ella una chica común, como las que eran tema de conversación entre sus amigas: rebeldes sin causa, sin sentimientos, sin talentos particulares. Vicios, libertinaje, promiscuidad, irreverencia. Por eso su madre pasaba por alto el desayuno de ella antes de ir al colegio.

Hambre. Soledad en las mañanas; arepas duras; aguapanela llena de hormigas; café color de agua; mortadela con moho; trastos sucios; excremento de gato; bombillos quemados; facturas vencidas; cerrojos desprendidos.

Sale para el colegio. Normal Superior de Medellín; Villahermosa o Enciso, en medio de ambos barrios o de ninguno. El colegio es un edificio perdido en medio de un bosque virgen, malevo, bañado de sol y sangre o angustia, como un pino; hermoso, alto, suave, extraordinario, imponente, no sucumbe, nunca marchita, nada deja vivir. Todo absorbe, nada vive. Nada. Solo el pino, incluso, si no llegó primero. Reclama como el César o el Gran Khan o Napoleón o Hitler o un Kamikaze. No deja margen de error, aunque se equivoque. Como un castillo, así es la Normal. Sin duques o condes.

Ella no debe caminar tanto, en bajada cualquier loma es una güevonada. Auriculares. MP3 piratas descargados en el celular; Alkolirycoz, rap poderoso, música que le acorta las calles y le hace ignorar el destino. Música procaz, poética, estética que sabe a grafitis en una bodega abandonada de Envigado o a un bar de vallenato en Aranjuez. Qué importa. Ignora a los ñeros que la invitan de rose en sus Yamaha, Kawasaki, Honda o sus motos viejas o mal cuidadas, a veces robadas. Ella se muerde los labios con cada verso salvaje que lanzan los auriculares sobre su vida tan aburrida y predecible. Los versos fecundan su mente, el rap le excita la consciencia. En la entrada del no Castillo hay un letrero: “11-B entra a las 8:00 de la mañana”. Son las 6:15 de la mañana.

## II

Seis de la mañana. Ellos ya están en la portería, el primero ya había llegado trabado; el segundo tenía una rasca infinita; el tercero, de chompa, vigilaba que no viniera la tomba y el último, armaba un bareto con lo que había quedado del fin de semana. Iban de exploración cósmica antes de clase de 6:20 de la mañana. Mientras el último terminaba el porro, todos recapitulaban lo que pasó el fin de semana; la nena del sábado, la discoteca, los tres condones, el aguardiente, la bailada, el rose en moto, el domingo, la rasca, la diarrea, el vómito, el vómito, el vómito, el vómito. Llegar a prenderlo antes de clase de 6:20 de la mañana era como un ritual; si no se estaba trabado en clase de lo que fuera, el padecimiento era fijo. Nunca es bueno ninguna clase sobrios. Ella llega a las 6:15 de la mañana ensimismada, perdida en su propio laberinto. Los ve a ellos y les dice:

—Qué más cacorros, hoy no tenemos clase de 6:20 a. m. Tienen hasta las 8:00 de la mañana para hacer de las suyas.

Toman todos juntos el camino de vuelta antes de ir al bosque. A veces, la jornada se dilata o se acorta, y en esas oportunidades de irregularidad en el horario, ir al bosque resulta un respiro de sus vidas agotadas por andar un mapa ficticio que ellos crean inconscientes. El bosque los resguarda y les cuenta sus secretos, escucha los de ellos y se los traga en un sinfín de malezas y árboles que ellos nombran en silencio. Un bosque que es tan suyo como de nadie; abierto como indeciso; maldito, vicioso, ancestral, virgen, un bosque que se prostituye. El destino es claro. Primero, más bareta. El camino que conduce al colegio es una calle que acaba en la portería, una calle que solo existe en función de ver a los estudiantes ir y venir y a las gentes adentrarse por los senderos desconocidos del bosque. Demostrando que el colegio fue anclado en la montaña. El camino, hecho a la inversa, alejándose del colegio, los lleva a alguna parte de Villa Hermosa. Los cinco andan en contravía, violando el límite de velocidad; caminando con o contra el viento; acelerando las esquinas; no evitan los charcos; escandalizan a las señoras en los balcones; persiguen el humo denso de la marihuana y los cigarrillos prestados; escrutan los secretos de las palabras que enuncian; habitan una Medellín cruda, joven, directa, ambigua, paradójica, contaminada. Así como en otro ritual sacro. Bañados por el sol enardecido que se anuncia por el oriente dan sentido a los recovecos que andan —conocidos— con historias que ellos ignoran, pero sin saber, escriben. Son las 7:00 de la mañana. El jíbaro por fin se anuncia parado en una esquina. Él los ha visto alguna vez, pero no conoce sus nombres. El de la chompa deja a los otros a media cuadra y se acerca en solitario acechando la hierba ancestral. Es el único que no deja ver su uniforme. Lo de siempre. El jíbaro, tranquilizado por el rostro conocido, comienza la transacción mirando al chico por encima de las gafas que esconden otro par de ojos rojos.



Con la bareta escondida entre las maletas, los cinco desandan sus pasos. En cámara lenta, parecen ver un cortometraje subtítuloado que no entienden y tampoco miran. El barrio dobla su tamaño y el reloj toma atajos entre

los minutos. Nunca es demasiado tarde y siempre es muy temprano. Con la *merca* en los bolsillos, la certeza de adentrarse en el bosque persigue las sonrisas con que se acercan al sendero que los desvía de la puerta del colegio al bosque. Son las 7:40 de la mañana. Apenas y se acercan al colegio. El camino, irrelevante, se aletarga en un sinfín desmedido que los lleva a las fronteras de su propia razón. El deseo los arrastra a jugar con la candela, verla directamente a los ojos del fuego, habitar el calor desechable que ellos imaginan haciendo cenizas un bareto podrido dentro de sus pulmones vacíos de miedos. Cada paso anuncia el destino de un tren descarrillado que llegará tarde a un colegio perdido entre la sombra efímera de un bosque sin nombre. Ella, sin mediar lógica dice:

—Hey, pelagatos, ya faltan diez minutos, yo no voy a subir al bosque.

Todos miran sin asombro, y dadas las circunstancias de que dos de ellos ya estaban trabados, decidieron seguirla. Los otros dos restantes sin ánimos de mirar al reloj, sin deseo siquiera de mirar de reojo el portón del colegio, se desvían sin más y se adentran en la bruma de esa necesidad absurda de fumar antes de ir a clase; la determinación de olvidar por un lapso el entramado inescrutable que significa un bosque que ahoga el humo y los quejidos.

Los tres se metieron al colegio, eran ya las 8:00 de la mañana y por ser una anomalía en el horario común, no fue tocado el timbre. El salón cuadrado lleno de sillas incómodas, con un silencio lúgubre, lentamente se llenó de caras conocidas e indiferentes. A las 8:10 de la mañana, en el salón hay menos sillas vacías, la clase ha de comenzar. A Ella, en medio de la explicación, la boca le volvió a saber a pólvora. Las nubes grises que rodeaban las ventanas se veían como la pólvora que se anunció en la mañana antes de salir de casa huyendo del olor del cigarrillo trasnochado, la pólvora invadió su conciencia y le precedió un silencio seguido por el aleteo de los pájaros saliendo del bosque a buscar refugio en otra parte; se anunció después del sonido sin eco de los disparos. “Son del bosque”, pensó ella en sus adentros y miró a sus dos amigos que, circunspectos, no parecía enterarse de lo que había elucubrado en sus pensamientos. El día transcurrió normal y solo el último timbre avisaría, sin tregua, que el sabor a pólvora y el día polvoriento eran balas conocidas o solo una mera coincidencia.

## Cuento sin nombre

I

La olla que calentaba agua para algo de té vibraba un poco mientras Marwan miraba a sus hijos dormir. A su alrededor no había camas, solo mantas que Abdul y Maala, sus dos hijos, compartían con Rahja, su madre, y Radwan, hermano de su padre. Radwan ya lo había perdido todo. De forma lenta, las vibraciones del recipiente aumentaban. La electricidad escaseaba, todo lo que daba luz a aquella habitación era una modesta linterna de baterías. La comida era ahora un lujo. El vapor manaba de la olla y lo que antes eran vibraciones, casi hicieron volcar el agua de aquel fogón que Marwan improvisó para cocinar. Los susurros del viento se habían convertido en estruendos. Ruidos contundentes producto de las bombas que lanzaba el régimen dictatorial sobre aquella ciudad siria. Su hijo Abdul, asustado, lloraba abrazando a su padre. El agua hirvió. Marwan miraba a su esposa tomar entre brazos a Abdul y mimarlo para que recuperara el pulso natural de un niño de cuatro años, mientras Maala, su hermana, observaba silenciosa cómo su padre preparaba el té. Marwan no dejaba de sonreír; su hija, bastante mayor que Abdul, también observaba en silencio cómo la linterna, que hacía las de sol, trazaba el camino de los pequeños escombros que las bombas hacían desprender del techo. Radwan, desesperanzado cada día más y sin dinero para huir a América o Europa, no deja de sonreír, y dice sin borrar la sonrisa de su boca, dirigiéndose a Maala: “Dios es grande, hija”. Y da el primer sorbo de té como en la más cálida de las noches que, ahora, habitaban sólo el recuerdo.

## II

—No subiré a mis hijos a un barco en medio del mar —dice Rahja a Marwan con desespero y en un tono vehemente delante de sus hijos.

Tal vez ellos no lo comprenden. No comprenden tampoco por qué los otros chicos, los grandes, llevan armas. No entienden por qué cada que un avión sobrevuela la ciudad todos se esconden. Tampoco por qué ya nadie va a las escuelas, y la ciudad parece desierta. Y no entienden por qué ya no van ellos tampoco a ninguna parte.

—Ya no habrá más discusión al respecto, Marwan —añade Rahja mientras Marwan, con algo de discordia, le responde: —¿Ni aun que la guerra estalle?

Todos los presentes callan. Rahja sale de la habitación, y eso, los chicos tampoco lo comprenden.

## III

—Parce, nada, Felipe ya se abrió a tomar el bus —le dice Nati a Juanjo cuando preguntó por él.

Felipe, un estudiante de la Bolivariana de Medellín, siempre solía ir con sus amigos a El Proveedor a tomarse unas cervezas y fumarse unos cigarros luego de clases. Siempre se iba temprano, antes de que el Circular Coonatra, la línea de bus que usaba, dejara de pasar.

Esa noche, él no se había subido al bus. Eran las 9:35 de la noche, y el Coonatra a las 9:30 de la noche no pasa más. Solo pasó el Santra, otro bus de esos. En la 33 con la 66b, Felipe con sus audífonos puestos, no tenía opción. Lo recogió un bus de marca IVECO con una apariencia postsoviética de líneas cuadradas un tanto redondeadas. Sillas rojas, en general, bastante pequeño. Como ya era tarde, el bus iba prácticamente solo. Sus habitantes eran el conductor, un señor regordete con una chaqueta como las Polo, gafas de marco cuadrado y bifocales, una camisa blanca, un jean, zapatos cualquiera... Un tipo en la segunda fila de asientos también con audífonos y una camiseta del Nacional. Casi al fondo, en las dos sillas que quedan

delante de la puerta trasera, una señora con sus dos hijos. Las dos mujeres, la señora y su hija usando una especie de turbante que cubría su cabello, su frente, su cuello, sus orejas; solo el rostro desde la boca hasta las cejas era posible de entrever. Por supuesto, esta prenda tiene un nombre que Felipe ignora, pero conoce. Él, medio drogado, se quedó en silencio observando esa escena; eran tres, aunque solo eran dos sillas; la ventana abierta y el hijo de la señora observando la ciudad. Tan nocturna, tan sucia y vacía. La señora conversaba con su hija en una lengua que Felipe desconocía. Por supuesto, no entendió absolutamente nada, o eso creyó. Observó. Callado. Imaginaba cosas, seguro. Se bajó en el Palo con Bomboná preguntándose cosas. Miró hacia atrás cuando ya la puerta del bus se cerraba con esfuerzo, y los vio ahí, de nuevo, al chico por la ventana, a la señora y a su hija conversando. El bus se alejaba y Felipe, absorto, no dejaba de ver cómo se dejaban de distinguir los rostros, los cuerpos. Siempre, en silencio.

## IV

Eran las 3:15 de la tarde. En aquella ciudad todo parecía calmado, pero ahora eso resultaba sospechoso. Hay un sonido particular que parece un silbido en *crescendo* que hacen los objetos puntiagudos cuando caen desde el cielo. Todo parecía calmado. Parecía. A las 3:16 de la tarde, ese silbido se hizo prominente. Invadió la calma. Marwan lo ignoró hasta que, después de un fuerte estruendo, la casa de su vecino se vio reducida a escombros. Toda esa familia fue lapidada en un par de segundos. Contiguo a la habitación donde Marwan dormía con su esposa, sus hijos y su hermano, había una especie de patio que permitía observar un fragmento del cielo de ocho metros por diez. Allí estaba Abdul, obnubilado por la magia de los aviones que dejaban caer fuegos pirotécnicos. Pensaba que era bello y divertido. Una vez Marwan fue consciente de lo que sucedía, salió corriendo y tomó al niño entre brazos huyendo a la única habitación de la casa que ocupaban todos juntos mientras Abdul pataleaba, porque le gustaban los aviones y observar los puntitos que dejaban caer como huevos de avión; de forma inocente ignoraba el caos que lo rodeaba.

## V

—Ya no lo puedo soportar más Rahja, no quiero que mis hijos acaben luchando una guerra que no es de ellos, y menos que queden lapidados bajo los escombros de su propia casa —le dice a Rahja Radwan mientras se toma la cabeza entre las palmas de sus manos y con los dedos aprieta el cabello, —y ya contacté al contrabandista— enfatiza Radwan mirando a los ojos a su esposa, quien lo ve con desgano y llanto; y añade finalmente: —esta noche nos vamos.

## VI

El contrabandista era un hombre acostumbrado a hacer trampa. Pero eso Marwan no lo sabía. Su hermano Radwan no los quiso acompañar. Él ya lo había perdido todo y, por otra parte, el usurero que iba a ayudarles a escapar había doblado el precio. Marwan no podía darse el lujo de llegar sin dinero a cualquier lugar que fuesen. Estaba dispuesto a pagar. Rahja no sabía de dónde sacó el dinero, pero esa noche, ella, su esposo y sus hijos zarparon con rumbo desconocido.

El silencio embargó la despedida. Marwan miró a su hermano a los ojos como si jamás fuese a verlo de nuevo, y ambos, abrazándose, dijeron sin escatimar el ruido:

—Dios es grande.

## VII

Cuando Felipe se bajó de aquel bus, intentó imaginar cómo habían llegado ellos a Medellín, tan lejos de donde él suponía que venían. Tal vez sean de aquí, pero la lengua hacía a Felipe dudar, él ya dudaba de si Dios era grande o no, pero tuvo que pedirle fuerzas para imaginar el viaje de esa familia. Quién sabe por qué estaban solos, quien sabe si tenían un padre en casa. Él no tuvo a Dios de su lado para soportar inventar una historia también para el viaje. Se subió al bus de la Milagrosa, y se guardó el secreto de aquella historia...

## La buena hora

Belén es un barrio muy grande. Tan grande que las personas de Medellín consideramos que es una ciudad en sí misma. Un barrio que tiene, incluso, su propio parque acuático, podría decirse que la mitad de la pista de aterrizaje del aeropuerto local también queda en Belén, tiene su propio cementerio, sus centros comerciales, hospitales, parroquia, supermercados, en fin. Ya entendieron. Es un barrio tan grande que, a veces, bromeando, decimos que tiene dos husos horarios. Esta es la historia de un evento que ocurrió en el tiempo y el espacio de Belén y demuestra lo infortunado de las sincronías.

Les dijeron sus jefes a los sicarios:

—Vea mijos, esos pirobos van siempre en una moto Bóxer. Ya les hicimos inteligencia y siempre pasan a las 18:40 por el callejón de Los Bernal—. Y los sicarios asintieron.

*Jorge tenía una moto que compró con sus ahorros. Para sus amigos era cualquier moto, pero para él era La moto. Jorge era mensajero, hacía de todo con esa moto menos fleteo. Su habilidad era volver los diez mil pesos diarios de gasolina en cincuenta mil para llevar a la casa. Jorge no tenía horarios y su mapa de juego era Belén, todos siempre decían que era un pelado chévere. Los viernes iba a buscar por la tarde noche, tipo 18:30, a su novia por ahí cerca de Belén Altavista y la llevaba a Belén Los Bernal a las heladerías gomelas.*

Los sicarios, de quienes no daremos nombres por seguridad del narrador, fueron a la bomba de gasolina de la 30 con la 70, llenaron el tanque y por puro ocio uno de ellos prendió un cigarrillo. ¿Quién iba a decirles algo? Cuando el pequeño tanque estuvo lleno, ya no se distinguía el humo del

cigarrillo, que seguía encendido, al humo de la moto que parecía una locomotora. *La moto ratona*, como la llaman ellos. Avanzaron por las largas calles bien rectas de Belén matando el tiempo. Eran las 17:30. Hacían caballitos, serpenteaban a través del tráfico, abusaban del único cilindro de la moto y cerraban los ojos soñando que iban a la velocidad de la luz. Se podría deducir que son daltónicos porque no veían ninguna luz roja, ningún pare, ninguna luz de stop encendida; solo eran errantes. El freno es un concepto magistral que nació en algún momento con el propósito descuidado de ser una total incógnita para nuestros dos protagonistas. Ellos discurrían como el agua del mar en la tarde cuando empieza a salir la luna; cada vez hay menos playa. Y en efecto, por Belén Las Playas, cuando les dio a estos dos hombres las 18:00, se supo en el aire por quién doblaban las campanas.

*Jorge ya había recogido a su novia y andando por ahí de vez en cuando volteaba hacia atrás la cabeza para que ella le escuchara mejor que estaba muy mamacita, que muy rica, que ninguna mujer como ella; que por eso iban a las heladerías de La Mota, Del Viva, De Los Bernal, para que ella se sintiera una reinita, lo que era, y que iba a tener castillo y que tal, y que él era su príncipe y que no mirara a nadie que él no miraba a nadie tampoco. Y todo eso. Jorge estaba contento. Eran las 18:45, iban bajando de Altavista.*

Al final de la 70, nuestros dos sicarios tomaron la avenida 80 hacia el sur y emprendieron su camino hacia Belén Los Bernal. Ellos la tenían clara. Por eso sus jefes se habían decidido a darles tan importante misión a este par de escasos especímenes, una sola foto que valía millones de pesos, a esa parejita de ladrones había que darles de baja. Ya eran las 18:15 y ellos se acercaban a su destino, mirando para todas partes, esquivando todos los resaltos por el borde, lanzando ojos saltones y enojados con los que no les cedían el paso o les tocaban el pito. El tiempo para ellos no era oro, se querían bajar de encima ese par de *muñecos*. Uno de ellos llevaba reloj para que el otro se librara de la carga del tiempo y así solo tuviera que pensar en los muertos; el otro llevaba la pistola para que su compañero se preocupara por el tiempo y los *muñecos*. Como en los tiempos de sequía, el agua corría miserable y así los segundos. Eran las 18:16 y ellos ya estaban esperando. Miraban a un lado y miraban al otro, reconocían la estrecha calle, planear no hacía falta, donde se aparecieran los objetivos ahí les iban a dar de baja.

Con ellos fueron claros los jefes: “Vea mijos, esos pirobos van siempre en una moto Bóxer. Ya les hicimos inteligencia y siempre pasan a las 18:40 por el callejón de Los Bernal”. Ellos solo necesitaban valentía, ya todo el resto del trabajo estaba hecho, solo tenían que pensar cuántas balas iban a invertir para ese camello. Solo quedaba la espera. El reloj parecía vomitar los segundos, y se sumaban los minutos en vez de restarse, ellos no se miraban y se quedaron a esperar fingiendo una falla técnica. Miraban a la izquierda y miraban a la derecha, y ninguna moto Bóxer con ningún *muñeco*. Motos Bóxer sí pasaban, pero no con los de la foto. Ya se hacían las 18:41. No pasaba nadie parecido. Los jefes no se equivocaban. Nadie podía refutar su palabra o sus verdades absolutas, y ellos eran los mejores a la hora de hacer inteligencia. Esa información era infalible. Los sicarios siguieron esperando. Además, ellos no podían llegar a donde los patrones sin las pistolas calientes de tanto dar bala, chumbimba, plomo, indumil. Siguieron esperando.

*Jorge iba contento, andando siempre despacio. Él se conocía bien los recovecos y los recovecos lo conocían a él. La gente reconocía su moto, y a veces le levantaban la mano. Jorge era un bien, como dicen por ahí, y siempre puntual recogía a la pollita. Ese día como siempre iba bien perfumado, bien vestido. Siempre se bañaba antes de ir a recoger a su novia. Ella también se ponía bonita, le gustaba Jorge y Jorge siempre tenía platica para el helado. Nunca un varado por ahí. Él era amigo de los caminos flexibles, estrechos, rápidos. Eran las 18:49.*

Ya casi habían pasado 10 minutos y nadie pasaba. La calle empezaba a quedarse sola y como la oscuridad caía sobre Belén, los pelaos empezaron a sulfurarse. Diez minutos es mucho tiempo si se le mide en una escapada. El plan podía cambiar por completo. Ya estaban desesperados. Tenían que matar a esas gonorreas que no pasaban. Se dieron un pase de cocaína para estar activos y ahora miraban a todos lados, como los pianistas miran las partituras de un movimiento en *allegro*. Se cansaron de esperar.

*Jorge iba con su novia en la moto bóxer que le tomó cinco años pagar a punta de domicilios, cuando dos desconocidos los mataron por deporte. Eran las 18:50.*

Cuando alguien gritó por auxilio, solo quedaban dos de cuatro.

## Mariposas

Con las manos intentaba encontrar el encendedor para prender fuego a la lámpara y tiré algunas cosas en la búsqueda matutina –siempre lo dejaba en un lugar diferente–, hice mucho ruido y ella se levantó. No la veía, pero sabía que se había parado de la cama y con su mano alcanzó la mía para entregarme el fuego. Encendí la lámpara y a pesar de la costumbre, mis ojos siempre se encandilaban con la luz repentina, y entonces la vi. Una mariposa proyectaba su sombra sobre la habitación revoloteando alrededor de la luz. Me lancé sobre la mesa de noche y empecé a buscar como loco. Ella comenzó a aguantar la respiración mientras veía la mariposa revolotear.

—No sé por dónde entró –le dije, mientras buscaba los tapabocas.

Ella no paró un segundo de observarla y no perdió la calma como yo, regresó un segundo al recuerdo. Estaba cansada, supongo, hace mucho no veíamos una mariposa. Tal vez fue la libertad de su vuelo o el silencio lo que produjo en su mirada ese baile que le resultó exótico. Para cuando encontré los tapabocas, la mariposa había caído dentro de la lámpara, y a ella, algo le supo robar el aire.

## Velorio

Esa tarde, María llegó a casa con los tacones en la mano, tiró su bolso al lado del perchero y avanzó por el corredor. En la sala de estar estaban sus hijos y su esposo, todos atentos a los diez minutos que pasarían cuando ella llamó y anunció con el tiempo su distancia. Cuando todos lograron ver el cuerpo de su madre asomarse por el borde de la pared que da fin al corredor de la entrada y anuncia la espaciosa habitación, se quedaron perplejos. De la boca de María no salió ninguna palabra; todos sabían que era el momento de comenzar a organizarlo todo. En el sofá siempre quedaba libre el espacio donde ella se sentaba, y esa tarde también estaba libre. Ella se sentó y recorrió con la mirada los rostros que la acompañaban, tomó de la mano a su esposo y cuando todos pensaron que hablaría, su silencio se volvió más implacable.

Su hijo mayor tomó la iniciativa, buscó en internet una funeraria y levantó el teléfono para llamar. Todos, un poco sorprendidos por su osadía, quisieron ignorar lo que estaba sucediendo, aunque lo comprendían perfectamente. Todos se pusieron a la obra. María dejó salir un suspiro y entre sus cachetes se coló una sonrisa de tranquilidad. El esposo se aferró a su mano y con los ojos brillantes le dio un beso. Él se levantó del sofá y comenzó a buscar arreglos florales, Los otros hijos, como en una orquesta, seguían esperando al director que ordenara el sonido de los otros instrumentos. Cuando María por fin dejó escapar una palabra, empezó a enumerar:

—Necesitamos un ataúd, unos buenos arreglos florales, no queremos que la cremen, debemos mandar a hacerle un vestido, escoger qué cenarán los invitados, ofrecer buena música de cuerdas, todos y cada uno debemos

tener trajes a la medida, quisiera velas personalizadas, también una corona de tulipanes y no de rosas, debemos revisar el diseño de los recordatorios, analizar con filigrana la tipografía, escoger un buen texto bíblico para acompañar la tarjeta, contratar unos buenos medios de transporte que lo hagan ver todo uniforme, también debemos procurar que se sirva el café que a ella le gustaba y la típica aromática de cidrón.

Como en el segundo movimiento de una obra escrita para ir a la guerra, el silencio opaco se tornó en sonidos orquestales. Algo se traía entre manos la familia entera. El velorio era muy importante. Debía ser prolijo y bien diseñado, no por ostentoso, sino por derecho cristiano. Fueron escogidas las mismas sillas, las mismas mesas, los mismos manteles, los mismos cubiertos. Cosa por cosa, cada elemento fue uniforme con el dictamen.

La casa entera se vio embargada por la empresa que María había decidido emprender. Todos los hijos e incluso su esposo participaban activamente sugiriendo temáticas, tonalidades, materiales, proveedores, y diligentemente convirtieron la empresa de María en una tarea de rigor. Cada ínfimo detalle pasaba por una radiografía extrema que hacía la familia con tal de alcanzar el culmen de perfección que para ellos merecía este hito. Pero nunca hablaban de la muerta. El entusiasmo profundo, el compromiso y la obstinación por la búsqueda estética les hizo olvidar a la muerta. Sin embargo, continuaron y todo adquiriría su forma áurea. Escogieron una fecha, un lugar, unos asistentes, un sistema efectivo de logística y transporte, una estrategia para la movilidad dentro del cementerio, una lápida, un hueco, un sepulturero, el momento en que sonarían las campanas y lo único que dejaron al azar fue el gobierno de las emociones. Todos parecían estar bastante alterados, sobre todo por la ansiedad que les producía ver su gran evento llevarse a cabo a la perfección. Todos, incluyendo a María, estaban mirando siempre el calendario para ganarle tiempo al tiempo. Marchaba cada cosa, los pequeños obstáculos que aparecían se podían resolver: que no es época de tulipanes, que los granos de café no están suficientemente secos, que el lino de los manteles nadie lo había almidonado (es que ya no se usa), que las porcelanas no brillaban suficiente, que se había perdido el Cristo que esculpieron en madera del Caquetá, etc., etc., etc. Todo pudo ser resuelto. El velorio y su entierro estaban perfectamente planeados.

Cuando se llegó tal día, todos desayunaron juntos y sonreían, no veían la hora de salir. Todos se abrazaban y compartían la miel, se rotaban el plato con las arepas, le ponían crema al café del otro y nadie había olvidado enviar a la lavandería sus trajes sin estrenar para ser planchados de nuevo. Cada uno, María y su esposo y todos sus hijos se veían prolijos para el momento que tanto habían planeado. Al llegar a la sala de velación, todos los invitados iban llegando y algunos traían más flores que no eran de temporada, incluso alguien llevó la orquídea prohibida del Darién. Cada invitado traía su propio trago y se formaban alrededor de los tulipanes para verlos. Era como una fiesta. Todas las personas que se empezaban a agrupar conversaban y disfrutaban del silencio de los cementerios. Se contaban las viejas noticias y las nuevas, se reencontraban amigos de todas las índoles, saludaban la familia a personas de todas las edades y cuando hubo llegado el último de los invitados que esperaban, se pidió silencio para unas palabras. María, altamente agradecida con sus hijos, empezó a hablar en tercera persona.

—Ella fue una mujer llena de amor, una mujer en la que pocos creyeron al principio. Su fuerza y tesón la trajeron hasta aquí, acompañada de personas tan relevantes que vinieron hoy inspirados por su ser y hacer. Por el amor que ella inspiró en esta familia, la responsabilidad con sus amigos y allegados, y su compromiso con el mundo. ¡Salud!

Y todos aplaudieron. Pasaron unas horas más y todos seguían conversando, y a la familia le pareció tiempo suficiente para comenzar con el entierro. El velorio había acabado, de nuevo el silencio embargó la sala y María en forma de agradecimiento le dio un abrazo a cada asistente tomando un lapso más largo con los miembros de su familia y por fin se podría ver una última vez el contenido del ataúd antes de comenzar la procesión a la tumba. María besó a su esposo, quien, abriendo el ataúd dejó caer una lágrima adentro y María se acostó con templanza en su lecho de seda blanca con almohadones de plumas y todos la despidieron con vítores de alegría y auténtica felicidad. Todo fue como ella quiso. Y la vida la abandonó en el largo camino que la llevaría a la tumba.



Juan Diego Martínez Marín. 2022, Medellín.

## **Las boyas que marcan el camino**

## El jarabe de las tres

Edward había decidido dejar su país hacía muchos años con el fin de cruzar, en travesía, el vasto mar que separa el Viejo del Nuevo Continente. Después de viajar varios meses contra mareas inquietas, logró llegar a la Puerta de Oro de Colombia. Se vislumbró, desde el primer instante, por el clima, las llanuras, la vegetación y la extraña comida de aquel Nuevo Mundo. Pasó poco tiempo solo. Los primeros meses se dedicó a vagar por el muelle y a quemar su piel blanca a bordo de las embarcaciones pesqueras donde pudo conseguir trabajo. Un día conoció a la mujer de su vida. Con ella, Inés, fundó una familia numerosa que, en su mayoría, estuvo compuesta por mujeres.

De las siete mujeres y los dos hombres que tuvo, solo dos hombres y dos mujeres decidieron tener descendencia. Pero de estos cuatro, solo una de sus hijas fue la que le dio el mejor regalo que pudo pedirle al destino: engendrar a la luz de sus ojos, la única que, según su criterio, era digna de continuar el legado de llevar con orgullo el apellido Asmus. Un viaje, que había sido un escape, se convirtió en la clave de su destino y la de una familia entera. Para Edward y para el sinnúmero de inmigrantes que fueron arrastrados por las corrientes caribeñas, la historia fue muy parecida.

Gracias al nacimiento de su nieta menor, María, Edward apaciguó todas las frustraciones que había tenido durante la crianza de sus hijos. La crianza siempre fue un tema prohibido para él porque, como autoridad real de la familia, la encargada siempre fue Inés. Con vía libre de su hija, decidió enseñarle a la pequeña Marie, como él decidió nombrarla, lo que él consideraba importante. Le enseñó con dedicación su idioma, filosofía de vida, maneras de comportarse y otras costumbres de su cultura. Más

que ser su abuelo, fue el reemplazo del padre ausente de Marie y, por eso, Edward asistió en primera fila su educación.

A María nunca le faltó cariño ni sufrió ningún tipo de necesidad. Todos en su familia, especialmente Edward, se habían dedicado a consentirla dándole la mejor de las infancias, una que recordara y definiera su vida; por eso, siempre sintió por él un amor profundo. Su abuelo se había convertido en la imagen de hombre perfecto, en el prototipo de hombre ideal: un hombre culto y de acento alemán marcado, de figura lánguida y encorvada, de piel blanca como la nieve de sus historias lejanas y de profundos ojos azules como el cielo despejado de las tardes barranquilleras que miraba desde su balcón.

Para María todo lo vivido con su abuelo y todo lo que él le enseñó fue muy importante, tanto en presencia como en ausencia. Años después recordaba con cariño algunos de sus rituales diarios: quitarle el centro suave al pan *baguette* redondo y armar los sándwiches de anchoas con una capa gruesa de mantequilla para las cenas de la tarde; ir a la charcutería del barrio todas las mañanas a comprar el jamón dulce para los desayunos; bañarse de pies a cabeza tres veces al día y cambiarse de ropa por el calor y la humedad del ambiente, y lavar y masajearse los pies como ritual antes de irse a la cama. Aunque con un profundo sentimiento de nostalgia, recuerda uno en específico.

Normalmente, después de terminado el almuerzo y de haber tomado la siesta de rigor, Edward invitaba a su Marie a sentarse en el balcón con vista a la avenida principal. Allí, Edward prendía su cigarrillo Kent y leía en voz alta los poemas de su libro favorito de Goethe durante una hora. Llegadas las tres de la tarde, él interrumpía su lectura, se dirigía a abrir el armario de madera de su habitación, lo abría con las llaves de estilo antiguo que siempre llevaba en el bolsillo y se tomaba su dosis sagrada de tres cucharadas de la *medicina para la tos*. A María siempre le llamó la atención la botella cuadrada de vidrio verde y la cuchara grande metálica que sacaba y guardaba con tanta curia. Como la pequeña quería hacer todo como su abuelito, un día por curiosidad tosió, *coff, coff*, esperando recibir un poquito de ese jarabe que tenía un seductor aroma a hierbas. Edward sonrió, le echó una mirada traviesa de reojo y le dijo:

—Nenita, sueñas terrible. Como tú eres tan pequeñita, tú tomarás una sola cucharada.

A partir de ese momento, siempre, a las dos y cincuenta y ocho, María tosía, *coff, coff*, y le decía:

—Colito, Marie tiene tos.

Edward quitaba la mirada de su libro, la miraba de reojo y le hacía una seña para que fueran juntos a tomar la medicina. Era un jarabe muy particular y tomarlo la hacía sentir importante. Le aclaraba la garganta, claro, pero más allá de sus efectos curativos, ese momento embriagante con aroma a eucalipto eneldo, jengibre, canela, anís y regaliz se perpetuó para siempre en ella.

Edward era la veneración de toda la familia, pero la conexión entre Edward y María era inigualable. Era tan profunda, amorosa y pura que hasta sus propios hijos envidiaban los privilegios que tenía su pequeña Marie. Ese europeo tan reservado y parco que conocían de toda la vida había cambiado definitivamente con la existencia de la niña, una nieta que, a la larga, se terminó pareciendo a él más que a cualquiera. Por eso, su muerte, repentina y temprana, fue un fuerte golpe para la familia. El velorio fue concurrido y nocturno y, cuando ya la sala de velación iba a cerrar, María devastada decidió quedarse para cuidar la vigilia del cuerpo de su Colito, leyendo los poemas en voz alta de Goethe, hasta que la hora del entierro llegara.

Marie jamás olvidó a su abuelo y se encargó de que sus tres hijos tuvieran claro y presente sus raíces germanas, aunque fuera solo por nominación. Así como en su familia materna, en la familia que fundó años después con el hombre de su vida, solo su hija menor heredó la cultura de su abuelo. Sobre todo, porque por cuestiones del azar y del destino, cuando la niña tenía dieciséis años, terminó pasando un episodio de su juventud en la tierra de su ancestro.

A pesar de haber sido un corto tiempo, la pequeña adquirió de manera muy natural algunas de las costumbres de su país anfitrión y al llevarlas consigo a su tierra natal, se convirtió en el orgullo más grande de su madre. Así pues, el idioma convertido en su segunda alma, la extraña y nueva alimentación fusionada con su cocina natal, y hasta los vicios, como el

fumar cigarrillo Marlboro y el beber licor con altos contenidos de alcohol, constituyeron algunos de los cambios más significativos y que, de una u otra manera, le recordaban a María su abuelo.

En la familia era costumbre que después de un viaje, un buen viajero trajera regalos para sus seres queridos. Para los destinatarios, lo importante no era solo recibir el regalo, sino escuchar las historias de cómo este fue elegido y pensado especialmente en la sonrisa que generaría en su destino final. Así que quince kilos, de los treinta que tenía permitido llevar la hija de María, los reservó para los regalos que viajaron una semana entera por aire, escalas tediosas y noches en hoteles incómodos. Y de esos quince, ocho kilos de eran regalos para su mamá.

El día del reencuentro y de compartir los obsequios había llegado. La primera de la lista era, por supuesto, su mamá, destinataria de las dádivas más raras y especiales que de seguro la transportarían a la conexión y nostalgia con su abuelo. Entre anécdotas, fotos, risas, abrazos y tanto amor, madre e hija dedicaron una tarde a darle fin a la distancia y a la lejanía. Decidieron brindar por su regreso, por sus raíces, por la vida y por su ancestro. Entre la lista de regalos, la pequeña sacó una botella de Jägermeister. Le contó a su mamá las historias de lo que era su nuevo aperitivo favorito, de cuán económico era y de cómo le acompañó en las locuras y fiestas con sus nuevos amigos. La invitó a probarlo.

Tomaron dos copas, sirvieron el trago a temperatura ambiente, así como se toma en los fríos inviernos europeos, y probaron el líquido. En los ojos Marie se asomaron dos lágrimas transparentes que la sumergieron en un viaje donde vivió tardes enteras de lecturas; donde fue niña y adolescente entre los cultivos de la finca donde iba todos los fines de semana; donde había tenido que soportar la ausencia eterna desde esa noche en la sala de velación; donde extrañó y anheló profundamente el ritual del jarabe para la tos de las tres de la tarde. Entre sollozos ahogados se asió al cuerpo de ese hombre viejo y le dijo con gritos que nunca se muriera, que ella no tenía tos, que guardara la medicina porque él la iba a necesitar más que ella. Edward sonrió, le dio la cucharada de jarabe, le dio un beso en el cabello, guardó la botella de Jägermeister al lado de la cuchara metálica y cerró con llave el armario hasta el otro día.

## El bus de las cuatro y media

En la tarde del lunes tuve una pequeña reunión con mis amigas del trabajo en el jardín de mi casa. Era mi despedida, porque solo faltaban dos semanas para dar a luz a mi última hija y yo había decidido dedicarme en pleno a sus cuidados. Almorzamos bandeja paisa y tomamos chocolate con almojábana mientras se terminaba de cocinar el arroz con leche, nuestro postre favorito; compartimos toda esa tarde de comilona entre risas, cuentos y música; y cuando comenzó a oscurecer y a hacer frío, todas se fueron.

Después de aquel gran convite y de besos y abrazos en mi barriga, caí en la cuenta de lo saciada e indisputada que me sentía. Me recosté un rato para hacer digestión sin que nadie me molestara, pero después de mucho rato todavía sentía esa sensación rara de pesadez. En ese momento agradecí la experiencia de los otros dos embarazos. Ya era obvio que no era solo llenura. La niña ya debía venir en camino y cómo no después de ese ritual guloso de la tarde. Me tenía que quedar quietica mientras mi esposo llegaba con el carro para bajar lo más rápido posible. Intenté contactarlo en el teléfono de la oficina y en el de la casa de sus hermanas, pero fue imposible. Llegó la primera contracción ¡Ay Luis, no te me demores mucho!

Pasaron unas cuantas horas de espera y a Luis le dio por llegar más tarde de lo normal por un inconveniente en el trabajo. Llegó, pero llegó sin carro, ¡pues claro! Como era lunes y él se había ido en la mañana manejando, ya no volvía a traerlo hasta el viernes. Otra contracción. Mi único consuelo era que afortunadamente el parqueadero estaba un kilómetro antes de entrar a

la ciudad. Pero ya no había manera de irnos, así que el plan era salir lo más temprano posible, es decir, en el bus de las cuatro y media de la mañana. Y apenas eran las nueve y media de la noche.

Fue una larga noche de granizo la que acompañó mis cavilaciones, mis volteretas de cama y las contracciones cada vez más fuertes. Creo que no dormí ni un segundo. Me levanté a las tres y media de la mañana por una fuerte contracción que me sacó de la cama. Di algunas vueltas por la casa para calmarme y respirar un poco y al fin me metí al baño. Me lavé el cabello, me puse la ropa que tenía escogida hacía meses y le hice el último desayuno a Luis mientras se bañaba. Llegaron dos contracciones al tiempo. Me despedí de mamá, dejándole a los niños a cargo, y salimos en medio de una helada increíble. El ambiente olía a Jazmín de noche húmedo. El canto de los pajaritos y gallos apenas se escuchaba a lo lejos. Caminamos de la mano hacia la resbalosa, gélida y desierta autopista, él llevaba la maletica de maternidad en el hombro y yo sostenía la sombrilla de colores para no mojarnos mucho. Esperamos.

Llegó el bus, paró y estaba repleto. Miré a Luis y le hice cara de desconsuelo. Nos montamos soltando un suspiro y conteniendo un poco el aire de montaña que estábamos por dejar atrás. Ni un solo cristiano me ofreció el puesto, además preferimos no pedirselo a nadie porque tampoco es que hubiese mucho espacio para moverse y, al fin y al cabo, estábamos a veinte minutos del parqueadero. Veinte minutos eternos de viaje bajando hacia el profundo Valle de Aburrá. Empecé a sentirme mareada por el aroma alborotado a gasolina y a cojinería de tela vieja. Otra contracción. Las curvas iban y venían y me dieron ganas de vomitar. Una señora se bajó en el túnel y desocupó el piso al lado del chofer, el asiento improvisado donde se sienta la gente cuando no hay lugar. Me senté. Los saltos allí eran insoportables. Luis iba colgando en la puerta del autobús aguantando el viento frío de la madrugada. Sentía que me iba a desmayar, que iba a morir, que no iba a poder. Me dio una contracción que me hizo derramar un par de lágrimas. Cerré los ojos, me sostuve la barriga y le susurré que aguantara, que se calmara, que ya íbamos a llegar, que ya íbamos a estar juntas, que no se desesperara.

Cuando llegamos a nuestro destino estaba pálida y con los labios morados. Esperé a Luis sentada en el borde de la carretera, el primer lugar disponible para pasar la contracción que venía. Las náuseas seguían. Dos minutos más y hubiese vomitado todo el arroz con leche del día anterior en ese bus repleto de gente tan limpia y bañadita que se dirigía a sus respectivos trabajos. Casi no me subo al carro y Luis comenzó a desesperarse. Tuvimos una pequeña discusión, pero nada que no pudiera apaciguarse con un poco de agua y limón que me regaló la señora de la taquilla del parqueadero. Me subí al carro y seguimos nuestro camino a ritmo lento y seguro. La ansiedad comenzó a asaltarme, Luis me tomó de la mano, me tiró una sonrisa nerviosa, yo le devolví una mirada adolorida por otra contracción más y nos adentramos en el pesado tráfico mañanero.

Llegamos al hospital de Itagüí a las siete y treinta de la mañana. Tardamos tres horas que parecieron veinte para llegar a la sala de espera. Me senté y llegó otra contracción. Llegó una joven morena sola, llorando y pidiendo auxilio. Cuando la registraron, le dieron su turno y se sentó a dos sillas de distancia de donde yo estaba; comenzó a respirar jadeante. Me entretuve un rato tratando de calmar la última contracción, pero cuando abrí los ojos vi un charco de sangre en el piso. Me acerqué a ella, le acaricié el cabello y le hablé para tranquilizarla un poco. Una voz pronunció mi nombre, pero le dije a la enfermera que atendiera a esa muchacha urgente. Se la llevaron corriendo y solo quedó atrás la marca roja de las ruedas de la camilla. Me dio la contracción más fuerte de todas; comencé a sudar frío y a sentir que mi cuerpo se iba a partir en dos. Por fin entré a la sala.

Una niña sana, pequeñita, de piel rojiza y rubia fue la que me entregaron después de una hora de procedimiento, a las nueve y quince de la mañana. Era hermosa. La pobrecita nació fría como la noche de granizada previa a su nacimiento. La llevaron a la incubadora para que recibiera el calor que yo fui incapaz de darle las últimas horas dentro de mí. Me llevaron a la habitación, me bañé y al rato me la trajeron con un vestidito amarillo con blanco. Comencé a reconocer el cuerpo de mi bebé: sus deditos que aún seguían fríos, la naricita pequeñita y chata como la de mi familia, los ojitos color almendra que me miraban con curiosidad y la transparencia de su piel que dejaba ver casi todas las venas de su cuerpecito.

Amanecemos juntas en la clínica y muy temprano Luis llegó por nosotras en el carro. La bebé no tenía ni 24 horas y ya la teníamos viajando en su primer tramo intermunicipal y con la ventana abierta por toda la Medellín-Bogotá. La bebé me miraba y miraba a Luis. Miraba admirada las montañas de su tierra que ya estaba escalando. Nos volvía a mirar con curiosidad. Llegamos a la casa rodeada de bambú donde se escucha el canto del copetón, el lugar donde recibió sus primeros soles. Años después esta historia se la seguimos contando cada vez que cumple años. Cada vez se convence más de que la odisea de su nacimiento es la responsable del frío *incalenable* de su cuerpo y del mareo que la acompaña y nunca la abandona.

## A menos de un minuto

En medio del sudor y del dióxido de carbono ajeno, me empino para respirar apenas lo necesario. Me alargo lo que puedo a pesar de mi corta altura y me lleno de un poco de aire para volver a la estrechez. Mis puntas no soportan mi peso por mucho tiempo. Apenas han pasado seis de las veinte estaciones que debo pasar para llegar a mi destino. Siento un estremecimiento por el calor húmedo que me bordea el brazo desnudo y necesito empujarme nuevamente. Cierro los ojos y trato de concentrarme en aguantar este viaje de una hora hasta mi destino, ese que hoy, en particular, está más insoportable que todos los días; no tuve otra opción que tomar este tren porque ya llevaba esperándolo veinte minutos y ya se me estaba haciendo muy tarde. Imagino cómo nos debemos estar viendo desde afuera y me pone en un estado casi de sedación la nube espesa de aire caliente que nos aplasta y que no tiene más de un metro de angostura.

Recuerdo el viaje de vacaciones que tuve el pasado enero al Urabá antioqueño. Una de las actividades que hicimos fue conocer una finca bananera de una empresa de exportación donde trabajaba el papá de mi amigo. Allí conocí todo el proceso de siembra, selección y empaque. Recuerdo la brisa jugando con mis cabellos, siento el ruido del suelo al caminar por encima de tantas hojas secas y el aroma a mosquito. Se me olvida un poco donde estoy y me siento más serena. Recuerdo que me llamó mucho la atención el hecho de que los manojos de bananos y plátanos que empacaban en las cajas de cartón para exportar encajaban perfectamente, como si los sembraran bajo un molde estándar y que hubiesen nacido para acoplarse allí, con ese propósito y sin lastimarse. A todos los que vamos en este vagón nos imagino

como bananos empacados: hay maletines acomodados en la curvatura de espaldas vecinas, torsos de personas pequeñas contra las piernas de otros más altos, brazos gruesos contra estómagos gordos y flacos... Todo está pensado y preciso, como la producción de los plátanos.

Vuelvo a este viaje desagradable, a pesar de mis esfuerzos, no puedo ignorar dónde estoy. Siento claustrofobia y apenas han pasado ocho estaciones. Pero bueno, creo que estoy cerca. Ya casi sentiré el viento en mi cara y respiraré agresivamente. Me estoy quedando sin aire, pero tengo que aguantar. ¿Y si me bajo del tren? ¡Noooooo! Si me bajo de esto es peor: el tren que viene atrás debe estar más lleno, después no lo puedo abordar y me arriesgo a llegar a mi destino más tarde de lo que ya está. Cierro los ojos nuevamente y trato de pensar en otra cosa. Recuerdo las conferencias que presencié en la universidad hace algún tiempo, donde nos mostraban el proceso de cría, engorde, faenado, sacrificio y desposte de los animales. Se me vienen a la cabeza los terroríficos videos donde mostraban camiones llenos de ganado de 500 kilos cada uno y que se dirigían a la planta de sacrificio para cumplir su destino culinario; ese destino de sangre, cuchillos y fogones. Imagino que desde afuera nos debemos ver como mil vacas de engorde apiñadas en este vagón y yendo hacia la planta de sacrificio. Da igual si somos vacas o personas, el caso es que nos dirigimos hacia los lugares de estudio, de trabajo o de ocio, allí donde nos sacrifican todos los días un poco. Aterrizo nuevamente en la realidad, abro mis ojos y siento el sudor abrazador, tibio y húmedo con aroma a celo, ganado, animal... huele a vaca. Somos vacas, soy una vaca. Faltan solo cinco estaciones, estoy cada vez más cerca.

Saco fuerzas de mi interior para hacer un último esfuerzo y escapar de esta caja de plátanos, de este camión de vacas, de este tren lleno de personas inexpresivas que ya veo como zombis. Creo que me estoy enloqueciendo, mi juicio está nublado por la falta de aire. Me veo las piernas como pezuñas envueltas en cáscara de plátano. Logro salir y empiezo a hiperventilar. Lleno mis pulmones de oxígeno cargado de polución; oxígeno "limpio". Otra vez libre, voy hacia la salida para seguir con mi trayecto y sonrío porque nuevamente siento cada centímetro de mi cuerpo. Mi sonrisa se desvanece cuando escucho al altoparlante burlándose de mi odisea: "Señores

pasajeros, les recomendamos no abordar el tren en plataforma porque se encuentra altamente congestionado. Los invitamos a esperar el próximo que llegará en menos de un minuto y así lleguen a sus destinos de manera rápida, cómoda y segura. En el Metro siempre pensamos en tu comodidad”.

## Operación de embarque

Me doy la bendición, cierro los ojos y me sostengo fuerte del asiento. El despegue tardío, con su vibración y sonido agresivo, hace que todo en mi interior se mueva un poco; cada movimiento deja pequeños vacíos y la unión de ellos provocan una sola sensación: un solo gran vacío. Para los masoquistas como yo falta algo: mirar por la ventana, mirar al cielo y añorar la tierra firme a lo lejos. Inevitablemente mi cuerpo se invade con una sobredosis de adrenalina y luego llega a mis manos una incomodidad anti-natural, un espasmo doloroso, un calambre difícil de describir, un cosquilleo desesperante. No sé si esto significa tener vértigo y miedo a las alturas.

Una vez en el aire, la vibración y el sonido se controlan. Aparentemente el avión se normaliza y alcanza la velocidad crucero. Si se cuenta con la suerte de que no haya turbulencias, las aparentes fobias olvidan un poco dónde están gracias a la tecnología del diseño de los aviones presurizados modernos. Sé que no hay que cantar victoria. Sé que ese sentimiento postizo de tranquilidad durará solamente hasta que llegue el momento de aterrizar... ahí es cuando todo comenzará otra vez, en reversa.

A las ocho y treinta de la noche pasé el límite de los que viajan y los que no. Hubo un par de lágrimas de despedida que se evaporaron en las requisas. A lo largo de mi vida había tenido que ir a varios aeropuertos para subirme a varios aviones. Esta era una vez más y sabía lo que debía sortear con esta habilidad adquirida con los años: lidiar con el estrés de pasar los controles en los aeropuertos con sus funcionarios mirándote con cara de autómatas; procurar tener un equipaje con peso y medidas exactas para no tener que pagar un cargo extra; correr de aquí para allá con mucho afán; controlar

la excitación por el proceso de abordaje y desear que el tiempo pasara para llegar rápido a mi destino.

Recuerdo con cariño la primera vez que monté en avión y se me aviva la misma emoción mezclada con ansiedad: tenía seis años, iba con mi abuela y mi mamá de vacaciones a Bogotá. Después de ese día, siempre sentí una atracción por los viajes en el aire. Todo era una novedad increíble. Me encantaba sentir que atravesaba las nubes de algodón. Amaba la sensación de vacío que sentía cuando el avión comenzaba su descenso; me sentía como en un parque de diversiones. Disfrutaba mucho ser una niña viajera. Recuerdo sentirme privilegiada si sabía que tenía un tiquete comprado o el ser humano más importante y prestigioso si caminaba por los pasillos de un aeropuerto. Creo recordar todos los viajes de mi niñez: el primer viaje a Bogotá; el viaje de Caracas a Maracaibo con mi papá cuando se le explotó la costosa botella de ron por culpa de “esos animales de los aeropuertos” que terminaron arruinándole todas las camisetas blancas; el viaje en una avioneta con 20 pasajeros hacia Medellín, donde me esperaba mi hermana y mi mamá con una cartelera de bienvenida; el último viaje de Medellín hacia Caracas cuando pude disfrutar los últimos años prósperos de ese país. Todos habían sido viajes con duración de una hora. Todos maravillosos, llenos de emoción, ilusión y ansias por llegar a mi destino.

El vuelo salía a las diez de la noche, era un vuelo nocturno transatlántico. Era la primera vez en varios aspectos. Viajar de noche. Cruzar el océano. Tomar un vuelo de doce horas de las cuales ocho debía estar encima de solo agua. Viajar y permanecer en mi destino sola por tanto tiempo. Estaban las conocidas sensaciones: emoción, ilusión, ansias, nervios. Luego miré el reloj de la sala de espera y vi que ya eran casi las nueve y treinta. Se suponía que ya debíamos estar abordando. Pero no, ahí estaba yo, transformando mi leve tedio hacia los aeropuertos hacia el nacimiento de un odio profundo que, después de esa noche, nunca más cambiaría. Malditos que siempre te obligan a esperar o a correr mucho, y hoy, que había llegado tan tanta anticipación, me tocaba aguantar un retraso que me hacía sentir que nunca saldría de esa condenada sala de espera. Tenía que ser hoy y pasarme a mí, la primeriza. ¿Qué pasaría? Las condiciones climáticas estaban favorables, así que... no comprendía muy bien el motivo del retraso.

Diez de la noche, seguíamos parqueados en la sala de espera y mi odio por los aeropuertos seguía alimentándose. Me aturdieron otra vez los pensamientos que había tenido durante la última semana: “No voy a viajar”, “Algo va a pasar”, “No me van a dar la visa”, “Mis documentos no están en regla y me van a devolver”, “Van a cancelar el vuelo”. A punto de entrar en la octava crisis paranoica del día, dieron el aviso de abordaje, ¡por fin! “Son las diez y treinta, ya la cuenta regresiva puede comenzar y ahora solo queda concentrarme en la emoción por llegar a mi destino”, me dije. Caminé a través del túnel blanco con el sonido de las ruedas de la maleta chocando con los resaltos del piso metálico. Era como música para mis oídos, una melodía transportándome a los viajes de niñez. Busqué mi asiento en el fondo. Acomodé mi equipaje. Abroché el cinturón según las instrucciones y traté de ser gentil con mi compañera de asiento sin recibir ninguna respuesta. Comencé a prepararme mentalmente para el viaje, estaba feliz y me sentía plena; todas las sensaciones que la espera me habían ocasionado, se habían desvanecido y las bonitas habían vuelto.

No necesité mirar un reloj para saber que el tiempo había corrido lo suficiente como para que ya hubiera iniciado el despegue y estuviéramos a varios miles de kilómetros de altura. Estaba segura de que algo pasaba. Nadie nos daba razón de lo que pasaba y a mí me comenzaron unas fuertes ganas de entrar al baño.

—Disculpe, ¿puedo ir al baño? —le pregunté a una azafata que estaba cerca.

—En este momento nadie puede levantarse, la señal del cinturón está activa —me dijo impávida.

No podía creerlo, pero preferí no decirle más. Cerré los ojos e intenté meditar para evitar un accidente lamentable. Sentía que el tiempo eterno seguía pasando, que las ganas de entrar al baño aumentaban y me hacían retorcerme disimuladamente en el asiento. El despegue no iniciaba. Creo que mi forcejeo mental hizo que me desmayara o me durmiera, no sé muy bien.

De mi sueño o desmayo me despertaron unos ruidos del motor; parecía que le estuvieran haciendo pruebas y lo estuvieran reparando. No recuerdo si nos notificaron o simplemente esto haya sido una deducción, pero esa era la razón del retraso: el avión no estaba en condiciones de volar, estaba dañado y lo estaban interviniendo con rapidez para solucionar el proble-

ma. Pero ¿cuál era el problema? ¿Una bomba? ¿Alguien sabotó el motor? ¿Había una fuga de combustible? ¿El sistema eléctrico había colapsado? Todo iba de mal en peor. Yo, la maníaca, ya estaba maquinando teorías locas, y como ya eran reales en mi mente, imaginé futuros posibles que solo terminaban en catástrofes atlánticas. Jamás se me había pasado por la cabeza que un avión podía explotar en el aire, que mi vida podía llegar al final por subirme a un avión. Comencé a tener un ataque de ansiedad por llegar a mi destino. Pensar que no iba a llegar hizo de mi espera un asunto más estresante de lo que ya de por sí era. La señal del cinturón se desactivó y la azafata me dijo que ya podía ir al baño ¡Al fin! Cuando volví al asiento traté de dormir otra vez, pero todo fue inútil. Cuando ya me sentía un poco calmada y conciliando el sueño, me alertaban los sonidos y vibraciones del motor. Claramente se notaba que no estaban logrando mucho y que les costaba llegar al objetivo. ¡Son unos ineptos! ¿Por qué me pasa esto a mí?

No sé cuántas horas esperé, pero sé que pasó mucho tiempo para que la señal del cinturón de seguridad volviera a encenderse; avisaran el despegue y se sintieran las vibraciones del desfile por la pista de aterrizaje. Me doy la bendición, cierro los ojos y me sostengo fuerte del asiento. Ahora el problema no era por la espera eterna, ahora tenía que lidiar con unas sensaciones insoportables. Sudoración excesiva corriendo por todo el cuerpo. Fuertes vacíos que me apretaban la boca del estómago, ¡y ni siquiera habíamos despegado! Mi mente seguía inquieta: “Esta vaina se va a caer”, “El motor va a fallar encima del océano”. El avión se detiene, prende los motores a su máxima potencia y corre por el pavimento. Mis manos quieren explotar. Espasmos. Calambres. Cosquilleo desesperante. Corazón a mil. El avión despegó, claro, algún día tenía que hacerlo, pero atrás se quedó mi coraje y mi extinta emoción por volar de niñez. Jamás pensé que ese día nacería este terrible miedo a las alturas que perduraría durante lo que me restaba de existencia. Ya no había vuelta atrás, era una nueva fobia.

En el aire, todo se controló aparentemente, pero mi mente seguía enloquecida. No hubo turbulencias. No hubo condiciones climáticas adversas. Solo una calma perturbadora en el ambiente, como esas previas a las tormentas. Nadie decía o preguntaba cosa alguna. Casi no escuchaba las respiraciones o los ronquidos de la gente. Traté de dormir y creo haberlo

logrado. Escuché música. Me intenté aislar del mundo con mis tapones auditivos. Vi un par de películas. Comí todo lo que ofrecían las azafatas. A veces miraba las pantallas donde se veía la ubicación del avión y siempre me daba la impresión de que el aparatejo no avanzaba. Fueron las doce horas más largas de mi vida.

Llegamos. Sí. Teníamos que llegar. El aterrizaje fue igual o peor al despegue. Para mí era imposible pensar que tanta calma siguiera en la misma tónica. Me era insufrible pensar que, ya tan cerca de mi destino, no iba a poder llegar. Solo hasta que toqué tierra firme y dejé atrás el horripilante pájaro blanco, volvió el alma a mi cuerpo. Nada pasó con el avión, pero yo nunca volví a ser la misma. Con los años, mis viajes aumentaron por diferentes motivos. Ya mi vida transcurrió constantemente en el aire, se expandió hacia otras ciudades y siempre estuve obligada a pisar los odiosos aeropuertos para tomar los aterradores aviones. Sin importar si eran viajes de una, dos, tres o doce horas, el único pensamiento latente mientras volaba por los aires es que al avión le iba a ocurrir algo. Tuve que aprender a lidiar con los recuerdos de aquel motor fallando y en reparación y con las vibraciones inexplicables que me despertaron esa noche.

La sensación de presión en las manos perdura: si alzo la mirada en un parque de diversiones y veo las máquinas caer con fuerzas descomunales; si estoy en un segundo, cuarto o vigésimo piso y me asomo a la ventana o al balcón; si veo una película que juega con profundidades; si pienso o escribo que le tengo miedo a las alturas; si recuerdo lo que se siente el vértigo de las alturas. Mis manos comienzan a temblar, llega una incomodidad anti-natural, el espasmo doloroso, el calambre difícil de describir, el cosquilleo desesperante. El acto de abrir y cerrar las manos rápida y fuertemente se volvió en mi reacción constante para calmar las sensaciones de vacío en el cuerpo y la mente.

## La estación de Itzehoe

Noviembre apenas empezaba. Estaba sentada en el único sitio que le gustaba de la casa, el escritorio conjunto a la ventana abatible con vista al horizonte. Miraba desconcertada el papel con las instrucciones que Wieland le había dado hacía apenas un momento. Llevaba dos meses viviendo en la habitación de ese extraño Jonathan que se había ido de intercambio a Perú. Desde entonces se dedicó a intentar llenar la ausencia que él había dejado y a congeniar con sus anfitriones indeseables. Miraba el papel una y otra vez y recordaba con amargura aquel viernes de mayo que le había cambiado su vida de adolescente, cuando llegaron los directivos del colegio a su clase de química a avisarle lo de la beca para irse un año del país. Maldijo ese viernes que la había llenado de felicidad e ilusión porque ahora era el responsable de la situación en la que se encontraba.

Miraba el papel y lo único que entendía era lo lejos que la querían, que le habían asignado un nuevo lugar y que debía comprar un tiquete de tren para el próximo viernes en la tarde, cuando la jornada del colegio terminara. Habían sido días difíciles y de zozobra después de la incómoda entrevista con los directivos de la organización de la beca para descubrir qué era lo que no había funcionado. Al final la hicieron enteramente responsable. Luego llegaron los gritos de las tardes; las cenas incómodas con sabor a reproche y las miradas inquisitorias cada vez que salía silenciosa de su habitación para bajar al baño o a la cocina. Pensó que la iban a devolver, que se había tirado en su intercambio, pero, gracias a ese papel, una nueva esperanza nacía en su corazón y se llamaba Kiel.

Lo único lindo de esos dos meses había sido las amigas que había conseguido y con quienes, muchos años después, mantuvo el contacto. Les contó al día siguiente la noticia, lloraron juntas por la cantidad de sentimientos encontrados y por la proximidad del viaje, y les mostró el papel de instrucciones para pedirles ayuda con su comprensión. Le ofrecieron compañía para comprar el tiquete en la estación de trenes. Ellas se encargaron del discurso: pidieron un tiquete de ida para una persona directo a Kiel y ella le pagó a la taquillera € 21.60. Prometieron verse al día siguiente en clase y tomaron caminos diferentes. Ella decidió pasar los veinte minutos que faltaban para la salida del bus para recorrer a Itzehoe por última vez. Pasó por la plaza principal donde había comido por vez primera Pomm Dönnner con Leonie, cuando intentaron tener una relación pacífica de hermanas; por el único centro comercial del pueblo donde estuvo de compras con Regine, el primer sábado después de su llegada; por el Kino, donde había ido a ver una película de risa con sus amigas y fue el detonante de los problemas con su hermana anfitriona. Dejó salir una larga bocanada de aire y se montó en el bus que estaba a dos minutos de partir.

Aprovechó la hora de camino para hacer un último intento de repasar cada minuto de esos dos meses, desde que la recogieron en la estación de Altona hasta aquella última caminata por Itzehoe, para ver si lograba entender qué era lo que había pasado. Se sentía profundamente culpable y temerosa de lo que ahora le esperaba. ¿Cómo sería la nueva familia? ¿Tendrían hijos? ¿Qué profesión ejercerían? ¿La aceptarían porque no hablaba su idioma? ¿Cuáles serían los dramas? Llegó a su destino y caminó la media cuadra de lejanía de manera pausada. Cuando llegó, abrió la puerta tratando de no hacer ruido para no molestar. Encontró la casa vacía y se sintió un poco más tranquila. Fue a la cocina por algo de comer antes de que todos llegaran y subió a la habitación. Encendió la radio local, se sentó en el escritorio y comenzó a escribir algo en su abandonada bitácora de viaje con la odiosa canción de moda, “Cello” de Udo Lindenberg, sonando al fondo. Esperó a que todos llegaran para empacar su equipaje y así ganar tiempo para no salir de la habitación en unas cuantas horas.

El viernes se despertó amodorrada y con una pesadez en el alma. Leonie se despertó con la mirada recargada de odio y ella prefirió ignorarla. En el colegio, sus amigas le dieron regalos de despedida: cartas, fotos enmarcadas y chocolates. En su maleta ya no cabía una aguja, pero no se atrevió a rechazar nada. Se despidieron con abrazos y le desearon la mejor de las suertes. De vuelta en casa, Leonie y ella almorzaron sin decir palabra. Wieland y Regine llegaron con prisa y dijeron que estaban atrasados. Ella no entendía por qué la prisa si aún faltaban dos horas para que el tren saliera, pero supuso que Wieland debía volver a trabajar y que la dejaría en la estación esperando la hora. Wieland bajó la pesada maleta; ella tomó su cartera y el maletín del colegio. Regine y Leonie estaban en la entrada esperando ansiosas la partida de la indeseable. Cuando Wieland hubo montado el equipaje al auto, ella se devolvió para ofrecerles un abrazo y un último agradecimiento de despedida. Le aceptaron el abrazo de manera esquiva y cuando escucharon el mal dicho "*danke für alles*" soltaron una pequeña risa burlona.

De camino a la estación, Wieland y ella no intercambiaron palabra. Cuando llegaron al aparcamiento y le ayudó a bajar el equipaje, ella pretendió despedirse, pero él dijo que su responsabilidad era subirla en ese tren. Empezó a notar que algo no estaba bien pero no se atrevió a refutarle nada de lo que estaba haciendo. Ella entendía el afán por deshacerse de ella. Se detuvieron en la plataforma. La pantalla indicaba que el próximo tren llegaría en cinco minutos y se dirigía a Altona. Cuando el tren venía llegando, todo pasó muy rápido. Las puertas se desplegaron, Wieland puso la pesada maleta adentro, le dijo bruscamente adiós y la obligó a montarse en el tren.

—Pero si ese no es el mío, esto va para Altona y yo voy para Kiel. Se quedó muda, no pudo decir más.

Pasó el quicio del tren dudosa mientras susurraba que ese no era su tren, pero comprendiendo que ya estaba a merced del mundo. Sonó la campana de salida y las puertas se sellaron separándolos para siempre. Ella, desde el otro lado del vidrio, lo miraba con temor y seguía negando con la cabeza. El tren comenzó a alejarse y Wieland le gritó irritado que leyera las instrucciones del papel.

## Nunca pude llegar a Italia

Nunca he sido amante de los deportes extremos y siempre he sido bastante gallina para cualquier experiencia adrenalínica. Algunos me consideran mojigata y miedosa, y no faltaba más que un comentario así me ofendiera. No me atraen los parques de diversiones ni la velocidad de las motos o de los carros. Entre mis sueños no está tirarme en parapente, en paracaídas o hacer salto *bungee*. Pero uno de los viajes que recuerdo con más cariño fue uno donde practiqué, paradójicamente, un deporte extremo. Una oportunidad de esas solo se presenta una vez en la vida y, como tenía nieve involucrada, no me detuve a reflexionar si me iba a dar miedo, si no iba a ser capaz o si no iba a poder. Cuando me pusieron sobre la mesa la posibilidad de disfrutar unas vacaciones de esquí, me involucré inmediatamente.

Conocer algo no significa solo verlo y darse cuenta de su existencia. Conocer algo significa vivirlo y sufrirlo. La nieve es ese material idílico que cae del cielo en invierno. Y, ¿qué es invierno? Bueno para una persona como yo, el invierno es sinónimo de lluvia o de navidad y creo que conocerla se constituye como el sueño de casi todos los que procedemos de países con climas tropicales. De este lado del mundo, los niños crecemos viendo cine y televisión extranjera que nos forma un imaginario del *mundo blanco* lleno de niños con atuendos de lana de colores jugando la mañana del 25 de diciembre afuera; o un *mundo helado* lleno de jóvenes y adultos deslizándose en esquís o patinando en los lagos congelados. Mi destino fue afortunado al poder conocer la nieve, ese material extraño al que difícilmente se accede.

Recuerdo la primera vez que vi la nieve. Una jornada cualquiera, cuando ya había pasado la navidad, empecé a notar pequeños retazos como de

lanas blancas cayendo detrás de la ventana transparente del salón de clases y derritiéndose antes de llegar al suelo. A todos los que estaban cerca de mí les pareció profundamente tierno que alguien de la nada hubiera gritado “¡nieve!” y les hubiese recordado lo que era ser un niño pequeño con la capacidad de asombro a flor de piel. Ese jueves le saqué una sonrisa y le alegré el momento a uno que otro. Pero, a pesar de la novedad y del recuerdo tan lindo, ese no fue el día que conocí la nieve.

La habitación que me hizo feliz durante algunos meses fue un ático reformado y bastante cómodo ubicado en el tercer piso de la casa número tres de la calle Hans-Hinnik-Weg. La iluminación de ese lugar se debía a las ventanas abatibles del techo que dejaban colar algunos rayos blancos en las noches de luna llena y algunos rayos amarillos durante los pocos días soleados. Mi cama estaba debajo de una de esas ventanas y lo primero que veía al despertar, a las cinco y media de la mañana, era el cielo asomado, saludándome. Un día de aquellos, al abrir los ojos, me encontré una estela blanca que tapaba mi saludo celeste. Abrí la ventana y me cayó una descarga de una especie de sal fina y helada. Me asomé y, para mi sorpresa, una luz blanca iluminaba los techos y las calles de madrugada. Bajé las escaleras corriendo y gritando eufórica que había nieve afuera. Ese día de primeras veces hice felices a las mujeres de esa casa porque comencé a saltar como un trompo lleno de trapos encima argumentando que no quería morir de frío afuera y preguntando que si era seguro salir así. Ese día hice un muñeco de nieve, participé en una guerra de bolas de nieve y caminé por un río congelado que hacía quince años no llegaba a ese punto. Viví la nieve, sí, pero me faltaba sufrirla para realmente conocerla.

Las famosas vacaciones de esquí estaban cerca. La fecha estaba prevista para marzo, a finales del invierno e inicios de la primavera, época perfecta para practicar los deportes de invierno en las montañas de La Rosière, frontera de Francia con Italia. Iba toda la familia en un bus que se demoraba diecisiete horas, una catástrofe para todos, excepto para mí, acostumbrada a los viajes por tierra a través de las montañas de mi país. Debíamos llevar la ropa más cómoda y abrigadora posible: chaquetas, sudaderas, gorros, guantes, bloqueador e hidratante para los labios. Yo me dediqué a preparar

mi equipaje con varios días de anticipación para, el día del viaje, presenciar en primera fila la locura contrarreloj del empaque tardío de mis hermanas.

Fui una de las pocas que dormí en ese bus de diecisiete horas. Cuando me desperté, ya estábamos en una Francia cubierta de nieve de principio a fin. La emoción que sentía era indescriptible. Todo me asombraba: el sol de las alturas que no permitía que el frío me mortificara; las placas de los carros que ya decían las iniciales de Francia; cada montaña de vetas negras y blancas; cada árbol desnudo manchado de nieve; cada casa de arquitectura alpina como de cuento de hadas cubierta con una espesa y profunda capa de nieve blanca en el techo; cada sencillo poste de luz. Amé conocer ese blanco puro, nuevo y limpio como recién caído de la noche anterior.

La rutina de la cabaña durante los días de vacaciones era la misma: despertarnos; alistarnos con nuestra indumentaria compuesta por sudadera y camiseta de microfibra, abrigo de lana, pantalón y chaqueta impermeable, casco, gafas oscuras, guantes de lana debajo de los guantes de esquí, medias gruesas y las odiosas y pesadas botas, la tortura más sofisticada del siglo XXI; bañarnos en bloqueador y proteger nuestros labios con hidratante; tomar un buen desayuno de fruta, cereal, yogurt, café, pan y queso; y salir al punto de encuentro donde la clase de esquí se realizaría.

Al tiempo hay que retarlo cuando de vacaciones se trata y eso puede llegar a ser muy estresante o frustrante, sobre todo si las vacaciones tienen como fin aprender un deporte. En menos de una semana hay que aprender a asegurar bien las botas para evitar lesiones, a manejar los engorrosos esquís y a ubicar de alguna manera los bastones que a veces no se sabe muy bien qué hacer con ellos. Pero esto no termina aquí. Había que aprender a mantener el equilibrio a pesar de la torpeza, aprender a manejar la velocidad, a frenar, a dar curvas, a caer adecuadamente, a levantarse de las caídas, a vencer el miedo de los millones de caídas y a lidiar, al mismo tiempo, con todos los estorbos mencionados arriba.

Después de coordinar la cabeza para hacer todo medianamente bien, el reto era bajar las montañas. Bajarlas bien es otro cuento, porque una vez el cuerpo está adolorido en cada centímetro de los muslos, pantorrillas, rodillas, muñecas, brazos, espalda y nalgas después de tantas caídas y esfuerzos, las fuerzas faltan para moverse o respirar. Mi querido impaciente

instructor, aparentemente muy amable, no me comprendía, lo cual provocó peleas de principio a fin ¡No podía ser peor! Lágrimas, sudor y miedo son tres palabras perfectas para describir mis días de clase de esquí. ¿Qué más se le puede pedir a esta mojigata?

Que el día terminara para dejar tirados todos los aparatejos de esquí, sentarme a tomar un reconfortante Glühwein para luego darme un baño y tirarme a morir en la cama, era lo único que me daba ánimos para seguir adelante. Pero había un detalle más: la presión por ir a Italia. Como el *resort* quedaba en la frontera de Francia con Italia, uno de los objetivos era pasar la frontera y poder añadir a la lista de países conocidos a Italia. Así que todos los esfuerzos, todo el sufrimiento, los soporté porque quería llegar a Italia esquiando.

Con los días, la rutina comenzó a mejorar y todo se volvió más natural. Ya no dolía tanto el cuerpo, se mantenía más el equilibrio y se sorteaban un poco mejor las peripecias para no tener un accidente. Las bajadas para recorrer las montañas empinadas se hacían paulatinamente más largas, las pistas planas ya eran muy fáciles de transitar y cuando la nieve estaba suelta y me era fácil adoptar un estilo y una posición para disfrutar y entablar un contacto sublime con las ráfagas de nieve que mis esquís dejaban atrás.

Una vez controlado el asunto del tecnicismo del deporte, ya podía disfrutar del paisaje y de lo que iba pasando en medio de la velocidad: admirar el Mont Blanc a lo lejos, disfrutar los rayos de sol que hacían brillar la cordillera de los Alpes y no dejaban que el frío de la nieve se colara en mis huesos y cerrar los ojos por un momento mientras bajaba, casi volando, mientras el viento pegaba fuerte en mi rostro. Felicidad por el logro desbloqueado. Ya estaba lista para ir a Italia.

Llegó el día y ya sabíamos lo difícil que sería subir y bajar las montañas con y sin ayuda de los telesillas y los telesquíes para llegar a Italia. Todo iba muy bien y traté de estar muy concentrada durante todo el camino para no dañar la travesía. Subimos en el telesilla y llegamos a la cima de la montaña sin problema. Empezamos la bajada y como mantuve tan bien el equilibrio parecía que no habría ningún inconveniente. Cuando llegamos a los telesquíes nos dieron la instrucción: acomodar el gancho entre las piernas y estar concentrados para mantener el equilibrio, no caernos y no

tener que devolvernos desde el principio. Escuché que eran tres kilómetros de camino y mis piernas comenzaron a temblar. Con la ayuda del instructor me puse en posición y rápidamente me acomodó el gancho que me haló por la pendiente. Sentía que me iba a caer, que el gancho se me iba a salir, así que traté de pensar en otra cosa. Sin darme cuenta, avancé dos kilómetros y ahí comencé a imaginar a dónde iría a parar si me caía con la velocidad que llevaba. Me terminé desconcentrando, perdí el equilibrio, caí hacia un costado y las personas que venían detrás de mí comenzaron a gritarme. Entré en pánico, olvidé todo lo aprendido y perdí el control de todos los aparatejos que tenía encima. No me pude devolver, no pude avanzar. Fue un fracaso total.

Me quedé paralizada durante un rato, no podía moverme. La gente pasaba y me gritaba cosas en francés, se reían y me tomaban fotos. Intenté agarrar un gancho que venía libre pero casi me corto el brazo. Esperé que alguien viniera a rescatarme, pero nadie venía, así que decidí comenzar a caminar torpemente hacia la explanada que estaba a 500 metros. Estaba agotada, no podía mantener el equilibrio por mucho tiempo, pero llegué. El instructor estaba esperándome en la cima haciéndome un gesto desaprobatorio y me dijo que estaba muy decepcionado. No pude llorar o enojarme. Esquiamos en silencio de regreso a La Rosière y, ahora que lo pienso, no entiendo por qué el instructor no encontró otra opción para ayudarme; supongo que estaba fastidiado con la colombiana torpe que no sabía esquiar. Mi fracaso como aprendiz fue inevitablemente el suyo como instructor. Nunca pude llegar a Italia, el sol no volvió a salir después de ese día y la nieve no volvió a estar en condiciones apropiadas para esquiar.

## Un sueño de película

Crecí viendo películas de muñequitos, princesas y héroes. En mi casa había una colección de las mejores cintas de Disney estrenadas en los años setenta, ochenta y noventa. El primer aparato electrónico que aprendí a usar en mi vida fue el VHS de mis hermanos. Expulsar el casete. Ponerle play, pause y rewind. Limpiar los cabezales cuando se desmejoraba la imagen. Mi compañía de todas las tardes después del colegio fueron estas películas desde que tengo memoria. Creo que tantas horas dedicadas a ellas son las responsables de algunos de mis sueños, anhelos e imaginarios viajeros tempranos en ciudades europeas, bosques encantados, selvas asombrosas y castillos gigantes. Decir cuál fue la primera vista o mi favorita es una tarea imposible. Yo fui una niña de Disney.

Quisiera atribuir el nacimiento de uno de mis viajes soñado a tres películas especiales: *El jorobado de Notre Dame*, *Los Aristogatos* y *Ratatouille*. Las tres ocurren en un mismo lugar, pero mostrando diferentes épocas, tonos y colores. París significaba para mí muchas cosas. *Jazz*. *Swing* callejero. *Baguettes* por doquier. Ventanales altos. Iglesias, edificios, monumentos, puentes medievales y palacios majestuosos. Noches entre tejados. Paseos lentos por el espejo de agua. Las luces amarillas y blancas reflejadas en el Sena que nunca dejan a París en la penumbra. Mi sueño puede ser considerado por muchos como un cliché. Pero hay que ser claros: ver a la Torre Eiffel en vivo y en directo nunca está de más para la vista y el recuerdo.

Desde que puse un pie en Europa tenía claro que la ciudad del amor tenía que dejarse contemplar por mis propios ojos. Pero también tenía mis dudas. Sabía que París era uno de los destinos más costosos del mundo y

con mi presupuesto no sabía muy bien si lograría cumplir mi sueño. Por fortuna conocí a Tamara, la trotamundos y experta en los viajes *low cost*. No tenía ni treinta años y ya conocía más de cuarenta países. Me encantaba hablar con ella porque tenía una habilidad asombrosa para describir los lugares. Pasábamos horas conversando, tomando Fanta de naranja y viendo fotografías de sus viajes. Un día le conté sobre mi sueño Disney de ir a la Ciudad de la Luz y se emocionó mucho. Me dijo que había ido a París varias veces y que nunca dejaba de ser novedad. También había sido su sueño de niña y me contó que *El jorobado de Notre Dame* era su película favorita.

Días después, Tammy llegó una tarde de improviso a mi casa.

—¡Te tengo una sorpresa que te va a encantar! Déjame mostrarte. —  
Abrió su correo en el celular y me mostró un mensaje que había recibido de una página de *tours*. Decía algo como “reservado”, “París”, “dos personas”, “5 de marzo”, “estación de autobuses de Barcelona”.

—¿Eso es lo que creo que es?!

—¡Feliz navidad, guapa!

—Pero, Tammy, si eso fue hace un mes...

—Nunca es tarde para Santa Claus, querida.

—¡Tammy! No sé qué decir...

—¡Di que sí!

Nos había comprado tiquetes a París. Me dijo que se había emocionado mucho el otro día y que una noche le dieron ganas de ir a París y compró los tiquetes sin pensarlo dos veces. Solo tendríamos que buscar hospedaje y solucionar el tema de la comida. Me vendió el cuento. El viaje sería en la época más linda, de mejor clima y más florecida del año. Me dijo que a pesar de que París era una de las ciudades más costosas, no nos teníamos que gastar una fortuna para estar unos pocos días allí y cumplir con mis objetivos soñados. Pronto me puse manos a la obra.

Como yo era la invitada especial, Tammy dijo que mi misión era planear las actividades y el itinerario de cada día de nuestra primavera parisina. Todo lo que quería conocer estaba basado en las imágenes de mis películas favoritas y en las clases de Historia del Arte que había visto en el colegio. Dedicué varias horas a la lectura de guías turísticas, páginas de internet y blogs de viajeros para prepararme lo mejor posible. Como todo lo que

quería conocer estaba equidistante, las listas y dibujos de mapitas que hice de las rutas de metro que debíamos tomar y las distancias que debíamos recorrer a pie para llegar a los diferentes destinos fueron muy fáciles de coordinar. Todo estaba casi listo.

Ahora faltaba el detalle más importante, la supervivencia. Fue afortunado el hecho de que el invierno ya hubiera cesado. No teníamos que cargar mucha cantidad de ropa y abrigos para nuestra estadía de cuatro días. El problema real era la alimentación. Como la cuna de la gastronomía mundial, los restaurantes o cafés en París tenían fama de ser costosísimos. No nos podíamos dar ese lujo, ni siquiera por una noche. Pero como el fin último no era probar las delicias francesas, armamos un menú de supervivencia económico, portable y fácil de preparar para no morir de hambre. Lo importante era soportar las caminatas y asegurar que el corre corre por París no se ralentizara. Un día antes del viaje, fuimos juntas a la plaza de mercado y compramos los ingredientes para nuestro menú: cuatro paquetes de pan tajado y la cantidad suficiente de carnes frías, queso, mantequilla, mermeladas y Nutella para hacer sándwiches de varios tipos; naranjas, manzanas, uvas y bananos; seis litros de jugo en caja Tetrapak, dos botellas grandes de gaseosa y seis litros de agua, y chucherías como torta dulce, paquetes de maní y paquetes grandes de papas fritas.

Llegó el día y todo el equipaje lo acomodamos en dos maletas, una pequeña para nuestra ropa y otra más grande llena de comida. La esperanza era que al volver estaríamos más ligeras de peso, pero llenas de la magia amarilla de *la Ville lumière*. Pero el viaje comenzó con el pie izquierdo. Debíamos estar en la estación de autobuses a las tres de la tarde y por eso decidimos llegar con media hora de anticipación para evitar contratiempos. Eran las dos y media, el lugar estaba un poco desierto, pero nos sentamos en una cafetería a esperar. Marcaron las tres y nada de la gente. Tampoco había bus y era extraño porque los buses europeos suelen ser muy puntuales. Esperamos un poco más y nos dieron las cuatro y media de la tarde. Tamara hizo un par de llamadas que nadie atendió. Se fue furiosa sin decirme nada y volvió a las cinco y media con noticias. Me encontró nerviosa con mis ilusiones casi destruidas.

—¡Hijos de su madre! El conductor se enfermó y para conseguir reemplazo fue un lío... ¡Pero quita esa cara, hostias! Te prometo que en media hora nos vamos. Y nos fuimos. Eran las seis de la tarde cuando salimos hacia París.

El trayecto fue largo y tedioso. No pude dormir por la ansiedad. Solo hasta el amanecer, por los arrullos de los colores del cielo, pude conciliar el sueño. Media hora después me despertó Tammy porque habíamos hecho una parada para desayunar: el peor croissant francés recalentado con un café amargo y quemado. El menú que llevábamos en la maleta estaba mucho mejor. Seguimos nuestro camino y en quince minutos entramos a lo que parecía ser la ciudad. Me emocioné y comencé a imaginarme la puntita de la Torre Eiffel saludándome, esa que Maupassant odiaba por ser una monstruosidad que se avistaba desde todos los rincones de la ciudad. Me olvidé de que tenía sueño. La ansiedad volvió. De un momento a otro sentí un frenazo en seco del bus. Era un trancón. El trancón de una de las ciudades más congestionadas del mundo. El trancón de tu vida. ¿Dónde está la torre? Y, ¿el Arco del Triunfo? Y, ¿el Sena? Ni torre, ni arco, ni Sena. Carros, camiones, motos y más carros apestando a prisa de cotidianidad mañanera y manejando como animales.

Llegamos a nuestro destino final tres horas después. Nada de torre, Sena, Arco, Louvre, o las calles de ensueño. Si no hubiera sido porque todos los avisos publicitarios estaban en francés, las placas de los autos que tenían las iniciales FR y el aviso gigantesco Bienvenue à Paris al inicio del trancón, no hubiera creído estar en París. Me sentí desilusionada. Yo quería que la torre me diera la bienvenida, no ese trancón. Después de registrarnos en el hotel, nos dimos un baño, empacamos unos sándwiches para el almuerzo y salimos como locas a buscar el metro. El objetivo era buscar la torre. No podía pensar en otra cosa: ¡torre, torre! y solo ¡torre!

En el metro fue una novedad para mí comprar los tiquetes en una máquina automática. Pagamos € 11 por una tarjeta que utilizamos ambas para viajar durante todo el día. Entramos al subterráneo de París y nos dio la impresión de que todo el mundo parecía estar en un desfile callejero. Todos los parisinos eran hermosos. Nosotras parecíamos unas vagabundas al lado de gente vistiendo las últimas colecciones de Gucci, Versace o Armani.

Todos tenían cabellos y pieles perfectas, sombreros extravagantes y zapatos que costaban más de lo que ganábamos en un año. Al bajarnos en nuestra estación de destino, vi a un hombre vendiendo boinas de estilo parisino. Mi cliché y yo teníamos que comprarla.

Salimos de la estación subiendo unas escaleras. Esperaba encontrarme a la torre saludándome. Nada de torre. En lugar de ella me encontré con las barandas del río de luz. Me perdí por un segundo en mis pensamientos felices, por ver al fin los barcos dando paseos sobre el agua. Di unos salticos hacia adelante y al otro lado del Pont Neuf vi los edificios que tanto imaginé y esperé ver desde que entré a la ciudad. Volteé la cabeza al escuchar la voz de Tamara llamándome desde atrás. La encontré sonriendo con los brazos en dirección al cielo, su cabello bailando con la suave brisa y gritando: “¡Tarán!”. Mis ojos se pusieron como dos canicas. Era ella, la gigante de acero, casi encima de mí y más grande de lo que la imaginé. La imagen fue perfecta. La primavera floreciendo de color rosado a un costado. La torre más linda del mundo. El cielo azul profundo contrastando a la izquierda.

Corrimos hacia el Champ de Mars. Yo gritaba de la emoción. No podía creer que estaba ahí, admirándola, alabándola, tomándole millones de fotos y respirando el mismo aire que le pegaba en todos los costados. Nos sentamos en el jardín para recobrar fuerzas para subir los 1665 escalones y llegar a lo más alto de París. Sacamos nuestra primera ración de sándwiches de viaje, los mismos que luego nos acompañaron en los paseos por los Champs Elysses, por los jardines de Versailles, por los callejones de Montmartre y por la plaza de Notre Dame. Nuestro viaje apenas comenzaba y yo ya estaba más que satisfecha. Deseé poder parar el tiempo y quedarme allí sentada toda la vida. Me sentí como Remy de Ratatouille, minúscula y sin aire ante esa maravilla.

## El Pesebre

Helena empacó su poco equipaje y avisó que iba a pasar el fin de semana en la finca de su amiga. En la estación de buses compró un tiquete hacia Doradal para las siete de la noche. Hacia las seis y treinta de la tarde ya estaba acomodada en su puesto esperando la partida, mientras el auxiliar de cabina daba las indicaciones previas al viaje. Era la tercera vez que Helena iba sola a visitar a su hijo. Esta vez tampoco había encontrado una compañía de viaje confiable que, sin juzgarla o señalarla, amenizara la travesía y la hiciera olvidar un poco para dónde iba. Un año se había cumplido ya desde que a Marcos lo habían capturado escandalosamente una mañana en su casa. Helena había tenido que huir de allí forzosamente por las miradas acusadoras y los murmullos incómodos que escuchaba en los pasillos cada vez que la veían pasar. Ese lugar solo había sido escenario de felicidades, pero se convirtió de manera súbita en el que le quitó su tranquilidad.

Para una madre hay un punto donde el crimen ya no importa. Cada martes atravesaba la ciudad para visitar a su hijo en el Búnker de la Fiscalía, mientras esperaba la sentencia que lo ubicaría en su nuevo domicilio permanente. Las semanas nunca fueron iguales después de los rituales obligatorios y dolorosos de los martes. Muchas habían sido las visitas al Búnker, pero solo en tres había sido capaz, moral y económicamente, de apartar una cita para ir a la cárcel El Pesebre. Para lograrlo, debía someterse a varias cosas: aguantarse un viaje de seis horas, una peregrinación compartida de otras mujeres fieles a sus hijos, hermanos, parejas o padres; pernoctar lo que pudiera en un hotel de carretera de mala muerte; levantarse a las seis de la mañana para buscar un lugar medio confiable en donde dejar sus pocas

pertenencias; tomarse su café reglamentario y comer algo ligero; buscar un mototaxi que la llevara a su destino; hacer la fila mientras esperaba su turno; pasar los controles y las requisas de rigor; y así, al fin, ver a su hijo. Padecer un viaje es una cuestión de edad y para Helena y sus sesenta años un viaje así no era nada fácil.

Helena era una mujer de clase media alta sin derecho a aspirar a una pensión. Toda su vida, en lugar de trabajar formalmente para una empresa que pagara sus aportes a seguridad social, se había dedicado a trabajar de manera independiente: hacía manualidades para las familias más pudientes de la ciudad como diseño de arreglos navideños, bordado de fundas y tejido de sacos en lana; a alquilar habitaciones con derecho a comida y lavado de ropa para jóvenes universitarios, y a recibir ayudas económicas de sus hijos de vez en cuando. Vivía bien, vestía con las prendas de última moda que le enviaba su compadre desde Estados Unidos, y, definitivamente, sus amistades y círculos más cercanos eran sus vecinos y clientes, personas elegantes y de buena familia. Su único pecado, su única vergüenza en la vida, era tener un hijo preso.

Cuando de visitas a la cárcel se trata, no importa la edad, la procedencia, el estatus social o la apariencia. Solo importa si llevas un vestido holgado sin marcas visibles, ropa interior clara y unas sandalias de plástico transparente. Nada de lujos, regalos, maletines o cartas. Nada de nada... Solo se puede portar la ilusión evidente de ver a un ser humano por cuatro horas en un gran salón y una bolsita transparente colgada al pecho que guarda el documento de identidad y una foto fondo azul laminada de ocho por cinco centímetros. Allí estaba entonces, ansiosa, expectante, a media luz, con el aroma de aire acondicionado encerrado y el sonido del motor acompañándola, mientras recitaba sus plegarias, aferrándose fuertemente a su amuleto de triple propósito: para la protección, para la tranquilidad y para la fortuna.

Marcos había comenzado a prepararse para su visita dominical hacía un mes. Uno de los preparativos más importantes era definir el menú: en la panadería encargó dos almojábanas; en el expendio, un paquete pequeño de galletas de soda, dos bolsitas de maní, dos jugos en caja, dos avenas en bolsa y dos bolsas de café instantáneo, y en el asadero, un pollo con arroz, papas fritas y arepa.

Como él no tenía la fortuna de recibir visitas cada domingo, pagar los \$85.450 pesos que arrojó la cuenta no era en vano. Solo tenía que ahorrar y sacrificar día a día una gran parte de su manutención mensual. Para él era claro que “a las visitas había que atenderlas” y, por eso, tenerle a su madre este amplio banquete era una muestra del cariño y preocupación que sentía por ella.

Tener paciencia es la consigna de todas las personas privadas de la libertad, pero para Marcos, cultivarla no había sido fácil en ese último año. Ya de por sí, los días eran largos por esperar que llegara el día para cumplir su sentencia; pero los días previos a esas visitas dominicales, hacían del tedio y de la duración un asunto inaguantable. Se tenía que entretener con la logística de la visita mientras imaginaba a su madre de rostro cansado entrando al gran salón. Atenderla con su humilde banquete programado era lo único que le alteraba su cotidianidad solitaria, ansiosa y nostálgica. Con tan solo pensar en aquello, su olvidada sonrisa se dejaba asomar.

La noche de Helena había sido terrible. El viaje demoró más de lo esperado, el hotel fue peor de lo que imaginaba y una alborotada sensación de vacío la tenía enloquecida. Definitivamente la vida le complicaba a cada paso su peregrinaje hacia El Pesebre y si algo era seguro, era que cada viaje siguiente sería peor que el anterior. Muy temprano, con el anhelo a tope y el calor en su punto, Helena ya había pasado el segundo control para proceder a la requisita y el saludo de los perros antinarcóticos. Comenzó a parpadear rápidamente, no se sentía muy bien. Trató de agarrar fuerzas mediante dolorosas y profundas aspiraciones para no perder la compostura. Entretuvo la mente con las historias que las otras mujeres a su alrededor contaban de sus familiares o amigos cautivos. El calor la agobiaba cada vez más, Helena se iba sintiendo incapaz de aguantar la larga espera de la entrada.

Parpadeó otra vez. Se vio al fin en el gran salón donde su hijo la esperaba sentado en una esquina, con un maletín transparente que contenía el banquete programado. Se abrazaron, lloraron un poco y disfrutaron de la charla y compañía hasta la una de la tarde, hora final de la visita y momento donde tuvo que salir nuevamente hacia el calor infernal. Parpadeó una vez más y de repente despertó asustada, con exceso de luz en sus ojos, bañada en sudor y tirada en el suelo de la entrada de El Pesebre. A su lado una desconocida sonriéndole.

Eran las tres de la tarde y el calor del día había sido más insoportable que nunca. Se había desplomado después de pasar el tercer control y como no estaba consciente para pasar al cuarto, los guardias decidieron dejarla allí, tirada. Solo una desconocida había decidido quedarse a cuidarla después de que cancelaran las visitas dominicales gracias a la revuelta que Marcos había comenzado por lo que le había pasado a su mamá. Puño por aquí, bolillo por acá y por allá. Todos salieron castigados y ya no se sabía hasta cuándo.

Tras un largo suspiro y un pequeño llanto que inevitablemente asomó en su rostro, Helena recobró las fuerzas que pudo para salir de El Pesebre a buscar cualquier bus que la llevara nuevamente a Medellín. Con las esperanzas y anhelos destruidos, Helena aseguró su máxima de que cada viaje siguiente sería peor que el anterior.



## **Historias casualmente afortunadas de entes desventurados**

# Notas en el diario de Violet

## Infancia

Buenas noches, me llamo Violet. Sí, así no más, dos silabas, solo dos componen mi nombre: “Vio” y “Let”. No, no me tragué una a, ni estoy molestando; suena como esperarías en español. Aunque muchas personas intentan americanizarlo y me llaman de esa forma estrambótica: “Baio” seguido de “Led”. Vale, está bien, lo entiendo, durante toda mi niñez yo también pensé que mi nombre era Vio-le-ta, tiene más sentido, ¿no?

Con eso claro creo que puedo contarte más cosas, guapo, como la vez que encontré el diario de mamá. Yo era pequeña, tendría unos siete años; mas no estoy segura. Me la pasaba jugando en el patio con mis amigas Raquel y Sofía, ambas eran mayores que yo por un año, pero no importaba; la edad para nosotras aún no era algo relevante. ¿Qué era importante? Pues ver quién tenía la mejor muñeca; siempre la mía, por supuesto. Aunque debo admitir que la de Raquel me parecía mejor; nunca se lo dije. A veces salíamos a correr por la grama, sin embargo, cuando lo hacíamos, mamá me miraba con rabia desde la ventana del tercer piso de nuestra casa, trataba de ocultarse tras las cortinas, y aun así yo lo seguía notando. Para mi desgracia, jamás le caí bien.

Un día, me escabullí en el cuarto de mis padres sin permiso, pues quería buscar una muñeca que mi mamá me había escondido. Ella odiaba que jugara con muñecas o con lo que fuera realmente, quería que estuviera todo el día leyendo y continuara con mis clases privadas de escritura. A mí me gustaban,

guapo, lo juro, a pesar de eso jugar también era algo que quería. Total, que al ingresar empecé a dar vueltas por toda su habitación, hasta que vi en su tocador una libreta de manufactura preciosa, con detallitos metálicos y un cierre que contenía una joya incrustada. Tenía un candado con una clave de tres dígitos, decidí abrirlo, primero probé el clásico 1-2-3, mas no funcionó. Estuve probando varias combinaciones hasta que recordé que mi madre adoraba el número ocho, entonces probé con 8-8-8, pero tampoco resultó; me empezaba a cansar. Pese a ello me llegó una memoria de mi madre ordenando cosas en quintos y tercios, siempre se la pasaba dando la lata con que 5 más 3 era igual a 8, entonces todo lo que no podía ubicar en grupos de 8, lo hacía en grupos de 5 o de 3, y ahí, durante mi último intento, 5-3-8, ¡bingo!, la cerradura cedió. Me llené de alegría y empecé a darle una ojeada a la libreta de mi madre. Me di cuenta rápido que ese era su diario porque en él contaba que estaba enamorada de mi padre, que le parecía un hombre muy interesante y poderoso, que él le había ayudado mucho y ella siempre le estaría en deuda. Hablaba de cómo le molestaban algunas personas de su trabajo y algunos compañeros del trabajo de mi padre. Y así se desahogaba página tras página contando un poco de todo. Sé que no debí leer toda esa información y que “quien busca, encuentra”, y yo no iba a ser la excepción. Maravillada con el chisme que había encontrado, llegué a una página que se titulaba “Estoy harta de esa maldita”. Comencé a leer y a ponerme triste a medida que avanzaba, al punto que cerré el diario, lo dejé en su lugar y me fui a mi cuarto a llorar. Mi madre se enteró un par de horas después de mi tristeza; no obstante, preferí no confesarle nada de lo ocurrido mientras leía su diario.

Cuando llegó la noche, no pude dormir, seguía en mi cuarto llorando, preguntándome ¿por qué?, ¿era, en serio, mi culpa haber provocado tanta desgracia?, ¿estaba bien que mi madre me odiara?, ¿podría si quiera seguirla llamando madre? Por mi mente seguían pasando las líneas del texto, como un recuerdo difuso, que dolía de forma precisa:

*- Yo no quiero pasar por un embarazo, sé que el proceso está muy controlado medicamente y podemos ajustar el embrión para que nazca casi a medida, pero me perturba el hecho de tener que parir, maldito sea el día que a Jhon se le antojó tener un hijo.*

- *Jhon pronto se jubilará de su trabajo y la única opción para mantenernos en la posición que tenemos es dejar un heredero varón que pueda tomar el cargo de Jhon, después de todo, por la división igualitaria que ha tomado la asamblea, no aceptarán a una mujer, y ¡la maldita esta! todavía me toca parirla y viene y nace mujer, que desastre.*
- *Es mi culpa por ser tan ilusa, debí persuadir a Jhon para aceptar los procesos quirúrgicos y genéticos que nos permitían ajustar el género del bebé, hubiera tenido que pasar por más procedimientos, pero no habría perdido siete meses gestando tremenda desgracia.*
- *Me consuela saber que los médicos aceptaron retirarla de mi a los siete meses y el resto se realiza por incubación, no soportaba un día más con ese monstruo inservible dentro de mí.*
- *Es una buena para nada, estoy segura de que si la metemos a las probatorias de la ciudad será clasificada en los niveles más bajos. No puedo permitir pasar esa deshonra, no después de lo que Jhon ha construido. Prefiero morir o verla muerta a ella antes que manchar nuestro nombre.*

Como esas había múltiples líneas en las ocho páginas que mi madre dejó para desahogarse, lo único que le faltaba era deshacerse de mí. Y créeme, guapo, no es fácil para una niña a esa edad tener que procesar que su madre la odie sin razón, o al menos teniendo que aceptar lo que para mi mamá era una razón. Con el tiempo empezaron las discusiones entre ella y mi padre, alguna vez le escuché decirle: “¿Por qué, Jhon?, ¿por qué no dejaste que el médico hiciera el ajuste genotípico de género?, tendrías una sucesora y yo tendría un lindo niño, no esa débil y estúpida chiquilla”. Mi padre procuraba calmarla y le pedía que bajara la voz, ya que me podría despertar, vaya ilusión la de mi papi. Desde muy pequeña lo supe todo, y como no podía dormir porque conocía su desprecio, me limitaba a imaginarme historias y a escucharlos discutir una que otra noche hasta quedarme dormida, ya fuera por el cansancio de lagrimar toda la noche o por la falta de creatividad de mi madre para insultarme. De cualquier manera, ¿qué se le va a hacer?, como mínimo me queda el amor de mi papi, él sí es guapo, el señor Jhon Vidal, un magnate del valle de las flores, ostenta un cargo de poder que, dice, es a voto popular, pero ambos sabemos que ha llegado allí a través de otras artimañas. A veces me duele no poder haber hecho más por él, porque

sé que me ama, y hasta donde ha podido, ha procurado que no me falte lo mínimo. Luego recuerdo que lastimosamente él tampoco pudo hacer más por mí, mi madre era su todo y yo, bueno, yo solo era un fallo médico.

## Juventud

A menudo me visitan recuerdos tristes, uno tras otro, como las deprimentes memorias de mi madre. Llego a un punto donde tengo que buscar a la fuerza pensamientos positivos o bellos, porque debo parar, guapo, para no torturarme más y para tratar de ser más hija, mejor hija, así como el resto. Es entonces cuando le agradezco una cosa a mi madre: su énfasis en lo escrito. Ella me marcó con la idea de los diarios y la lectura, al punto que siempre me ha interesado la gente que escribe; me encanta conocer sus historias y adentrarme en sus diarios; tanto que tengo uno propio. De cualquier manera, volviendo a lo que te iba a contar, guapo, esta es una de las historias de mi diario; la titulé “Re-achazo”, un título muy ingenioso, consta de un juego de palabras entre rechazo y hachazo, pues así se sintió. Era la víspera de mi siguiente cumpleaños, 3 de agosto, a un día de cumplir ocho años y entrar a la academia para iniciar mis procesos educativos. Que yo sepa, siempre me gustó leer, fue una manía que heredé de mi padre, y que mastericé por las constantes tutorías a las que mi madre me obligaba a asistir; lecto-escritura en su máxima expresión. Al menos le tomé cariño. Y ahí estaba, emocionada por ingresar a la escuela. Asumí que aprendería aún más y eso me llenaba de alegría. Nada más lejos de la realidad. Aquel día, mi padre estaba por fuera en una asamblea y eso le daba todo el control a mi madre, algo que ella no dudaría en utilizar. En casa debíamos estar solo mi madre y yo y algunos mayordomos, así que me vestí como de costumbre con un listón morado que iba a juego con mi piel morena; iba a ir donde Pedro, mi guardián en casa, para preguntarle si había alguna sorpresa para el siguiente día y sobre el proceso de ingresar a estudiar, sin embargo, cuando salí de mi cuarto, Pedro no estaba. Él siempre me esperaba en la sala para ayudarme con mis cosas y darme el desayuno después del baño matutino, y ese día, su ausencia se grabó en mi memoria, pues necesité de él más que nunca. En cambio, me encontré con una señora algo mayor que se iden-

tificó como Helena, y me entregó una carta, firmada por mi guapo padre. El contenido era muy bello, mi padre me decía cosas lindas, me felicitaba y decía que me amaba mucho, no obstante, aunque el mensaje estuviera bien, se podía notar la melancolía en sus escritos, cierta nostalgia como llamando a una despedida que en su momento no entendía.

Y así fue, dos horas más tarde, un vehículo me recogió en nuestra casa finca a las afueras de la ciudad y me llevó junto con mi madre a la zona limítrofe del valle. Salimos del carro, mi madre me miró fijamente y dijo: “No eres suficiente, nunca lo serás, esto es lo correcto para ti, para tu padre y para mí. Con el tiempo lo entenderás”. Vaya que ha pasado tiempo, pero te prometo, guapo, que lo he aceptado y aún no lo entiendo. Más adelante, dos tipos grandes me tomaron y me inyectaron algo. Mientras todo ocurría, alguien a lo lejos me miraba como con pesar, y no, no hablo de mi madre, era alguien más, alto, tatuado, con una gabardina y una imagen que proyectaba cierta complejidad. No pensé que ese alguien terminaría a mi lado, aunque sí pude sentir que se apiadaba de mí.

Desperté en una casa en mal estado, me recibió un hombre que se presentó como el Lobo, me dijo que era la más pequeña de su camada, y que lo primero que debía aprender era a cortar. Estuvo al menos ocho meses enseñándome a usar todo tipo de navajas, tijeras, cuchillos y demás armas blancas pequeñas. Me llevaba a campos de tiros para practicar cómo lanzarlos, me explicaba cómo hacer cortes en cerdos, y yo me la pasaba dibujando en su piel con las navajas. Al principio era una experiencia tosca, pero con el tiempo me acostumbré, esa era la vida en las afueras, esa era mi vida ahora.

No hubo colegio, ni academia. Mis enseñanzas fueron en los robos con mis nuevos amigos, en los golpes, en las tareas que nos ponían: matar a tal persona, envenenar a la otra, engañar allí, mentir allá. El Lobo y su camada se aprovechaban de que algunas personas se fiaban de mí por mi edad, fue con esas bases que me crie. Aprendí el arte del saqueo y el manejo de venenos y pócimas. Llegó un punto donde la vida dejó de tener valor y comprendí que matar era solo un juego para nosotros, una ruta. Comencé a tener un interés por el poder, las joyas y las riquezas. No era solo mi impresión, era la realidad de la zona en la que vivía, la supervivencia del más apto, el más avión, el más dispuesto.

Todavía recuerdo mi “graduación”, era un día oscuro y ya tenía trece años. Fui a un bar a llevar unas golosinas, parte de los recados que nos dejaba la gente en las afueras eran entregas de mercancías peligrosas, que otras bandas buscaban interceptar, pero nadie sospechaba de mi linda carita. Creían que era alguna niña pobre o un culo virgen en venta empezando a generar ingresos; todo lo contrario, a mi corta edad ya era una guerrera apta, cargada con la seducción y las bases macabras del Lobo. Era el momento de probar mis capacidades, por lo que era hora de la primera baja. Mi objetivo era acabar con Elías, El Can, uno de los jefes de la zona que disfrutaba de meterse con menores, por lo que yo era el banquete perfecto. Así me colé en una de sus fiestas, como un regalo de parte de otro jefe de sector. En mi caso, dije que me enviaba Natalia, La Clara. La lógica era simple, enemistar ambas bandas, acabar con sus dominios y permitir que el Lobo y su grupo se adueñaran de ambos sectores apareciendo desde las cenizas. Uno diría que seducir a un hombre de 37 años, siendo una niña de 13, sería difícil pues no, guapo, el pervertido este no dejaba de lamerse los labios cuando me vio ingresar, fue repugnante. Para matarlo tuve que convencerlo de compartir unos tragos conmigo, ya que todo el producto estaba envenenado, y yo había tomado un antídoto que neutralizaba de forma parcial su efecto. En cuestión de dos horas, me besé con él, nos acostamos, nos tocamos un poco, y menos mal antes de que se consumara la situación, llegando a una penetración, el veneno surtió efecto. Se quedó ahí, inmóvil frente a mí, mientras salía sangre de su boca y su nariz, mirando con ira y ganas de golpearme, pero sin fuerzas ya para hacerlo. Recuerdo que estuve petrificada viendo cómo moría por al menos ocho minutos. Pensaba en lo que había hecho, creyendo que me sentiría mal, mas no fue así, en cambio, me sentía poderosa. Para mí, acabar con una escoria como él era lo correcto. Al fin y al cabo, en este lugar, la muerte era algo de todos los días; pensar en buenas o malas acciones ya no tenía importancia. Salí de allí asustada, pero la adrenalina era suficiente para mantenerme cuerda. Cuando regresé con el Lobo, fue como haber renacido; me dieron un traje, con una máscara de lobo, ya había dejado de ser una cría y era bienvenida en la manada, como un activo de valor. Me sentí orgullosa de mí, guapo, aunque mi madre pensaba que yo era una inútil, ya había encontrado mi utilidad; ella era la que estaba equivocada. Me hubiera gustado que lo supiera.

## Apuestas

En las afueras la gente vive del día a día. Salen a trabajar regalando su juventud, reciben su pago en bienes de valor o en comida, algunos sitios aceptan dinero, pero la mayoría se ha revertido a un negocio de trueque. Nada es tan importante como conservar la comida y el agua, la gente hace de todo por eso, hasta vender su cuerpo.

Hay un mercado muy presente en estas tierras: el de las apuestas. Se apuesta de todo: comida para ver quién es más rápido, peleas callejeras donde se apuesta al vencedor, noches de fiesta donde la gente apuesta para ver quién es el que más besa, incluso los viejos apuestan sobre la vida de los jóvenes para ver quién sobrevive más tiempo. Todo en lo que se pueda ingresar un monto y haya con quien competir abrirá una apuesta nueva.

Hace algún tiempo, el Lobo apostó junto con los 14 miembros de su manada a que yo me volvería una más de ellos. Él fue el único que apostó a mi favor, el resto pensó que no duraría más de dos días. Supongo que por eso le caigo tan bien. Ahora que soy mayor, la apuesta se ha cerrado, ha ganado mucho dinero y favores que podrá cobrar luego.

Yo disfruto mucho de ir a la casa de apuestas del Lobo. El sitio es un lugar de entretenimiento de lo más macabro, guapo, pero aquí todos disfrutamos del dolor; si fuera de otra manera, no podríamos soportar esta vida. Entre los placeres que ofrece la casa hay luchas nocturnas, salas de azote, espacios de tortura, salas para el sexo y orgías, y todos los licores, cigarros y demás drogas que te puedas imaginar. Al final del día todo se desenvuelve en dinero y apuestas.

Una de mis sorpresas más gratas fue una chica, que trajeron hace algunos días; se llamaba Luisa, había sido vendida al Lobo por unos cuantos galones de agua y comida para dos meses. Él la había colocado en la sala de azote, para cobrar a los invitados algo de dinero o aportes en comida por golpearla. Por lo general, la gente es expuesta en esta sala durante cinco días y la mayoría muere al tercer o cuarto día; yo aposté a que ella duraría los cinco días, y, de nuevo, fui la única en confiar. La chica no me decepcionó, guapo, ahora es parte de mi grupo, y es leal a mí.

## Dinastía

He alcanzado los 24 años. Aún vivo en las afueras de la Villa de las Flores. Si los de adentro leyeran esto, creerían que es una cita sin valor, pero vivir más de dieciocho años en este cementerio es toda una proeza.

El hombre que me sacó de la ciudad ahora es más cercano a mí. Se llama Bruno. Es muy guapo, aunque soy muy pequeña para él y creo que es de esos viudos que nunca se meterían con nadie más. Es una lástima, porque siempre le he llevado ciertas ganas, no sé muy bien el porqué, quizá es porque me siento cuidada y eso me excita, su poder me prende. Se nota que es un hombre decidido y muy capaz.

Pero hoy no vengo a hablarte de Bruno, guapo, hoy tengo otros problemas. Durante mi adolescencia estuve con varios hombres, a algunos los alcancé a llamar novios y a otros no, incluso me besé con algunas de mis amigas; lo disfruté. Sin embargo, no considero que posea habilidades para combatir en las arenas del amor, yo siento un interés genuino y carnal por todas las personas con las que me meto, mas nunca he manifestado mariposas en el estómago o pensamientos a futuro con nadie que haya conocido.

Sin embargo, hoy es diferente, conocí a Gustavo hace algunos meses mientras vendía fentanilo en los bares. Su acercamiento no fue tosco ni pervertido como el de todos los hombres, quizá él pueda ser diferente, tal vez no todos son unos patanes que piensan con su miembro colgante. Todavía es pronto para hacer conclusiones, he notado que él se fija en mí, porque suele frecuentar mis zonas de venta, y aun cuando en las fiestas es normal que las personas se besen entre ellas, él mantiene la distancia conmigo, como reservando el tiempo para un beso más especial. Es eso o de pronto soy una estúpida y estoy ideando cosas sin sentido.

Lo importante de todo esto es que he tenido una conversación agradable con Gustavo en cada encuentro. La última vez que nos vimos, me pidió que fuéramos a comer algo, el plan era encontrarnos más tarde en la zona neutral de Ganalona. Allí no suele haber muchos problemas, pues el jefe tiene mucho poder y ahuyenta a las mafias más pequeñas. La gente aquí afuera aprovecha esa zona para tener un comercio más limpio, evitando peligros innecesarios. Se mantiene una paz por miedo, pero una paz en todo caso.

Gustavo me citó a las 7:30 p. m. para encontrarnos a comer algo en el restaurante de Chaukas. Creo que comería mejor si estuviera en casa, en todo caso, no puedo comparar mi dieta con la del restaurante, después de todo, la mía está patrocinada por mi papi desde el Valle. La mayoría de gente de aquí no come todos los días y esta sería la primera vez que alguien planea invitarme a algo que no sea licor. Estoy impaciente y feliz. Pronto serán las ocho así que pensé que me habían plantado, pero veo a Gustavo venir en la esquina y me alegro realmente. Él vino, nos sentamos y todo marchó espectacular. Hubo una buena cena, una charla adecuada, un par de besos y no lo voy a negar, tampoco soy la chica más cerrada en ese apartado, pero estos besos fueron diferentes, eran divertidos porque sí, más nerviosos, más atractivos. Quiero más de esos besos, guapo.

Al día siguiente me la pasé pensando en las cosas que me gusta hacer, en mis aficiones, mis pasatiempos. Nada de robar, matar o estar vendiendo drogas. Me gusta dibujar, me gusta el arte, mi color favorito es el morado, tantas cosas de mí que daba por hechas y que, en la cena de ayer, sentí que a alguien además de mí le importaban, es increíble. Suena muy cursi y sencillo, pero nunca experimenté algo como esto en mi vida. Podría seguir sintiendo, guapo, quiero hacerlo.

Así nos seguimos encontrando una vez cada dos semanas, cenas, caminatas, charlas en las plazas, incluso me llegó a acompañar a trabajar en los bares. En mi mundo estas cosas no pasan realmente, es un sueño, un sueño hecho realidad, nadie me besa como Gustavo, nadie me acaricia como él, quisiera estar siempre con él. Hoy nos veremos de nuevo. Él me dijo que tenía una propuesta interesante, quiere que salgamos cerca de su casa. Quizá quiera que seamos novios de una vez o quiera probar un poco más de mí, no me molesta, guapo, yo también estoy deseosa de probarlo todo.

Decidí sorprenderlo en su apartamento en la torre Baluarte, un complejo de casas económicas que queda en una zona no muy segura. Pasé sin revisión por la portería ya que había una y estaba desolada, entonces subí al 503. Cuando llegué, encontré la puerta entreabierta, toqué un par de veces, pero nadie respondió, así que decidí pasar de todas maneras. Vi la sombra de una mujer de pelo azul que llevaba una diadema, y la cabeza de Gustavo de espaldas a mí recostado en el mueble. Yo... no podía creerlo. ¿Quién era ella?, ¿por qué no atendieron a la puerta?, ¿por qué Gustavo no respondía a mis mensajes en el celular?, ¿será que me estaba engañando? Pensé de todo, hasta que vi que la mujer en la cocina estaba guardando cosas en una bolsa. Seguía de espaldas a ella desde la sala, así que me acerqué silenciosamente a Gustavo. Cuando lo vi... me contuve para no gritar ya que había sido acuchillado y seguía con el arma en su pecho. Tenía una manilla en la mano junto con una rosa, que supuse era para mí. Me acerqué para verificar su pulso y no sentí nada. Entonces, me llené de ira, tomé el cuchillo de su pecho y fui a la sala. Sorprendí a la ladrona sacando comida de la alacena para llevarla en su bolso, la retuve amenazándola con el cuchillo al cuello, le quité los cascos y le pregunté quién era; no me dijo su nombre, me dijo que no quería problemas, solo venía por comida, podíamos compartir el botín si yo lo quería y que no la matara, por favor. No podía creerlo, ¿¡compartir!?, ¿¡compartir qué!?, ¿en serio me pidió compartir? Pegué un grito de rabia mientras repasaba su cuello con el afilado cuchillo. Su cuerpo cayó al suelo de inmediato y aun que hizo unos intentos por arrastrarse, no duró mucho.

Soy una ilusa, lo sé, pareciera olvidar dónde estoy, guapo. Aquel día le pedí al Lobo limpiar la escena, no quería tener problemas más adelante. Cuando le conté todo, él accedió a hacerlo sin muchos problemas. La chica que estaba en el apartamento de Gustavo no fue quien lo mató. Al parecer él tuvo un conflicto con alguien del complejo de apartamentos y esta persona fue la asesina; la mujer era solo una ladrona que se aprovechó del apartamento abierto. No lamento su muerte, tampoco me quedé con las ganas de venganza, después de todo, días más tarde, el Lobo me trajo el cuerpo de la persona que hallamos como culpable. Decidí torturarlo lentamente y aquel día hubo cuatro muertes: Gustavo, la ladrona, el asesino y lo que quedaba de bondad en mí.

# Historias sueltas de un hombre con o sin suerte

## Fausto, el asesino de memorias

Volvió a pasar. Son como las 6:00 a. m. y el celular no ha parado de parlotear. Suena y suena ese “bip bip” que les trae condena perpetua a mis ganas de dormir, para arriba una vez más. Estoy en la cama, abro un ojo, luego el otro. Planto el pie derecho en el suelo de mi habitación, luego el otro. Me desabrigo un brazo de la cobija y luego el edredón del otro. Me pongo de pie levantando mi cuerpo, luego mi rostro, suena raro quizá; es la pereza del día nuevo. Entonces tomo mi billetera y empiezo a espiar sobre mis propias pertenencias, como si no supiera quién soy, tomo una identificación que pone sobre el nombre: “Fausto Torremolinos”. En la parte posterior pone algo sobre la expedición: “Bello, Antioquia”. Y si lo giro otro poco, de vuelta a la cara anterior, hay un número: “85.113.327”. ¿Quién será este chalado? Me digo a mí mismo de nuevo, como si no me conociera. Supongo que es triste tener esos rebotes de senilidad estando apenas cerca a los cuarenta años.

Hoy será un mejor día. Salgo de mi pieza y comienzo a arreglar la casa para preparar un baño caliente en la ducha. Estaba pensando en una tina, pero no tengo ninguna, soy un desastre. Tomo la traperera para limpiar los charcos que ayer no alcancé a dejar listos por el sueño. Saco las bolsas de basura que se acumulan y las llevo a la esquina a dos cuadras de mi casa, donde hay un basurero común preparado para el camión de la basura. Mientras lo hago, noto que hay un cercamiento y algunos policías al otro lado

de la calle, pero no les presto mucha atención. Decido pues, volver a casa y seguir con mi limpieza, y mi vecina, la señora Pérez, está ahí en su balcón mirándome algo preocupada. Se aprovecha de la indignante cantidad de tiempo que me toma la tarea de buscar mis llaves para abordarme.

—Buen día, don Gustavo, ¿cómo le va? —me dijo con notorias ganas de iniciar una conversación.

—Muy bien, señora Teresa, ¿y eso que está despierta tan temprano?

—La muy cínica es super chismosa y estaría despierta todo el día si eso le permitiera seguir chismoseando, pero siempre que me la encuentro se hace la sorprendida e indignada.

—Si viera... esas sirenas que no dejan dormir, es que parece que encontraron un muerto allá abajo.

—Yo sí vi como unas señales y algo cercado, pero no me fijé qué había pasado, de pronto más tarde en las noticias cuentan qué pasó. —A mí realmente no me importaba qué había pasado y dije eso último solo por cordialidad, aunque rápido me di cuenta de que fue un error.

—Pues yo con ese bullicio sí me he enterado. —Se acomodó en su sitio, como preparándose para iniciar una historia. —Imagínese que el vecino de la esquina, el de la panadería, vio a un hombre ayer saliendo a rastras del basurero y claro, ahí mismo llamó a una ambulancia y fue a llevarle agua. —Para ser algo tan crudo, lo dijo muy tranquila.

—Ush, ¿cómo así? —respondí por inercia sin saber cómo terminar la conversación.

—Eso le voy contando, lo peor es que uno diría que era un indigente o algo así, al parecer cuando lo vieron estaba saliendo de una bolsa de basura. Con quién se tiene que meter uno de por acá para que le hagan esas cosas, ¡qué miedo!

—Sí, por ahí hay gente muy peligrosa. Veci, yo la dejo que debo arreglar unas cosas en la casa, ¡cuídese oyó! —dije finalmente porque no tenía mucho que comentar.

—Sí señor, igual usted.

Normalmente escucho que pasa de todo en las noticias, en los periódicos, por doña Teresa o por algún otro medio. Me excerba un poco pensar que todos podemos morir de la nada y que en esta ciudad nuestros días

pueden estar contados por hablar con la persona equivocada, aun así, trato de no pensar mucho en eso para no estresarme de más y poder continuar con mis labores.

Volví a mi casa y continué con la limpieza. Cambié las sábanas, froté unos parches marrones que quedaron en la pared de la sala, apliqué blanqueador y limpiapiisos para dejar todo ordenado y con un buen aroma.

Cuando terminé, fui a mi pieza para escoger la ropa que me pondría y vi otra vez la billetera, revisé los papeles de nuevo, ya parece una manía. Ponía abajo “Medellín, Antioquia”, y ponía arriba “1.085.723.115”, la coloqué en la mesa y saqué unos shorts y una camisa polo. Perfectos para pasar este fin de semana. Me di un energético baño mientras improvisaba un canto desafiado sobre las melodías de Jhon Coltrane. Volví a la pieza para vestirme, guardé la billetera, las llaves, el celular y pensé en ir a la tienda por algo para tomar con el desayuno. Ya eran cerca de las 9:00 a. m. Cuando llegué frente a la puerta, intenté colocar las llaves en su sitio, pero estas parecían no encajar, y cuando las giraba, definitivamente no funcionaban. Me volví algo estresado a mi cuarto. Cómo es posible que le suceda esto a “Carlos Franco” un joven alcanzando apenas los 30, en la gloria de su juventud. Y ahí me di cuenta. Sobre la repisa de mi pieza había otra billetera, otras llaves, hice el cambio y revisé la nueva billetera: “Torremolinos”; “...113.327”. Ahora sí estoy bien, intercambié las llaves, me dirigí a la puerta y pude abrir con facilidad. Fui a la tienda por una gaseosa Premio y volví a casa para asar una arepa y un chorizo.

Cuando entré, vi a unos policías interrogando a la señora Teresa, de nuevo, como con todo lo que pasa fuera de mi casa, no le presté atención y seguí mi camino. Todavía había que preparar el desayuno, estuve ahí unos minutos, me senté a la mesa y vi en el comedor unos anillos y un celular. Seguro algún amigo despistado los dejó hace unos días, miré el celular rápidamente y aunque no pude desbloquearlo, en la pantalla aparecía la imagen de un joven de unos veintiocho años abrazando a una chica por la espalda mientras le daba un pico, valiente pareja; realmente no se me hicieron conocidos. Así que esa fue la duda de mi desayuno, de quién son estas cosas, no me recuerda a ninguno de mis amigos: Rodolfo, Fausto, Patricia

o Carolina. Ni idea, quizá alguno de ellos vino con alguien más pero no lo recuerdo bien. A mi edad supongo que es normal que a uno se le pase una que otra cosa. Así que seguí comiendo con tranquilidad.

De repente tocaron a la puerta con violencia. Sin abrir, pregunté al otro lado de la puerta para saber quién venía con esa furia a mi morada.

—Buenos días, un momento ya le abro, me puede decir quién es —dije sin querer. Iba a abrir, más por parar el tronar de la puerta que por interés en quien tocaba.

—Sí, señor, le habla el patrullero Martín Jiménez, ¿puede atender unas cuantas preguntas? —Su voz sonaba muy calma.

—Sí, un momento. —Acto seguido abrí la puerta y le di ingreso al señor Jiménez—. Bien pueda, señor Oficial.

—¿Qué tal? ¿Usted es el señor Gustavo Rodríguez? Lo que pasa es que hubo un problema unas cuadras abajo y estamos haciendo un barrido con los vecinos de la zona.

—Ahh ya, pero yo no soy Gustavo, mi nombre es Carlos Franco —respondí algo confundido.

—Perfecto, no hay problema, señor Carlos, ¿puedo pasar y tomar asiento? —me dijo algo sorprendido; sin perder la compostura. Sin embargo, vi de reojo a la señora Teresa que estaba estupefacta afuera en su balconcito.

La conversación continuó muy tranquila. Me preguntaron por un par de personas, un par de nombres, el patrullero dio un par de vueltas en la sala, y salió un momento a tomar un par de llamadas. Yo ya había desayunado y estaba esperando para seguir la conversación. Para mi sorpresa, el patrullero no volvió solo, llegó con al menos seis personas más, me informaron sobre algo de mis derechos y me sacaron de casa esposado, todo porque mi nombre no era Carlos, era Gustavo. Yo sinceramente no lo entendí, si en la mañana había visto en mis pertenencias que ese era mi nombre, yo estaba seguro. Sin embargo, parece ser que la policía estaba más segura de que Carlos era el nombre del hombre que encontraron en las pilas de basura. ¡Vaya coincidencia!, a mi manera de verlo se aprovecharon de un pobre Fausto que era demasiado viejo para dar una coartada precisa.

## Dynak, el maestro mixto

El continente de Hatyl se encuentra dividido en múltiples terrenos naciones, comandados por diez terratenientes elementales: Fuego, Hielo, Viento, Rayo, Luz, Sombra, Agua, Tierra, Vida y Muerte. Cada pueblo consagra sacrificios a los dioses primigenios, los cuales responden a sus plegarias con artefactos dotados de energía, que permiten, a su vez, el control del elemento en dominio del dios en cuestión.

La paz en el continente de Hatyl pende de un hilo gracias a las acciones de mi padre, el líder Rayo, quien ha amenazado a los habitantes de la nación vecina del Fuego, rompiendo así el balance que llevaba veinte años, instaurado por las delicadas treguas entre naciones. Mi padre era un guerrero fuerte e indomable a la vez que terco y obstinado. En realidad, no lamento su muerte; sin embargo, el futuro de nuestra patria depende ahora de mi capacidad de negociación y persuasión para apaciguar al líder Fuego, y así evitar que la alianza entre las naciones Luz y Agua ponga en peligro la soberanía de nuestras tierras.

Mi hermana Leila Ukko es la actual líder Rayo, y aunque no está completamente de acuerdo con mis negociaciones con el líder Fuego, Heliro Surya, está dispuesta a darme algunos meses para sobrellevar la situación.

Hoy estoy visitando las calles de la ciudad del sol, Inraymi, para hablar con Heliro durante la asamblea anual con los representantes políticos de allí. Espero salir con vida y con un aliado. Para entrar en la ciudad tuve que colarme como un espía, porque si supieran que el hijo de Mertor Ukko está presente, la oposición de la paz me colgaría vivo en un santiamén.

Con cuidado de no llamar mucho la atención, llegué a la plaza principal donde se celebraba la asamblea y pude escuchar a Heliro exhibiendo dos ataúdes ante sus compatriotas.

—Gente de Inraymi, me postro ante ustedes con dos obsequios —dijo mientras señalaba a los ataúdes macizos—. Estos sarcófagos de bella manufactura conservan el cadáver del líder corrupto y loco Mertor Ukko, así como el de su esposa Alina Laxas. Mi plan es que reposen en nuestra capital como trofeos de guerra y estandartes de nuestro imperio. Los lugartenientes del condado del Rayo podrán haber enloquecido, pero confío en que su gente aún es consciente de nuestra fuerza y atenderá a estos emblemas como símbolo de nuestra soberanía, ya sea por respeto o por miedo.

La marabunta de personas que llenaban la plaza comenzó a lanzar hurras y elogios a su rey, mientras yo, atónito por tener tan cerca los cadáveres de mis difuntos padres, comenzaba a idear un plan para reclamarlos. En eso, me llené de valor, me quité la capucha del rostro y grité entre la multitud.

—Alban Akka, Heliro, exijo una charla para pactar. —Decidí llamar entre la plaza el Alban Akka, una frase antigua de unión que se usaba en actos ceremoniales y significa: “Unidos en control; todos los elementos forman el universo”. —Antes de que sigas, debo presentarme y pro... —Rápidamente fui interrumpido por uno de los capitanes de Heliro.

—Puedes ahorrarte las presentaciones, no le hacen falta a un hombre que morirá pronto. Cómo te atreves a presentarte en nuestra plaza sagrada después de los daños que ocasionó tu padre. —Era obvio que algunos me reconocerían siendo el hijo de unos de los líderes de la nación, sin embargo, cuando el capitán Crestos hizo la aclaración frente a la población, el ambiente de sorpresa pasó a ira unificada.

—No vengo a pelear, capitán, tengo una propuesta y quiero dar descanso a los caídos, así como es esperado por todas las familias con los cadáveres de los suyos. —De inmediato, Crestos explotó en irá, llenó en vigorosas llamas sus brazos y la gente a mi alrededor hizo espacio de inmediato.

—Ya veo, ahora sí te importan, toma mi respeto —dijo Crestos mientras se abalanzaba a mi lugar preparado para darme un puñetazo.

—Alban Akka, joven Dynak —dijo el líder Heliro mientras Crestos se acercaba—. ¡Detente Crestos! —gritó en un segundo aliento cuando Crestos se encontraba en frente mío.

—Argh —proclamó Crestos enojado cuando zampó su puño llameante en mi tronco.

Tomé aire como pude mientras recibía el puño de Crestos. Yo no venía a luchar, por lo que me limite a concentrar mi energía para absorber el daño de su golpe, mas no hice ningún intento de contraataque o de ofensa contra él. Lastimosamente esto no apaciguó al soldado.

—¡Hijo de puta, pagarás! —exclamó Crestos alzando su otro brazo encendido y apuntando directo a mi rostro.

—¡Dije detente, imbécil! —Tan rápido como el disparo de un cohete, se apareció Heliro, en mitad de los dos, y detuvo el puño de Crestos antes de que me alcanzara—. Aprecio tu valentía al venir hasta aquí. Si es honesto tu llamado, escucharé lo que tienes que decir, como dicta la tradición del Alban Akka.

—Muchas gracias, líder Surya, sé que no puedo deshacer los daños ocurridos. Yo presencié esa batalla y me alegra que usted haya detenido la fuerza bruta de mi padre. Pocas personas podrían hacerle frente de igual a igual, y cuando él tomó la decisión de invadir, la única persona que pudo luchar para detenerlo fue mi madre. Ella lo siguió hasta el campo de batalla, no para apoyar la matanza, sino para tratar de detenerla. —Trataba de disuadir a Heliro con la posición de mi madre, ya que ellos eran amigos desde tiempo atrás—. Usted estuvo ahí encarándolos. Sabe que mi madre murió como resultado del impacto entre líderes, debió notar que no estuvo a la ofensiva. Ella es una víctima al igual que sus compañeros.

—Debo admitir que al principio me incordio la presencia de Alina, y lamenté su muerte como la de mis hermanos, no me había percatado, pero podrías tener razón Dynak —mencionó Heliro, ahora en una posición más relajada.

—Esto es una broma, trata de engañarnos al igual que su padre con la farsa de paz que teníamos, solo merece... —dijo Crestos de forma incrédula, pero fue abruptamente interrumpido por Heliro.

—No recuerdo haber pedido tu opinión Crestos —replicó Heliro mientras llenaba en llamas su brazo, justo como daba un golpe tan contundente que noqueó a Crestos—. La próxima vez espero que aprendas a guardar silencio. —Terminó mirando con enojo al cuerpo inconsciente de su capi-

tán—. Si lo que dices es cierto, cuéntame el propósito de tu visita, yo podré creerte, pero todavía debes apaciguar a mi pueblo si quieres que te deje ir tranquilo —mencionó volviendo su mirada expectante hacia mí.

—Así es, propongo reponer nuestras conversaciones de paz. Yo personalmente traeré materiales y brindaré mano de obra para reconstruir los daños que mi padre causó en sus tierras. Tenía también el objetivo de reclamar sus cadáveres, sin embargo, tras escuchar tu discurso, solicito que al menos se devuelva el ataúd de mi madre, para darle el descanso respectivo. En cuanto a mi padre, entiendo que deba pagar las consecuencias —dije algo cabizbajo, aún respetaba la figura de mi padre, pero estos últimos meses su actitud fue una locura que no pudimos detener—. Además, es importante que retomemos nuestro estado de apoyo como vecinos, otros líderes ya nos observan en desventaja por los daños de la guerra y se rumorea que podrían generarse alianzas externas para atacar las tierras del Fuego y del Rayo. —Ante esta última aseveración el clima de la plaza cambió, eran conscientes de que el peligro de una invasión era inminente.

—Lo que mencionas es elocuente, Alina fue antaño una prócer de nuestra nación, hasta que tu padre la encantó y la hizo migrar con él a la nación del Rayo. No podría imaginarla en una empresa contra sus congéneres, por lo que te permitiré llevarte su ataúd, con una condición. —Hizo una pausa al final de su locución, me miró a los ojos, como quien mira dentro de ti, hacia tu alma—. Deberás volver a la frontera en doce días, con seis capitanes de tu nación, que respondan a tu liderazgo; y en posición de líder de la nación del Rayo, presentar una nueva alianza conmigo.

—Disculpe mi señor, solicito permiso para hablar —mencionó una voz que se me hacía conocida.

—Mmm, permiso concedido, puedes proceder, Ganthur —respondió Heliro mirando a uno de sus capitanes.

—Si eres tan gran aliado, creería que lo mínimo es que lo demuestres. Vienes con demandas a una tierra devastada por tu gente, lo mínimo es que valga la pena darte nuestra confianza, veo que Heliro respeta tus agallas, yo discrepo, que tanto puedes hacer con las manos, ¿¡ehh, primo!?! —Cerró su frase con una mirada desafiante, y ahí me di cuenta, era uno de los sobrinos de mi madre, Ganthur Laxas, quien había escalado a un alto cargo en la nación del Fuego gracias a su dominio elemental.

—Entiendo la propuesta del Capitán Laxas, y asumo que viene desde la desconfianza, pues tu padre se llevó a su tía y mira como la devolvió. Su derecho como familiar es tan legítimo como el tuyo —dijo el líder Fuego con una mirada intermitente entre los dos—. Señores del jurado, declaro en virtud del Alban Akka, que una pelea amistosa debe suceder, y el primero en tocar el suelo con su cuerpo pierde. Será una batalla a un derribo, si Dynak a quien en adelante respetaremos como líder Rayo, puede estar a la altura de uno de nuestros más hábiles capitanes, entonces habrá ganado el derecho a que el Fuego se una a su causa—. De nuevo se alzaban gritos desde la muchedumbre, la gente estaba de acuerdo y ansiosa por ver mis capacidades—. El público se muestra acorde, ¿qué tal ustedes, jóvenes?

—Por mi está bien, será una pelea entre sangre lejana, para unir la sangre Alban Akka —dijo de inmediato Ganthur sin dudarle un segundo.

—No era mi objetivo luchar el día de hoy, pero comprendo lo sugerido, así que lo haré —afirmé yo más tarde.

Entonces, nos llevaron a una arena en Inraymi. Ganthur estaba a la izquierda y yo a la derecha en un círculo de unos sesenta metros de diámetro. Heliro vigilaba todo sobrevolando la arena desde el centro.

Todos los luchadores elementales portamos algún accesorio imbuido por un dios. Se fabrican en rituales de sacrificio, el número de personas presentes que ceden su alma al artefacto lo dotan de fuerza según su cantidad. En el caso de Ganthur, llevaba dos pendientes en su oreja izquierda, veinte almas en cada uno, y un collar rubí que había sido manufacturado con el sacrificio de ciento sesenta creyentes. Yo, en cambio, tenía un anillo que me heredó mi madre, la voluntad Laxas, con ciento ochenta almas, y una manilla plateada producto de setenta fieles que se sacrificaron el día de mi nacimiento. En poder bruto, mi fuerza era mayor, pero sabía que Ganthur superaba mi control por mucho. La mayoría de guerreros dotan su cuerpo con su energía elemental y pelean a base de golpes directos potenciados. Yo, como hijo de la nación del Rayo, tenía un buen control en mis piernas y era rápido; sin embargo, gracias a la joya de mi madre y de sus enseñanzas, podía generar explosiones de corto impacto cuando golpeaba a mis rivales. El estilo de Ganthur era menos directo, su control era tal, que podía conjurar fuego, hasta a diez metros de distancia, una hazaña que pocos pueden contar, ya que conjurar tu elemento a más de un metro

de distancia requiere mucho control y años de entrenamiento, y hacerlo a diez era, sin duda alguna, la historia de un prodigo.

Entonces, comenzó la batalla. Ganthur no se acercó de inmediato, en cambio, generó bolas de fuego en el aire a su alrededor y se acercó lo suficiente para lanzarlas disparadas como proyectiles. Yo lograba esquivarlas al principio gracias a mi velocidad, pero pronto el ataque de Ganthur se convertiría en un bombardeo imparable, parecía que su energía no se agotaría nunca. Con el paso de los minutos empecé a ir más lento y él se adecuó a mi velocidad, recibí el primer golpe de la bola de fuego en mi pierna derecha, era como si el capitán de fuego hubiera previsto mis movimientos, me hubiera leído por completo en tan solo unos minutos de batalla. Con la herida en la pierna comencé a moverme más lento, mi idea era acabar todo en un golpe, y para lograrlo debía entender cómo funcionaba ese aro de fuego de diez metros a la redonda que había alzado Ganthur. Empecé a acercarme a él con una distancia entre once y doce metros, yo no podía conjurar golpes directos a esa distancia, lo que sí podía era generar pequeños relámpagos en forma de látigos desde la punta de mis dedos; su potencia no era tal, pero solo quería medir las defensas de Ganthur. Me di cuenta de que su fuego fácilmente bloqueaba mis ataques dentro de su dominio.

Ya habían pasado veinticinco minutos, ambos estábamos cansados por el furor de la batalla, y ahí Ganthur hizo algo que yo no esperaba. Se propulsó con dos grandes llamas a su espalda y se posicionó a cinco metros de mí, entonces levantó un aro en llamas que cubría al menos dieciséis metros a la redonda conmigo adentro de él. Tuve que reaccionar de inmediato; concentré toda la electricidad que pude en mis pies y di un salto ágil sobre el aro, escapando diagonalmente de la muralla de fuego que se alzaba, quedando a unos diez metros por encima de Ganthur. Cuando estuve en el aire, miré brevemente a Heliro como pidiendo su aprobación; él puso una cara decidida y asintió de inmediato. Con su visto bueno, procedí y se forjó sobre mi hombro una cara con apariencia de dragón hecha por llamas que me cubrió rápidamente todo el brazo derecho, apoyé mi mano izquierda sobre la muñeca derecha y conjuré un rayo raudo que se dirigió desde mí hasta Ganthur. El rayo era de un color rojizo que al impactar contra él desató una explosión de fuego de cuatro metros de altura. El público quedó impactado, no se esperaban que saliera ileso de la pared de llamas de

Ganthur, mucho menos que pudiera contraatacar tan rápido. En cuanto a él, no estaba tan malherido, después de todo, no recibió mi golpe de lleno, eso me sorprendió; aun así, cuando alcancé a reaccionar, noté que estaba en los brazos de Heliro, quien lo había sacado del radio de la explosión.

—¿Cómo hiciste eso? Tuve que retirar a Ganthur o habría muerto. Sé que la gente pensó que la explosión de llamas era de Ganthur, pero, en realidad, lograste conjurar un rayo que finalizó en una técnica de fuego. ¿Acaso puedes controlar ambos elementos?

—Así es, controlo el rayo de nacimiento porque es mi derecho como hijo de la familia Ukko, pero dediqué toda mi juventud a perfeccionar mi control del fuego bajo las enseñanzas de mi madre. Soy el único en mi familia con un control mixto, y, por tanto, el único en capacidad de conjurar llamas a distancia con la velocidad de un rayo —respondí orgulloso, porque sabía que, si bien mis técnicas no eran tan pulidas como las de otros combatientes, el control mixto era una forma casi extinta entre las naciones.

—Con su respeto, mi señor, yo no tuve tiempo para reaccionar, pero sentí miedo cuando percibí el ataque de Dynak. Lo reconozco como guerrero y así mismo lo reconoceré como líder Fuego, si vuelve aquí para labrar una alianza, tiene mi apoyo —mencionó Ganthur mientras bajaba de los brazos del imponente Heliro.

—Queda todo saldado joven Dynak, honra el Alban Akka y vuelve con tu gente para cerrar el pacto.

Salí vencedor de la nación del Fuego, y con un aliado como lo esperaba. Cuando volví a la nación del Rayo, tuve que convocar una asamblea con nuestros capitanes y mi hermana. Ella se mostró esquiva al principio, pues era la actual líder y no quería ceder el título a su hermano menor, menos que sucediera por solicitud de una nación externa; no obstante, cuando demostré mi control mixto frente a los lugartenientes del Rayo, obtuve el apoyo de la mayoría. Con el paso de los días mi hermana aceptó y fui coronado como líder Rayo. La defensa que nos esperaba en conjunto con la nación del Fuego es una historia para el futuro, lo único que tengo claro es que, a partir de hoy, ese futuro lo forjará Dynak Ukko, el mejor maestro mixto de la nación Rayo.

*Con la fortuna del tiempo, para escribir alguna cosa, L'Otto.*

## Bibliografía

- Adorno, T. (2005). *Dialéctica negativa*. Ed. Akal.
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Benjamin, Walter. (2016). *Capitalismo como religión*. Editorial Kataty.
- Botero, F. (1996). *Medellín. 1890-1950. Historia urbana y juego de intereses*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Bradbury, R. (2012). *Fahrenheit 451*. Penguin Random House Grupo Editorial.
- Bruner, J. S. (2004) Life as narrative. *Social Research*, 71(3), pp. 691-710.
- Castro Gómez, S. et al. (2008). *Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Cohen, L., Manion, L., & Morrison, K. (2018). *Research methods in education* (8th ed.). Routledge.
- Creswell, J. W. & Creswell, J. D. (2018). *Research design: qualitative, quantitative, and mixed methods approaches*. Fifth edition. Thousand Oaks.
- Echeverría, B. (2010). Definición de la modernidad. En *Modernidad y blanquitud*. Ediciones Era.
- Espinosa, L., Greco, M. B., Penschanzadeh, A. P., Ruíz del Ferrier, M. C., & Sperco, S. (2018). *¿Por qué (no) leer a Byung-Chul Han?* Ubu ediciones.
- Giacaglia, M. et al. (2009). Sujeto y modos de subjetivación. *Ciencia, Docencia y Tecnología*, (38), pp. 115-149.
- Grondin, J. (2003). *Introducción a Gadamer*. Herder.
- Habermas, J. (2008). *El discurso filosófico de la modernidad*. Katz editores.
- Han, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Harvey, D. (1989). *The condition of postmodernity*. Blackwell.
- Horkheimer, M. (1976). *Teoría crítica*. Amorrortu editores.

- Lazzarato, M. (2013). *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*. Amorrortu editores.
- Lipovetsky, G. (2000). *La era del vacío*. Anagrama.
- Marcuse, M. (2011). Los manuscritos económicos-filosóficos de Marx. *Ideas y valores*, (35-37).
- Marshall, C. & Rossman, G. (2016) *Designing Qualitative Research*. 6th Edition, SAGE, Thousand Oak.
- Marx, K. (1969a). *Tesis provisionales para la reforma de la filosofía*. Ed. Calden.
- Marx, K. (1969b). *Tesis sobre Feuerbach*. Ed. Calden.
- Marx, K. (1974). *Cuadernos de París*. [Notas de lectura de 1844]. Ed. Era.
- Marx, K. (1984). *La miseria de la filosofía*. Ed Oribis.
- Marx, K. (2010). *Manuscritos de economía y filosofía*. Alianza editorial.
- Marx, K. (2015). *El Capital*. Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. y Ruge, A. (1984). *Los anales franco-alemanes*. Ed. Martínez Roca S. A.
- Marx, K. y Engels, F. (1974). *Ideología alemana*. Ed. Grijalbo.
- Munro Hendry, P. (2010). Narrative as Inquiry. *The Journal of Educational Research*, pp. 72-80.
- Rodríguez, F. (2000) El género autobiográfico y la construcción del sujeto autorreferencial. *Filología y Lingüística*, XXVI(2). pp. 9-24.
- Rorty, R. (1989). *La filosofía espejo de la naturaleza*. Ed. Cátedra.
- Sandel, M. (2020). *La tiranía del mérito: ¿qué ha sido del bien común?* Penguin Random House.
- Santiáñez, N. (2002). *Investigaciones Literarias. Modernidad, historia de la literatura y modernismos*. Editorial Crítica.
- Zaid, G. (2005, febrero 28). *¿Qué hacer con los mediocres?* Letras Libres. <https://www.letraslibres.com/mexico-espana/que-hacer-los-mediocres>

## Sobre los autores

### Ana Elena Builes Vélez

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9655-8193>

Soy docente investigadora en las áreas de literatura, paisaje, identidad, sustentabilidad y cambio climático. Tengo un interés especial por reconocer cómo las diversas culturas de nuestro país abordan las problemáticas que surgen en la relación entre el sujeto y el medioambiente.

### Sebastián Carvajal Castro

Soy licenciado en Inglés y Español, egresado de la Universidad Pontificia Bolivariana, y actual miembro del semillero de investigación Aqueñarre. He participado en la publicación *Heteronimias* (2019), la cual tiene como finalidad la investigación-creación.

### Juan Fernando García Castro

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2823-5923>

Soy docente-investigador de la Facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB), sede Medellín (Colombia). Integrante del grupo de investigación Epimeleia de la UPB, y miembro del Comité doctoral del

Doctorado en Educación y el Doctorado en Filosofía de la UPB. Docente del Doctorado en Filosofía y en Educación, y de las maestrías en Filosofía, en Educación y en Estudios Latinoamericanos de la misma universidad. Catedrático de la Especialización en Literatura Comparada y del pregrado de Filología Hispánica de la Universidad de Antioquia (Colombia).

## Juan Diego Martínez Marín

Soy un docente-investigador respetuoso, organizado y sensible. Respetuoso, ya que distingo en la diversidad y busco la equidad social en los distintos niveles sociales y culturales. Organizado, ya que gracias a mi formación académica e investigativa sigo procesos eficientes que favorecen a los investigadores y a los sujetos participantes en contexto. Y sensible, ya que considero que estamos afectando los recursos naturales y culturales de futuras generaciones, lo que significa una gran pérdida para la humanidad. Como investigador, he tendido acercamiento a proyectos relacionados con procesos de aprendizaje y la enseñanza nacionales e internacionales, con análisis del discurso y con la literatura.

## Danny Jean Paul Mejía Holguín

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4804-3790>

Soy un profesor con mucho interés por la literatura colombiana en general, y he hecho trabajos de investigación en áreas específicas como la literatura del pacífico y del caribe. En mi camino académico, he trabajado con constancia la voz de lo femenino en las narrativas. Soy coordinador del semillero Aquenarre y procuro el fomento de la escritura, la lectura y la oralidad. Participo en proyectos de diferente índole que incluyan a la literatura como una manera de expresión del mundo, la fundamentación de la vida y la experiencia, pues en ellos se encuentran los aspectos fundacionales de las literaturas y los sujetos.

## Juan Felipe Pabón Álvarez

Soy egresado de la Licenciatura en Inglés y Español, miembro activo del semillero de investigación Aquenarre de la Facultad de Educación y Pedagogía de la Universidad Pontificia Bolivariana. Mi interés está en la promoción de la lectura en espacios de ciudad.

## Fáber Andrés Piedrahíta Lara

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5540-2504>

Soy Doctor en Filosofía y magíster en Educación de la Universidad Pontificia Bolivariana, en la que actualmente me desempeño como docente de los programas de Licenciatura Español e Inglés; Especialización en Literatura: producción de textos e Hipertextos; y Maestría en Literatura, en sus modalidades presencial y virtual. Se interesa en los temas de la literatura, la filosofía de la educación, la ética y la epistemología. Ha publicado los siguientes textos: *Narrativas del cansancio* (2023); *Algunos obstáculos para cultivar la compasión en tiempos de pandemia* (2021); *Libros infantiles ilustrados como propuesta didáctica del curso Procesos de Adquisición de la Lengua Española* (2022); entre otros.

## Andrea Restrepo Hernández

Soy estudiante de la Licenciatura en Inglés y Español de la Universidad Pontificia Bolivariana. Integrante del semillero de investigación Aquenarre desde el año 2017, donde me ha desempeñado como tallerista y organizadora logística. Fui participante de la experiencia Elipsis del British Council en escritura creativa en el año 2020. Coautora y compliadora de *Heteronimias y Cygnus: memorias de una ciudad*.

## Pablo Alejandro Torres Estrada

Soy Ingeniero Químico de la Universidad Pontificia Bolivariana. Conservo atracción por lo numérico, pero fui atrapado a una temprana edad por las musas de la literatura. Soy un apasionado de los relatos distópicos. He participado en el semillero de investigación Aquenarre como autor en *Heteronimias* y *Cygnus: memorias de una ciudad*.

## Felipe Gómez Patiño

Soy Licenciado en Inglés y Español de la Universidad Pontificia Bolivariana. Miembro del Semillero de Investigación Aquenarre de la Facultad de Educación y Pedagogía desde el año 2014. He participado como coautor y compilador de los libros *Heteronimias*, *Cygnus: memorias de una ciudad* y *Narrativas del Cansancio*.



**Universidad  
Pontificia  
Bolivariana**

## **SU OPINIÓN**



Para la Editorial UPB es muy importante ofrecerle un excelente producto.  
La información que nos suministre acerca de la calidad de nuestras publicaciones  
muy valiosa en el proceso de mejoramiento que realizamos.

Para darnos su opinión, escribanos al correo electrónico: [editorial@upb.edu.co](mailto:editorial@upb.edu.co)

Por favor adjunte datos como el título y la fecha de publicación,  
su nombre, correo electrónico y número telefónico.

Esta obra se basa en el ejercicio de escritura como una forma de contar la experiencia de los autores-investigadores. Está vinculada al proyecto de investigación-creación titulado “Problematizaciones hermenéuticas de las subjetividades políticas en el contexto del semiocapitalismo: narrativas, prácticas y dispositivos en disputa” (radicado: 737C-07/22-42), donde se combinan la investigación y la creación para dar cuenta de las realidades de los diferentes contextos y subjetividades de los autores. Nuestro objetivo es repensar las comprensiones de la economía política desde una perspectiva hermenéutica-crítica y la producción de subjetividad en la actualidad, dentro del nuevo mercado mundial, a través del neoliberalismo, con su nueva gramática teleológica del capitalismo, y desde la fenomenología misma.

Como la finalidad de toda actividad hermenéutica y fenomenológica –narraciones, representaciones gráficas, discursos o la filosofía misma– ha sido la comprensión e interpretación del objeto o sujeto del fenómeno, para desvelarlo y hacerlo claro y accesible al conocimiento, este libro pone en evidencia cómo el problema de la subjetividad, atravesada por el neoliberalismo, y de su lenguaje económico competitivo, viene limitando y alienando la formación de las subjetividades emancipadas y críticas que participan de los diversos procesos sociales, políticos y culturales de nuestra época.

